

la revista de  
**CIENCIA FICCIÓN**  
y fantasía / 2

sturgeon · lafferty · pohl  
bradbury · silverberg · asimov



# la revista de CIENCIA FICCION y fantasia

Número 2

Diciembre 1976

Madre del mundo	RICHARD WELDON	2
Noticias del Vaticano	ROBERT SILVERBERG	36
Consejo	RAY BRADBURY	47
Espacio-tiempo para salvadores	FRYTT LIEBER	68
Monitor encontrado en órbita	MICHAEL C. CROFT	88
La escritora más allá de P. Sandgrass	JOSPHINE POOL	97
La potencia de la progresión	ISAAC ASIMOV	101
El sector Costello, Miras	WILFRED BRUNSON	112
Las sombrillas	MARIO LEVIRANO	137
Esta es una lista	R. A. LAFFERTY	144
Léves	ENRICO CASARSA	158

Colaboró de María Celeste Brusa

La revista de ciencia ficción y fantasía es una publicación mensual de Ediciones Orion, Suscripción: \$700, \$1400 Buenos Aires, Argentina. / Editor-director: Horacio Rosental. / Redacción y administración de la revista: Mercedes Rosental. / Impreso en la Argentina. / Printed in Argentina. / Quarta edición de diciembre, con tirada de 10.000 ejemplares. / © 1976, Ediciones Orion. / Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 1.091.854. / E. Rosental de la Plata: en el mes de diciembre de 1976 en los Talleres Gráficos Zetaprint S.A.R.L.P., Buenos Aires.



EDICIONES ORION



Deseo que Mary W. Shelley escriba El último hombre (1826), el tema del sobreviviente en un mundo vacío ha sido tratado por varios maestros del género: Alfred Russel, Francis Bacon, Damon Knight, Ray Bradbury y Theodore Sturgeon, entre otros. Sin embargo, pocos han conseguido infundirle tanto convicción y fuerza como Richard Wilson en esta maravillosa y conmovedora novela corta, premiada Nebula 1969. Wilson (n. 1920) es periodista y vive en Nueva York.

## MADRE DEL MUNDO

Richard Wilson

EL SE LLAMABA MARTIN FORDE.

Ella le decía señor Ralph.

Ella era Cecilia Bonner, de sobrenombre Sis.

El era un hombre de cincuenta y dos años, delgado, vigilante, inteligente y diácono. Media poco menos de un metro ochenta y cinco. El pelo, negro, le empezaba a canchar, pero le cubría casi toda la cabeza, y todos sus dientes eran blancos. Su salud era excelente, jamás había tenido una caries ni una operación, y esperaba su vejez que sufrirla sana.

Ella era una joven de veintiocho años, fuerte y cabelluda. Tenía ojos, nariz y boca regulares y proporcionados, pero algo le faltaba en el rostro para que se pu-

diera decir que era realmente hermosa. Usaba el pelo —de un rubio oscuro, sin llegar al castaño— peinado hacia atrás en dos trenzas finas que rebajaban todas las arrugas, después de un centenario de complicadas rituales. Se figura era mejor que la habitual para su edad y por lo tanto buena, pero ella no hacía nada para mejorarla. Su físico era siempre cuando estaba con alguien, cuando estaba sola tendía a deteriorarse por culpa a la terna del momento, a resquebrajarse con profunda armonía. Cada vez que hacía una cosa, era cosa esa para ella la más importante del mundo, y sentía la absoluta necesidad de hacerla a la perfección. Era indolente pero le gustaba, exigía así, que

le ponderasen por las cosas que hacía bien.

Sus diversiones eran sencillas. Le gustaba conversar con la gente, pero la mayoría de las personas se aburrían muy pronto de su conversación, porque tendía a ser repetitiva. Afortunadamente para ella, también disfrutaba hablando con los animales, inclusive con los pájaros.

Era una persona retardada con la mentalidad de una niña de ocho años.

Los ocho años pueden ser una edad fascinante. Podía recordar a su hijo a los ocho años; repetitivo, vivaz, curioso ya de la vida pero no tan bruscamente como para perder el encanto de la inocencia; un inteligente entusiasta, desahogado, con una original concepción del mundo y de la vida. El niño había significado para él un incentivo y una fuente de constante alegría. Se aburría a esas edades, y de ellas extraía sustento para sí.

—La R. M. —le dijo Ralph—. Superior al gas envenenado y a la bomba atómica.

A semejanzas de estas armas, dejaba intactas las edificaciones e instalaciones. A diferencia de ellas, no dejaba radiación españada, sólo los huesos que se pulverizaban y eran llevados por el viento. Con excepción del polvo de huesos que quedaba esparcido en los patios mantenidos de repa separados por toda la ciudad.

—Y ahora que nos han vencido ¿jovencitos aquí?

—Esoy seguro de que con un su intención. Pero no puede haber quedado ninguno con vida. Sospecho que es lo que me ha pasado y que el viento les llevó de vuelta al gimnasio. En realidad, no sé lo que pasó, Sis. Lo único que sé es que ahora no queda nadie, excepto tú y yo.

—Pero los animales...

—Pero los animales...

Hallo había comprendido, cuando trataba de explicarle algo a Sis, que le mejor era decirle en la forma más simple, especialmente cuando tampoco él le entendía del todo. De la misma manera en que había aprendido, cuando siempre atría, que cuando no sabía pronunciar una palabra debía decirlo con confianza y en voz alta.

Así pues, todo cuanto le dijo a Sis fue que los malos se habían apoderado de un arma terrible llamada H.M. —Sis había sido hablar de ella— y la habían utilizado contra los buenos, y que así todo el mundo había muerto. No los animales, sin embargo, y quizás si había el papagay.

—Los animales no pesan —le dijo Sis.

—Eso es una explicación tan buena como cualquiera de las que yo pueda pensar —observó Hallé.

Sis permaneció en silencio un momento. Luego dijo:

—Su nombre, sus iniciales son M.R. ¿no es así?

El nombre lo había pensado, pero Sis tenía razón. Martín Hallé, República Mexicana. Espero que no me robe a mí todas las palabras, pensó. Pero entonces ella volvió a hablar.

—M.R. Es la abreviatura de mister, señor. Así lo llamé. Es en el nombre que lo he puesto. Señor Ralph.

—¿Cuántos de nuevo cinco fueron salvados, señor Ralph.

Usaba la expresión en un sentido casi evangélico que a él, hombre práctico, realista y despreocupado, lo hacía sentirse incómodo.

—Lo saben tan bien como yo, Sis —le dijo—. Fue porque el profesor Cantwell estaba realizando investigaciones para el gobierno y porque esa noche ofrecía una reunión en su casa. Con seguridad le recordas. Cantwell era tu patrón.

—Eso ya lo sé. Pero ¿cómo lo causaba tan bien, y me gusta tanto decirlo.

—Bueno, bien. Bill Cantwell era un viejo amigo mío del ejército, y cuando vino a Nueva York lo llamé por teléfono a la Universidad. Era la primera vez que hablaba con él en muchos años, no sabía que se había vuelto a casar y que vivía en Manhattan.

—Y que tenía trabajo en su casa a una oficina llamada Sis —interrumpió ella.

—Exactamente —asintió Hallé. Sis nunca se refería a sí mismo como a una divinidad, aunque así era lo que en realidad había sido—. Entonces, cuando le pregunté a Bill si podía alojarse en su casa, pensé que sería en su antiguo departamento de sótano. Me dijo que sí, por supuesto, y hasta esa noche, tarde, cuando llegué a la casa, me era extraño de que tenía una nueva esposa, y que ofrecía una reunión, y que había invitado a dos matrimonios de amigos a pasar la noche en su casa.

—Y lo recibí en cuanto al se-

ñor y la señora Glenn, de Columbia —dijo Sis.

—Y a los Thompsons, de Sevilla, los alojaron en el cuarto de huéspedes. —¿Quisiera que fueras? Él no recordaba los nombres como los recordaba ella.— Así que hubo dos personas que quedara desahogado, tú y yo.

—Si no fuera por los Nazares. Los Nazares, como ella lo pronunciaba, eran los dos científicos británicos del sótano de la residencia. Los NASSA o Nams, como los llamaba Cantwell, porque la NASA —National Aeronautics and Space Administration— lo había contratado para que estudiara el comportamiento del ser humano en un sistema cerrado.

En realidad, el dinero había pasado a las órdenes de la Universidad de Columbia, donde Cantwell era profesor de Ingeniería mecánica y aeronáutica.

—Una habitación hermosa, muy cómoda —dijo Ralph—. Pero como la Universidad no tenía más disponible en ese momento, y como el trabajo era vital, la NASA le permitió a Cantwell que construyera las habitaciones en su propia casa. Entonces, está ahí, en el sótano, y allí fue donde tú y yo dormimos esa noche fatigados en que se acabó el mundo.

—¿Todavía no comprendo.

—Ésta fueron las habitaciones muy cómodas —le dijo Hallé—. No respaldaron el aire de la tierra, y no acostumbramos totalmente aislado del resto del mundo. Era

como estar en el espacio o en la luna. Entonces, cuando ocurrió con a todos los días, el profesor Cantwell y su esposa, a los Glenn y a los Thompsons, y a los Nams en Egipto y a los Jones en Júcar Beach, y a toda la población de Columbia y de Washington y de Moscú, de Frattoria y de Londres, de Francia y Medicina Flat y la Jolla y de todos los otros lugares de la tierra, a nosotros no nos pasó nada. Eso porque el profesor Cantwell era un hombre muy sabio, y porque sus sistemas cerrados funcionaron a la perfección.

—Y eso nos mató.

—En una manera de ver los cosas.

—¿Cuál es la otra?

—Que eso nos condenó.

Del cuaderno de notas de Hallé.

Sis me preguntó por qué estoy tan seguro de que no queda nada, más que nosotros dos en el mundo entero. Una pregunta muy razonable. Claro que no estoy absoluto y positivamente convencido, no podría jurar por Dios sobre la fidelidad de mis recuerdos, pero me queda un algún resaca ruidosa del mundo en forma viviente. Otra vez dada, aparte de Bill, habían estado trabajando con sistemas cerrados; todos los países con programas experimentales han de haber estado en ese estado, y cabe la posibilidad de que también algunas de sus naciones estuvieran habitadas. Que yo sepa, no había ese día antes.

manos o coronamientos en débiles, pero si los niños, y si logramos atenuar suena y silbo, me imagino que podría estar con vida en alguna parte.

Sin embargo, he intentado escuchar el ruido del mundo con algunos de los equipos de radio más sensibles que se han construido, y no he podido descubrir nada alguna. He escuchado y transmitido y vuelto a escuchar y a transmitir y a escuchar. Nada. Ni un asomo de vida. Nada otra, nada larga, MA, FM, PUA, banda marita en todas direcciones. Nada. Ni un solo ratico. Todavía se oye una profusión de señales automáticas de señales sin tripulantes humanas, y el zumbido de las esteras, pero nada humana.

He enviado mensajes a todos y cada uno de los canales de la red de emergencia de la Com Ed. RCA, American Cable & Radio, Bell System, la Western Union, The Associated Press, UPI, la red internacional de noticias de Reuters, los diversos teletipos de The New York Times, hasta la cadena de reservas internacionales de los Hoteles Hilton. Nada. A esta altura ya era un espejo en comunicaciones y había localizado la red del Pentágono en la AT&T, así como los dispositivos de la línea del teléfono rojo del Kremlin. Leí el teletipo mundial y vi el mensaje final de Washington a Moscú. Para verías. Ningún indicio de nada transmitido en parte alguna. Tal como debió de ser-

ría otra mañana de domingo, una generación atónita, en el centro mililiter de comunicaciones de Ford Harbor.

Esto es para la posteridad, estos hechos. Mis pruebas son circunstanciales. Pero a Sim le digo: "No queda nada más que nosotros dos. Lo sé. Tendrás que aceptar mi palabra de que el resto del mundo está tan vacío como lo está Nueva York".

Nadie por aquí, papito; sólo nosotros, los polichinos. Nosotros, pobres ovejas incapaces de tocar. Un gallo de edad moderna y una gallina triste, un poco escasa de mollera. ¿Qué quiere usted que hagamos, papito? ¿Cuál es el próximo paso en el gran plan cósmico? Díganos: ¿qué viene ahora?

Pero no me lo diga a mí; díganlo a Sim. Yo no espero respuesta alguna; ella sí. Ella fue quien entró en la primera iglesia que encontré abierta aquel domingo por la mañana (porque algunas estaban cerradas, sí) y meó todas las oraciones que conocía y supliqué misericordia para sus pacientes y sus amigos y sus papitos, y para mí, y para toda la gente muerta que aun ayer vivía, y finalmente para ella misma; y luego preguntó por qué. Pasó allí toda una hora, y no creo que haya traido una respuesta cuando salió.

Nadie por aquí, papito; sólo nosotros, los polichinos. Y ahora ¿qué quiere que hagamos? ¿Que nos guitemos en un fríaso?

En la mañana del día fatídico salí de la casa de Cantwell, cerca del campus de Columbia, y fuí a dar un paseo por Broadway.

Había mucho de que ver —el algunos habrían estado con indio de la cota — observando las posiciones grotescas de los automóviles. Algunos se hallaban dirigiéndose lentamente en los cruces, desde de las líneas blancas; era obvio que sus conductores habían sido fulminados durante una luz roja. Desaparecido el conductor, cada uno de aquellos vehículos había quedado inmóvil, mientras los motores continuaban incesantemente hasta la última gota del combustible de sus tanques, tocando luego hasta ahogarse y apagarse. Otros habían penetrado suavemente en los empujones de los comercios, o aminorado suavemente en otros coches o camiones. Un camión, cargado de nuevos precedentes de Nueva Jersey, había velado, y su carga golpeaba en el suelo formando un vívido charro blanco amarillento. A lo lejos se veía también espasmodicamente la mara, como si perdiera un día caluroso para la semana venidera; tenía una mental de no volver nunca más a ese sitio.

Varios veces encontré vehículos que habían sido movidos por otros desde atrás. Era como si, teniendo que mover más volvieran a ser fabricados, intentasen copiar.

Mientras Sim estaba en la iglesia Noble encontré un automóvil que no había agotado toda la nafta del tanque, y decidí probarlo. Como podía que podía avanzar relativamente bien entre los vehículos estacionados o destruidos, aunque de tanto en tanto tenía que subir a la acera e hacer un desvío de tres manzanas para volver a Broadway.

Luego él y Sim, que estaba muy apagado después de su visita a la iglesia, fueron al centro.

—¿De quién es este coche, señor Fulglo? —le pregunté.

—Es mío, Sim. ¿Te gustaría tener uno?

—No sé conducir.

—Te enseñaré. Podría ser útil.

—Yo era la única en toda la iglesia —dijo ella. Todavía no ha comprendido, pensó Noble, en del todo.

—¿A quién esperaba encontrar? —le pregunté, afectuosamente.

—A Dios, tal vez.

Con el bolso apretado contra el regazo, Sim miraba fijamente hacia adelante. Se exponía era la de una persona que se siente abandonada.

En la calle Setenta y Dos un camión de cerveza había destruido la bodega del caso Trans-Lux, y el líquido espumoso continuaba brotando, deslizándose por la acera y la cuneta hasta una alcantarilla. Noble detuvo el coche y bajó. Había un barril de aluminio perforado, y el chorro de cerveza que salía estaba fro-

no. Se apacó y pasó allí la hora en un momento.

El Trans-Lux había estado celebrando un festival de Fellini; la película era *Celo* y resultó, inesperadamente, Bello entró en el cine y volvió al auto con los niños en una caja de latón negra. Recordó la forma en que empacaba la película, con un embudo-hombro del televisor. Igual que el de Broadway, con la diferencia de que en los reales Italianos había gratis. Pasa la caja en el asiento trasero y dijo:

—Alguna vez lemos al cine.

Sis lo miró sin comprender.

En Columbus Circle un hombre de Broadway había trabajado las cámaras con las de un enorme cine de estudios de Carolina del Norte. En la calle Gramercy un Mustang había estado navegando la trampa en la fachada de un restaurante y parafía, como si alguien lo hubiese guiado deliberadamente hasta esa parada final.

En la calle Gramercy y Dos vió a un extranjero hecho la impudencia y miró qué daban en el Radio dos reales películas encadenadas, con abundante sexo y desnudo, inclusive una copia nueva de "Mi querida dama". No se detuvo para ir a buscarla.

En el viejo edificio Newsweek, al este de Gramercy, un Impala había estado contra la licencia de la plaza baja. El vidrio del escaparate se había hecho añicos, pero las botellas estaban intactas. Registró este detalle en

la memoria. En la acera de enfrente, en un primer piso, estaba la sede de la empresa Koppel, fabricante de embarnamientos plásticos, que la investigaba desde hacía mucho tiempo. Qué pronto fuera necesario desplegar una y llevar anclas en busca de otros tales negocios. También de este tomó nota mentalmente.

Librerías, típicas librerías de la calle Gramercy y Dos. Libros y revistas obscenas. Pornografía. Libros sobre perversiones, flagelaciones, homosexualidad, lesbianismo, sadomaso. Otras ediciones de la pornografía adaptadas para el hombre común: *Memorias de una mujer de placer*. El *Kama Sutra*, primera pero lacerantemente ilustrado. Libros de demandas para el artista serio (¡¡¡¡¡, cabaleros, nada de retroquios al aerógrafo!).

Nalpas de demandas en mano, movidos en palmitinos, a un dólar y medio el juego. Muchachos esbeltos en sucesivos etapas de desnudo. ¿Qué dimensiones mínimas puede tener un par de tetas sin pasar desapercibido? ¿Cuál es la medida óptima de un busto? ¿Tama A? ¿Tama B? Dependencia del número de crías para alimentarlas? ¿Y del hombre que tentará? ¿O será viejo ese criterio?

Observó de soslayo a Sis, que no lo miraba a él en ese momento, ni tampoco los escaparates de las librerías ni los catálogos de las cinematográficas que exhibían películas pornográficas. Sis miraba al frente. Tenía una buena fi-

gura. Un C, aproximadamente. Pero nunca se movía un sólo del cuerpo; estaba también la mente que lo acompañaba, y la voz con que hablaba.

—En qué piensa, Sis? —le preguntó.

—En nada —repuso ella. Probablemente una verdad... ¿En qué piensa usted?

Contestó: ¿Cómo decirlo?

Impresión. En ese momento cruzaban Bryant Park.

—Faltamos en el parque —dijo—. Estoy pensando en las películas. Muy interesantes que ayer porque nadie las consigue comida, más los tres de casa, rebanados de pan.

—Es un momento triste, verdad, señor Ralph?

—Sí, Sis, un momento muy triste.

Llegaron a la Primera Avenida y las Naciones Unidas. Tampoco allí había un alma viviente.

Notas para una *Historia del Mundo* fue lo que escribió Bello en la primera página de su cuaderno.

En la página dos tenía siglas apócrifas, algunas de ellas garbancos:

La Verdad es Historia de la Familia de Martin Bello en el Planeta Tierra; a Dos para un Milagro.

Recuerdos de un Mundo Perdido.

Cómo se Resolvió la Crisis de la Explosión Demográfica.

¿Y ahora qué? o, Si no lo hacen ni, Marty, ¿quién debería lo hacer?

Del cuaderno de notas de Bello.

Demos gracias a Dios por las películas. Ya estaríamos los dos mal de la cabeza si yo no me hubiese ingeniado para aprender a proyectarlas.

El Radio City Music Hall es el parecer la única sala que figura en la lista para servicios eléctricos de emergencia de la Com Ed. Un poco helado para Sis y yo solo, pero nos estamos acostumbrando. Algunas veces ella se sienta en las primeras filas, yo en el medio, y comentamos a gritos las hamacas de Gregory Peck.

Revolí primero copias para apagar a Celo y medio en todas las grandes salas de Manhattan: Capitol, Criterion, Cinema 1 & II, Siro, etc., de manera que ahora contamos con una buena provisión. Además, si a Sis le gusta algo, lo volvíamos a proyectar en seguida a la noche siguiente. A mí no me molesta. Y aún también los cines de la Calle Gramercy y Dos y las salas de barrio y la cinematografía del Museo de Arte Moderno. Tenemos cine para más.

Los días los dedico a copiar y clasificar provisiones. Salgo armado a casa de los anticueros. Sis se queda en casa, en el hotel.

¿Por qué hay antenas? Avanzadas. ¿Cómo averiguarlo? ¿Cómo?

Lo peor son las juarías de perros. Hasta ahora no las atacaba, y un tiro al aire los hace huir desgraciados. Hasta ahora.

Poco tiempo después se fueron de la ciudad. Vivir una vida semi-primitiva, semi-fiestosa, había significado para ellos un esfuerzo demasiado grande. El contraste era demasiado violento. Y las ratas se estaban poniendo cada vez más temerarias. Las ratas y los perros.

Al principio habían vivido allí por comodidad. El había alquilado un hotel de Park Avenue, invitado a Sita en un cuarto individual y acogido para él mismo una habitación que daba al ventillo.

No se había equivocado al suponer que en los centros refrigeradores y congeladores encontrarían víveres suficientes para varios años.

El hotel, de nombre famoso en el mundo entero, era uno de los lugares que, al igual que el City Hall, el Empire State Building, los túneles y puentes, la Isla de los Cobayenses y otras edificaciones y dependencias clave estaban conectadas a la red eléctrica de emergencia de la Consolidated Edison Company. La red eléctrica de emergencia, programada para la Defensa Civil (¿qué había sido de la Defensa Civil?), garantizaba el abastecimiento independiente de corriente eléctrica a ciertos usuarios privilegiados, mediante el uso de conductos y canales subterráneos, en casos de

inundación, incendio, peste o guerra. Un trato privilegiado aseguraba que sólo la subestación total podría desbaratar el sistema.

Un lema publicitario que la Con Ed había pensado durante, hasta que los asesores del gobierno consideraron que revelaba demasiado, sugería la forma en que funcionaba: "... mientras sigue fluyendo las aguas del Hudson".

Cualquier que fuese el secreto, él y Sita tuvieron electricidad, que tanto benefició a los bebés mientras permanecieron en la ciudad.

#### Del accidente de antes de Belle:

He reconstruido a nuestro hotel con el nombre de Santa Viva. Sin la Iuzua nuestra casa, o quizá Nuestra Casa.

No dejó que nada sola, pero se encargó de las tareas del hotel. Se obligó a usar los aparatos automáticos. No confiaba en ellos. Hizo bien. Programó la comida en la cocina del hotel y se fue con ella en una bandeja los dos tramos de escaleras.

La eliminación de residuos no es problema. Hay un incinerador que debe funcionar a electricidad. Hasta el momento ha admitido todo cuanto he arrojado en él. No he sentido olor alguno, pero no hay mal olor.

Tenemos, sí, algunos olores fétidos que vienen de afuera. Ecrementos animales que nadie limpia (si no empezamos a hacerlo no me quedará tiempo para ninguna otra cosa). Basta un res-

que. Alimentos que se pudren en los supercongelados y otros olores sin electricidad de emergencia.

Hay ciertos olores que ahora crito. Bacterias enteras, cuando se plie de ese lado al viento.

Mala noche en Santa Viva. Tuvo una pesadilla.

Sofía que Sita y yo, al volver a casa del Museo Hall (Gary Grant y Andrey Hopfara en una película de los años sesenta), tomamos una disculpa. Fue qué motivo no lo sé, pero discutimos a gritos y yo la insultaba con palabras irreparables y ella decía que iba a subir al piso veinte y saltar, cuando sonó el teléfono...

Me desperté con la impresión de que aún el último con de la campanilla. El teléfono estaba allí, en el suelo, debajo de la mesa de noche.

No me atreví a levantar el receptor.

Debe de haber ocurrido poco antes del amanecer, cuando Manhattan estaba tan desierto como siempre a esa hora.

Me atreví a confiar en la red eléctrica de emergencia y me fui a acostar hasta el último piso del Empire State Building. Era la primera vez que subía, y también la última, jamás. Qué espectáculo. Muestras de coches, taxis, camionetas, Semáforos, apilados unos contra otros o contra los lados de los edificios, pero muchos simple y naturalmente (1) relacionados en plena calle o ju-

ta al borde de la acera. Muy fáciles circular por la ciudad o salir de ella, aunque probablemente no a través de los túneles. El puente GW, con sus cables vías de acceso, ha de estar en buenas condiciones. De todas maneras, un día o otro tendremos que marcharnos de la ciudad, de modo que más vale empezar anticipadamente.

Así como. Ningún trabajo visible de catástrofes aéreas, pero aparece a que los hubo, en grandes cantidades. Todo parece estar en orden en los aeropuertos de Nueva York.

Inevitable. Algunas manchas negras, rastros de incendios recientes. Nada demasiado importante.

Puerto y río. Algunas transmisiones, muchas embarcaciones flotando a la deriva. No hay indicios de choques; ningún naufragio grande.

Animales, jaurías de perros negros y más. El caso de incidentes es evidente. Y desagradable. Pájaros de todas las especies.

Airé muy seco.

Al encontrarme de nuevo abajo, en la calle, Belle se puso a pensar en otros animales que, como los perros, andan en jaurías. ¿Cuánto tardarían las bestias más grandes —los lobos y los osos y los leones de las montañas— en llegar a la ciudad? ¿Debería hacer una visita a Abercrombie & Fitch y proveerme de armas más pesadas que la pistola que llev-

ha consigo. Armas de grueso calibre, o como quiera que se llamasen.

Hablé estas palabras en silencio para elefantes en la habacuna (Hemingway había comido allí, y probablemente Martin y Cha Johnson y Frank Buck y otros del pasado pasado) cuando recordé otro hecho que había escuchado desde el sito del Empire State Building. En aquel momento lo había intrigado, pero ahora pudo identificarlo. Era el tropicaman de un elefante. ¿Un elefante en Manhattan? No había elefantes cerca en el centro de la ciudad. . . Entonces comprendí, pero por el momento dejó de haber una preocupación, con todo lo que entrañaba.

Después de recoger las armas, y una docena de platos para un subterráneo que decidió llevar por cualquier emergencia, se reunió con un equipo completo de infanz. Parecía cierto color caqui, colorines hasta la rodilla, una chaqueta de lona, con grandes bolsillos, un casco para el sol. ¡Viva el Capitán Spaulding! Parecía un auténtico hombre Mier, pensó, tarascando la canción que cantaba Graccha, mientras se miraba reflejándose en un espejo de cuerpo entero.

Llevó también una esterilera y cajas de proyectiles y equipos de primera auxilio y de purificación de agua y un machete de caza y un machete de monte y una brújula y brújulas y mapas para la nieve y guantes de piel

de venado y un saco por de botas. Había turbado a los miembros de la Milicia de Armas y amontonó el cargamento en el sótano trasero del Lincoln concurrido color crema que tenía ese día.

El tropicaman del elefante venía del Jardín Zoológico Central, naturalmente. Se dirigió hacia allí por la Quinta Avenida y entró en el corredor del restaurante que había frente al estanco de las botas. Alcanzó a ver a tres de ellas echadas tranquilamente sobre el borde de piedra, apenas por encima del agua, obsoletas. Se preguntó cuándo habían sido aborrecidas por última vez.

Sin embargo fue primero al edificio de la administración y levantó las cerraduras. Ya era tarde en el día. Encontró un juego de llaves que parecían ser las llaves maestras, y empezó a probarlas en las jaulas de las aves. Funcionaron.

Las sombras de los pájaros, sobre las desvencijadas estapas de madera, eran tan pitorescos como un pláncido. Había una especie de loro papá, una cacatúa con cresta de color azul, estaba el pájaro cható y la cuculera, el marfil pesador australiano y el simonot, la chachalaca, el águila y el pájaro frutero. Levantó las jaulas y observó sus primeros elefantes multicolores hacia la libertad.

Un pequeño niño mestizo observando, los ojos redondos cargados de miedo. Se agachó para esquivar a un halcón y se

movió al suelo para evitar a un águila rápida y torca. Un halcón se desvió, parpadeando, hasta que Rolfe lo instó a salir de la jaula trepidando con un chirrido onomatopéyico. Dejó para el final a la pareja de buitres, sin decirle a conceder libertad a criaturas tan vivas. Pero también las botas de carrera tenían una función que cumplir. Les abrió la jaula y voló a cuestas, para llegar a casa antes que ellas.

Después de la carcelina de las aves, lo sorprendió el silencio que reinaba cerca de las jaulas de los monos. Debería haberlos muchos del gorila al que, por supuesto, no tendría más remedio que matar. También con los grandes chimpancés tendría que ser así.

Pero las jaulas de los monos estaban vacías. El ruido de ellos estaba allí, y también se oía el rictus, pero los simios, grandes y pequeños, habían desaparecido. ¿Podrían haberse liberado solos? Pero todas las jaulas estaban cerradas.

Perplejo, Rolfe fue hasta las jaulas de los mamíferos más pequeños y volvió a los más interesantes, los mapaches, los mangostas, los zorros, las comadrejas y las marmotas, hasta el animal que parecía espía, que lo siguió por encima del hombro mientras se encaballaba hacia la puerta.

También volvió a los zorros, que estaban a cuestas, inconscientes, como si hubiera aconchado una ráfaga interrumpida.

—Vayan a buscar a las cataratas —le gritó Rolfe.

Se fijó dónde estaban las jaulas de los lobos y los felinos grandes, Valerita con las armas.

Por último liberó al único elefante, un elefante apenas adulto, cuyos tropicamanos habían estado en su atención. El elefante —un letrero contraoficial decía que era una hembra, Geraldina—, lo siguió a cierta distancia con hasta el cuello, alejándose luego en un trotar desmoralizado para ir a beber al estanco de las botas.

Cuando volvió a las jaulas con los rifles, Rolfe comprendió de pronto por qué no quedaba ningún mono. Los monos, grandes y pequeños, eran los mismos, como el hombre. Su lugar en la escala evolutiva lo había conservado también.

Miró a dos botas de goma. Fue un trabajo duro. No tenía buena puntería, ni uso de cacha, y las operaciones lo habían hecho mucho más lento. A una stracca patética negra debió dispararle más veces antes de estar segura. Las botas espantadas, al seguirse a permanecer inmóviles, convirtieron la mortaja plástica en una hiena violenta, sangrante y obscena. El repardo que era necesario.

Por fin terminó. Trémulo y sudoroso, volvió al auto. Las botas habían y cruzaron a todo el estanco hasta llegar a la celda donde estaba Rolfe. Ahora veía que había tres cachorros pequeños y dos adultos.



¿Qué podía hacer con ellas? No se sentía con fuerzas para una carrera final. ¿Qué podía hacer con todos los otros animales muertos, en el Zoológico de Bronx, en las zoologías del mundo entero? El solo no podía convertirse en una Liga Salvadora de Animales.

Tuvo una fantástica conversación en la cual consiguió atraer a las locas hacia el auto (cuatro en el mismo trazo, una en el delantero) y las llevó al East River, donde se zambullían y nadaban hacia el mar buscando de grutud.

Pero sabía que en su estado de agotamiento no podría atrar ni siquiera a los cachorros, y no había forma de que pudieran salir de donde estaban sin ayuda. Quizá pudiera volver con un tamaño y una plurechala y proceso para contarlas. Dejó de lado el problema, y el de los zoólogos de Bronx, y el del Anuario (para no alejarse demasiado) y puso en marcha el motor.

Graditina lo seguía con la mirada. Hubiera deseado un breve toque de tropieza a modo de despedida, pero ella había descubierto algunas hierbas altas y estaba comiéndolas.

Mientras regresaba a Punta Viva por las calles más anchas, notó con entusiasmo los coches llenos, no podía dejar de pensar en las otras tantas strapuchas, grandes y pequeñas, ya muertitas, y que pronto enterrarían de sus casas en castigo de ella

por haber sobrevivido al hombre.

Sólo entonces irrumpió en su conciencia el otro pensamiento: ¿qué sería de los millones de animales domésticos, encerrados en las casas de sus amos desaparecidos para siempre? Perros y gatos, incapaces de atrar los refrigeradores y las latas de alimentos en las despenas. Algunos se darían cuenta para abrir a destolladas a tiraron los paquetes de carne desecada, y aprenderían a beber de grillos que gateaban o de los incineros. Pero en el mejor de los casos sólo prolongarían unos pocos días más su mísera existencia.

¿Qué hacer por los animales domésticos? ¿Qué podía hacer él? ¿Descoverir toda la ciudad y liberarlos? ¿Y por dónde comenzar? ¿Liberaría a todos los del sector norte de las zonas de mínimo impuesto? ¿O los de las plantas bajas de las casas de calles cuyos nombres empezaban con consonantes? ¿Cuáles eran las reglas del juego? ¿Cómo pagaba uno a sus Dios?

Resolvió no decirle nada de esto a Sus. No tenía por qué atormentarla por la muerte de más de un billón de animales condenados; ya tenía bastantes motivos para lamentarse.

Del cuaderno de notas de Hölje:

¿Qué nombre debería ponerle al día de hoy? ¿Hölje? ¿Día de Susana? Año Cero?

Debería haber llevado la cuenta, pero la verdad es que no sé

cuántos días hace que salí de la cámara de Hill y me encontré convertido en la mitad de la población humana de todo este condenado mundo.

Le pregunté a Sus. Ella recuerda. Ha sobrevivido exactamente once días desde el holocausto. Sabe dar cuenta de cada uno de ellos. Más de lo que yo podría hacer; después de los tres primeros, todos empezaron a confundirse para mí.

May bien, así que estamos a 11 de Susana, Año Uno. Era Febrina. Algunos trataban que llamar la crítica de esta nueva era.

¿Cuántos días tendrá Susana? Ya veremos. Tengo que encontrar un nombre para el segundo mes antes que concluya el primero.

Lo era difícil hacer memoria y recordar cuándo, exactamente, había desaparecido por primera vez con absoluta certeza que ésta era la mujer con la cual estaba tratando a pasar el resto de su vida, cuándo había caído en la cuenta de que esta retardada mental iba a ser su compañera del alma, que debería cuidar de ella, salvar sus necesidades, hablar con ella (y consolarse), contestar a sus preguntas estúpidas, jugar con ella.

Quizá lo comprendí por primera vez cuando empezó a sentir los dolores en el vientre. Su realidad no eran dolores; se parecían más a mordiscos en las partes vitales de su organismo, un movimiento de púas del exterior

que que lo empujaba desde el interior a salir, con algunas cosas que no debía salir, un poco de plomo que lo sostenía la libertad.

Algunas de las características de Sus empezaban más a modo de queito. El era tal vez hiperactivo, pero no podía evitar un soplo de hastío, y trataba de no mir cada vez que ella comenzaba un estornudo en un "Ah ¡péelo!" clamoroso ensordecido y esperaba que él le dijera "¡Salud!"

Pero aún, por ser más honesto, una vez grutudo me dije que debía escapar cada vez que recogía alguna cosa o empezaba un objeto o movía algo de un sitio a otro. Era grutudo tenía por finalidad hacerlo saber a él que estaba tratándolo, haciendo un esfuerzo por él. Al cabo de un tiempo Hölje se impuso el deber de poderarla en esos momentos —por su diligencia, su fortaleza, su obediencia—, y ella dejó de hacer tanto ruido. Hölje se callaba por ser tan ligerosita, y estaba segura de que ella terminaría por desamarrarlo, pero nunca lo hizo, y con el tiempo sus exageradas alabanzas se convirtieron en una forma de vida. A él eso le fue útil más adelante, cuando tuvo que decirle mentiras púdicas acerca de la profundidad del afecto que sentía por ella, y lo gran estere que le tenía.

Del cuaderno de notas de Hölje:

Le pregunté a Sus si alguna

vos había leído un libro y me dijo «ah sí, la Santa Biblia. Pues. Al parecer, está reconstruida mucho en los viejos tiempos. Ha leído dos libros de culto a saber: *The Wiggly* y *Cuentos de Hadai* japoneses, y partes de un libro sobre Tarzán. A veces lee el periódico: lee las historias, el horóscopo, los copetas de las fotografías, los programas de TV. Digo me salva de tener que mantener algún día una conversación literaria.

Para un juato, he tratado de recordar los diez últimos libros que leí antes del día fatídico. Probablemente una lista bastante estúpida si me atreve a mi misma lista, de leer al azar, por tanto, un Eric Stanley Gardner o un James Bond, y de leer al mismo tiempo todo lo que más me interesa.

Aparte de su obligación para con la humanidad de ser el padre de una nueva raza, ¿qué otro cosa podía hacer? No lo considero las posibilidades, dividíéndolas en dos grupos: necesidades (deberes o obligaciones) y posttiempos (cosas interdichas).

En el primer momento le dije:

Llevar un diario para la posteridad, si la hay. No ya lo estaba haciendo.

Dar a Saz la educación equivalente a una escuela elemental, más, si era capaz de aprenderla.

Tratar de depositar los gastos por el bien de los futuros hijos

que algún día recibirían su educación.

Asegurar techo y alimentos a su familia. ¿Sería necesario vestirlos, salvo para abrigarlos durante el invierno? Lo demandador podía ser más política, y también más saludable.

Luego, en una hoja aparte, anoté: "Obligación para conseguir talizo por medios de todo", y entré lo que había escrito. Sentía que él debía figurar en primer término, y no dudar para con Saz un poco más abajo (en el papel y también en su espíritu), pero que él era más inteligente que ella y por lo tanto más digno de salvarse.

Luego de una segunda entrada a lo escrito, lo comencé. Ella era más digna de salvarse porque era mujer y podía reproducir la especie.

Pero no era su ayuda, sino así.

Finalmente puso su nombre y el de Saz juntos en la primera línea de la lista. No tenía sentido salvar al uno sin el otro.

Posttiempos. Buscar un depósito para mantenerse en buenas condiciones físicas. ¿Qué depósitos había que pudieran practicar a solas? ¿Cortar leña? No para él. Era demasiado propenso a las angustias. ¿Caminar? Quizá él y Saz debieran recorrer el mundo para conocerse definitivamente de que no querían nada más. O el caso de los Estados Unidos, al menos. ¿O simplemente el valle del Río Hudson? Por alguna

razón, tampoco caminar parecía ser el depósito que lo necesitaba.

Podía dedicarse a la cocina. Los hombres siempre han sido los mejores chefs, y ahora se necesitaba inventiva para obtener platos nutritivos y sabrosos con los elementos disponibles. No podía depender eternamente de alimentos enlatados o conservados. Muy bien, sería cocinar. Naturalmente, era un depósito que más bien le haría aumentar de peso, y no lo contrario. Lo consideraba buscar un anticipo, como la creación o el juego de pelota.

¿Y si se hacía voluntarioso? ¿De qué? ¿De dinero? ¿De diamantes? ¿De obras de arte? Ni dinero ni diamantes, obviamente. Ni el uno ni los otros poseían algún valor intrínseco en un Mundo de Dios, y en cuanto al otro lo mejor era dejarlo donde estaba, tan bien protegido como cualquier otra cosa en el desolado mundo de antes. Si quería que Saz viviera en Hammond o en Andrews Wyeat, la llevaría a volar.

Del capítulo de notas de Rolfe.

Colocándose mejor inauguró a cuenta para el día en que se haya electricidad. También viejos discos de 78 rpm.

Música. Bien, a Saz le gusta. Distributa con Chakovsky, Wagner y Berlioz. ¿Qué desearía decirnos despertar a veces en un dulce suspiro? Terminará por escuchar a Bach. No me puedo quejar.

A los dos me entoquezo Cole Porter, a ella por la música, a mí por las letras, con letras fabulosas, tanto más irónicas ahora que la que el mundo imagina.

"Todo marcha bien para mí", por ejemplo.

Hemos descubierto un lugar. Hemos... ¿es la primera vez que hablo de nosotros, en plural?

Queda lo bastante alejado de la ciudad como para ser totalmente tranquilo; lejos de los malos olores y de todo cuanto nos recuerda las glorias pasadas y a la vez lo suficientemente cerca como para que yo pueda ir en busca de provisiones, si las necesito. He acumulado ciertos cargados de gasolina en cantidad suficiente como para que el viaje no constituya un problema, pero creo que trataré de quedarme aquí lo más posible. Sólo ser un buen lector. Veremos cuánto sobrevive.

Hay que seguir. Más dolores de vientro han mejorado de pronto.

Me ha insistido en pensar en ella como una persona que le había sido confiada para su custodia y de la cual era responsable. Durante mucho tiempo todo cuanto sintió por ella fue piedad, ningún amor. Y por eso quizá también se apudaba de sí misma.

Por ser ella como era, sería inconcebible que lo tuviera a él de otra manera que no fuera la más inocente, como le había con uno de sus amigos antiguos.

Y cuando la memoria de cual-

quer otro modo que no haya señor Ralph, empinando palabras como "vaya más", él no se sentiría halagado porque la había visto decirle que era imbeto a una ancilla, a un cardenal, a una reina de campo.

—Señor Ralph, ¿puedo pedirle un favor? ¿Me llevaría a dar un paseo?

No era que quisiera ir a un lugar determinado, aparentemente su placer consistía en compartir con él el minuto delatante, había admirado que se sentara muy cerca de él, así en el centro mismo del asiento y no, como él suponía que le haría, en el extremo de la derecha, junto a la ventanilla.

Para el paseo eligió un virtuoso atrevido que consistía de un sombrero, un pañuelo de seda, anteojos oscuros, chaqueta, blusa y falda, medias y zapatos de tacó mediano.

Había escogido el ventanero en lo que ella llamaba la tienda del Barrio de los Monjes mientras él recorría la manzana en busca de un convertible parabombas limpio con buenos neumáticos y una cantidad suficiente de gasolina en el tanque.

Fueron hasta más allá de la catedral, Tiempo atrás él había separado en el barrio de qué Quarry Road era tal vez la ruta menos tapada de escondidas.

Hubo un solo trazo de camino más, en el que tuvo que internarse en un campo para escapar lo que parecía ser un catastrófico cheque en cadena de unos cie-

rentes automovilistas. Salvo ese trozo, el resto del camino al lugar era llano.

Rebó detuvo el coche cerca del antiguo molino de embalsar y automáticamente escuchó el horrible ruido en base de motor de humo o de vapor. Nunca había abandonado por completo la esperanza de encontrar a otras personas.

Había llevado de la floristería (situada en la esquina que hacía cruz con la tienda del Barrio de los Monjes) un quinto de guiso de un raro whisky escocés, y cuando se sentaron frente al lago abrió cuidadosamente la botella, procurando para ella la envoltura de papel de estraso.

Largo, ceremoniosamente, le ofreció un trago. Ella rechazó, como él sabía que le haría, diciendo:

—Ahora no, gracias. Quéral otra vez.

Apesadumado una de las reacciones de urbanidad que había aprendido consistía en que era mala educada rechazar algo abasotamente, sobre todo si era algo de comer o de beber.

Había dijo:

—Te me tomaré uno, sin embargo, si no te molesta.

Y ella le respondió con lo que debía de ser una frase ingenua recordada sólo a medias:

—Tome dos, son pequeños.

Había tomó dos, uno tras otro, ninguno de los dos fue pequeño.

El lago estaba sereno, el sol tibio pero no ardiente, una brisa

marva sopla del este, y no había casi insectos.

—¿No te sentirías que no has un mal día más? —le preguntó él.— ¿Nunca te sientas solo?

Pero ella le dijo:

—Yo siempre estoy sola. Estaba. Ahora estoy contigo solo que antes. Gracias a usted, señor Ralph.

Deseo qué podía él responder a eso? Pensamiento caído, conmovido pero intranquilo con el café frío del momento, y extendió el brazo para acercar el whisky al borde (rebotado cuando aún vivía el mundo) y bebó un larguísimo trago. Solo después pensó en ofrecérselo una a ella.

—Otra vez, gracias —dijo ella.— Ahora no.

Llegó un día en que el último sorbo de la mancha perdió los brachos, y ella última pensó de ir a verlo para decirle de nada. Y otro en que sus últimas palabras los botones y se negaron a permanecer cerradas por la sola presión del cinturón de la falda, y él le dijo que era un tema impertinente; había que finalmente le cubren del cuerpo los últimos tiempos.

—Voted en mi señor Ralph —le dijo—, y no es malo que así así con usted, gracias, señor Ralph?

Ella escuchó tanto a Ralph que tuvo en sus brazos el cuerpo inerte y desmayado y lo besó la lengua, dulce cabeza, y luego le dijo:

—Tú eres mi señor grande, y

no podías hacer nada más con que te lo propusiera.

Y sólo entonces, por primera vez, sintió Rebo darse por agotada, cristiana desvelada, especie incógnita que llevaba dentro de sí los molinos de toda la raza humana.

Sin le dio un beso alipido y anduvo en la mojarra, y volvió a mover, diciendo:

—Es hora de que empiece a preparar la cena. Venemos que abasotando, orando.

Rebo recordaba con vaguedad una poética escena de los primeros tiempos de su vida en ciudad. Habían ido al Barrio de los Monjes y se habían vestido con ropas flamantes de la calleja a los pies. El la había ayudado a evitar ciertas combinaciones de mal gusto, pero cuando por último se presentaron al, parecían un ángel, O, como él dijo:

—Madita sea si no parecen una modelo de Madisson Avenue.

—No debías maldecir, señor Ralph —le dijo ella.— Pero gracias de todas modos.

—Y tú no debías hablar. No tienes por qué hablar. Mira, vamos a entretenernos con un juego. Vamos a ir a un club nocturno elegante. Vamos a estudiar que eres nada, que no puedes hablar. Pero lo que quis, no debes decir una palabra. Ni una sola.

—Está bien, señor Ralph.

—Emprendiendo ya camino, madita Rebo. Quérala. Quérala decir que

expresaron ya. Todo cuanto puede hacer es mover la cabeza o suspirar. Pueden tocarme si quieren. Pero no debes hablar nada. Esto es parte del juego. ¡Entiéndese!

Ella iba a decir que sí, pero se contuvo e hizo un movimiento absurdo.

El gesto silencioso de esa mujer bellamente vestida la hizo aparecer al instante diez veces más atractiva. Completada con un gesto más y con ella, Rolfe le dio el brazo y le alzó, con una reverencia, la portezuela del asiento delantero del Bentley que había elegido para la volada.

El club nocturno había sido importante en una época, cuando había con una recordada elegancia nocturna. Las vestidas de la noche lo habían transformado en discoteca, de modo que ahora tenía un grandioso tragamonedas. Rolfe volvió sin palabra en la noche para pagar la entrada a su noche de fiesta. Pero se había dado en las mesas, y la sensación era por lo tanto triste. Encontró mantel en un armario y tendió todas las cosas y las dejó con placer, copas de cristal, candelabros.

La fiesta iba en aumento. Descendió un interruptor y sucedió una serie de luces de colores que reverberaron en las multitudinarias gólicas de colores suspendidas del cielo azul. Otro interruptor los imprimió un leve movimiento giratorio.

—¿Qué haces en tus ritos li-

bra? —le preguntó a Sim, sabiendo que ella no le iba a responder pero ansioso por ver cómo reaccionaba.

Sim se encogió de hombros, echó una vezita y movió la cabeza en la que él tenía de levantar como una señal que significaba que tenía tan pocas cosas libres que ni sabía la pena hablar de ellas.

Sim estaba descomponiendo su papel, y lo hacía maravillosamente bien. Escuchaba sin decir palabra la conversación de Rolfe, mirándolo a los ojos como si fingiera que ellos no eran más que dos entre centenares de elegantes conversales. Rolfe reconstruyó charlas de salidas nocturnas anteriores al holocausto. Sabía que ella era una joven con la cual en un tiempo había estado comprometida, y le contó cosas extravagantes. Ella lo miraba y le sonreía, con aire huido, como lo hubiera hecho la joven de entonces. Luego Rolfe añadió que había pasado el tiempo, que su compromiso se había resquebrajado y que se conocía con la esposa de su mejor amigo, a sabiendas y con el consentimiento del mejor amigo, y la joven sonrió fuerte a él le dirigió atenciones miradas de profunda simpatía. Simál haber contrastado a una prostituta y le habló con palabras vulgares, obscenas. Sim le sonreía valientemente, los labios trémulos, sin decir nada.

Esforzado por la fiesta que el mismo había creado y que

ahora se hablaba de él, Rolfe había empezado a hablar y siguió impetuosamente: a ella misma ahora; por hacer lo que él le había pedido, por permanecer tan callada.

El grandioso teatro ahora "Reina de las Beguinas", y hablaban fantasmagóricos giraban dentro del círculo de mesas, bajo las tenues luces de colores. Rolfe los vio y los miró por su incertidumbre. Se levantó de pronto, desviando la silla, e interceptó a Sim.

—¡Hola! —le dijo—. ¡Te libero de tu mundo!

Sim miró la cabeza, ya sin interés.

—¡Hola! ¡Basta de tabú! ¡Inspecciona minuciosamente con cuidado de pájaro! ¡Preguna distraída de Schopenhauer! ¡Hola, de una vez... retachada mental!

Pero Sim seguía sin decir nada, se limitaba a mirarlo con esos ojos profundos que parecían comprender y perdurar.

Sólo habló al final de la velada, a último momento, cuando él, boriclo hasta el estoper, miraba el salón por encima del hombro derecho de ella, como transpuesto por su propia miseria. Y entonces dijo solamente:

—Será mejor que volveses a casa, querido señor Rolfe.

Luego, con una fuerza superior a la de él le arrebató a machos hasta el auto y lo llevó a casa y le acostó en la cama. Fue una buena idea haberle resquebrajado a conciencia.

Rolfe despertó con esta, recordando a medida que se había

comportado de una manera impudicible.

Pero Sim lo perdona, como antes nadie lo habría hecho jamás, usando estas palabras:

—Yo lo perdono, señor Rolfe. Usted no sabía lo que hacía.

Rolfe la escuchó desolado.

—No hagas lo que yo he hecho —le dijo—. Si yo hubiera sabido lo que podía, quizás sólo qué es lo que habría hecho?

—Eso no me parece nada bueno, señor Rolfe. Le dije que lo perdono. Se supone que tiene que decir gracias y decir que lo siento, aunque no lo sienta.

Rolfe seguía riéndose de ella, incluso después de comprender que lo queraba la esposa de la hermana.

—Está bien. Lo siento a pesar de que no lo siento, y es muy generoso de tu parte perdona-me por mi comportamiento inadmisible, aunque nadie te haya pedido que lo hicieras.

—Cualquier por decir eso, señor Rolfe. Ahora le prepararé un recordatorio para la mañana.

—¡Bíbalo aprendida a pagarle remedios para la resaca, por amor de Dios!

—En un tiempo trabajé con un pobre hombre que se emborrachaba, y con su mujer. Allí aprendí.

No le dio ninguna palabra más que eso un hombre común de entre de tonos adormecido con plácidos y azul Warrington. Rolfe lo había pero se negó silenciosamente a sentirse mejor

durante todo una hora. Para entonces había pasado ya a Sís de que necesitaba una cerveza fría y ella se la había traído a regañadientes, pero cogiéndola por haberse dado cuenta para conseguirlo, pero no tenía en casa cerveza de heladas alebrijinas. Debía de haber puesto en juego mucho ingenio para encontrar una cerveza fría; espontáneamente Rolfe se sintió orgulloso de ella.

Pero al recordar su hazaña de la víspera se volvió a sí misma.

De tomarse las manos al beso no hay nada distante como la que media entre un labioso tomado entre las manos y tembloroso por primera vez.

Una pluma en la inocencia de ese acto de tomarse las manos (los niños lo hacen, los hombres se estrechan las manos); pero de ese plástico tomarse las manos, que nunca se prolonga, a uno otro que se tan intenso y telegráfico (acompañado, como suele ocurrir, de miradas ardientes) hay un trecho tan intenso que media en verdad extraño que el primer beso al que pronto condense hace volarlas.

Y un beso puede llevar a cualquier parte. Eso le sabía él. Se preguntaba cuánto sabía ella, o cuánto, o adónde.

Se atrevió a tomarle la mano para apoderarse a cruzar un arroyo o un lugar escarpado? Hasta entonces le había tomado al brazo, sosteniéndola con firmeza por encima del codo como si

fuera una mujer anciana y él un hijo Scout corpulento. No había tomado más después de eso de nada más íntimo.

Pero un momento vacilante, tímido, él de su romance.

—¿Te molestó que te toqué?  
—Le preguntó Rolfe. En los últimos tiempos había descubierto que le producía placer tomarse el pelo o masajear el contorno de la boca, o pasar el dedo por el estómago. Nada especial.

—No, me gusta.

Y se mantuvo. Rolfe preguntó una conversación, no sólo para introducir el sentido de propiedad de Sís sino también por su propia necesidad de una especie de estabilidad en medio de todo el caos.

Trató de que fuera lo más relajada posible. Encontró una piedra grande y las que había las veces de altar. Juró flores y tejó con ellas una guirnalda para la cabeza de Sís. Que tuviera la cabeza cubierta, ya que su cuerpo no lo estaba.

Sís lo sorprendió con un suspiro. Trémulo tomado con la lipa en la boca apoyada de un candelero, decía:

—Para mí señor Rolfe:

—Este es nuestro día de casarnos juntos. Mi día y su día. Estoy muy feliz aunque nadie más me pueda ver. Tentaré de todo corazón de ser para usted una buena esposa.

—¿Eh que usted hace lo mismo

por mí porque es noble y he sido querido señor Rolfe.

—Su amiga y esposa  
"Cecilia Bonner"

En la primera vez que Rolfe entró en el porqué del subterfugio Sís.

Nunca hasta entonces un hombre sentimental, Martín tomó un beso a su esposa, Cecilia Bonner Rolfe, y la besó con ternura y afecto.

Guardó la carta raspada —en la habitación él— en el escritorio, donde estaría segura.

Habría querido comenzar el matrimonio al aire libre. Era un maravilloso día de junio, el sol tibio, el albaq azulado, soplaban con brisa suave. Dijo sabía que no habíamos podido pedir mayor intimidad que la de un propio planeta. Pero pensó que Sís se sentiría si no accidentalmente tocada al menos, si no estaban rodeados por cuatro paredes.

Lo besó adentro, entonces, y allí le quitó la corona de flores, que puso en un recipiente con agua.

Entonces ella se volvió hacia él y le dijo:

—Dígame qué debo hacer, señor Rolfe. No sé qué hacer por usted.

—Por nosotros, niña. —le dijo él—. Lo que hagamos, todo cuanto hagamos de ahora en adelante, es por nosotros, juntos.

—Me gusta que me diga eso. Dígame lo que tengo que hacer.

—Tú no tienes que hacer nada,

sólo dejarte amar y amar en la forma en que la sirutas. Toda cuanto necesito y hago está bien porque tú eres mi esposa y yo soy tu marido.

—¿Estaría mal que yo quisiera que me abrazaran... aquí? —preguntó, bajando la mirada se besó los pechos—. Me siento como si fuera a estallar. Estoy tan feliz de amar por mí señor Rolfe. Nunca me imaginé, hasta ahora, que...

Tuvo que hacerla callar, y la besó.

A modo de anillo de boda, Rolfe le había hecho una especie de corcha con hebras de hierba. Cuando se le marchitaba o se le desmenuzaba, le hacía otro. En cierto modo, pensaba él algunas veces, era como renovar los votos.

Una vez, algo más tarde, buscando un libro, encontró en el fondo del cajón de ella una colección de contadores de manijas o hebras de hierba seca. Sís había conservado los anillos marchitos. Las había guardado en un cuidadoso estuche de plástico diminuto de cuero que decía, con letras de colores chillones, "Mi Abuelito". Aquellas eran sus joyas, su único tesoro.

Algunas veces le preguntaba a Sís repetitiva, ansiosamente:

—¿Eres mi amiga?

Y ella le respondía:

—Sí, soy tu amiga. ¿No lo sabía?

Y él se sentía avergonzada pe-

no también gratificado, y el consorcio se le brecha de cegallo porque ella lo había dicho más que un simple sí.

Una mujer es una masa apreta, le había dicho una vez un amigo.

—Pero esto es ridículo —añadía Rolfe para un momento. Mentalmente, él y Sim no podían haber sido más diferentes.

Después, por supuesto. Eso también había podido ser cierto si él hubiera tenido el mundo entero para elegir. Suponiendo que esa hubiera sido una adolescencia o una vejez, ¿cómo hubiera podido tiempo hubiera podido esperar él a alguien así? También podía haber sido un sectorista, una actriz, ginecista, gerida, enfermera, tapista. Era un tipo aborrecido, Martín Rolfe, Señor Ralph, cuando.

Después, por supuesto, se comprendían. Pero ¿había con eso? Había momentos muy breves, sí. Pero esos momentos breves son muy importantes, Marty ¿sí o no? Presionaba, insistía. Cada uno de ellos una preocupación o potencia, una posible persona.

Pero fuera de eso, no, no había.

Sin embargo, como en ella toda la existencia consistía en tratar de complacerlo a él, aprendió con el tiempo a darle respuestas verbales aceptables, y entonces los aplausos se tornaron más satisfactorios para él. Sus dolores de cabeza eran menos frecuentes.

Fue el método de la prueba y el

error, y por el esfuerzo, como lo aprendía todo, ella aprendió a hablarle con la mano con algo muy semejante a una inteligencia normal, reemplazándole palabras de simpatía, aprobación, sorpresa, desdén, piedad y hasta repulsa, según las circunstancias. Aprendió a modular la voz, en un tiempo vulgar y áspero. Aprendió que unas pocas palabras, expresadas con sencillez pero con delicadeza, hacían más por su mentalidad que un halago, un barbaqueo incoherente.

Sus respuestas físicas, como las de una esclava a su amo idólatro, siempre habían sido gratificantes para él, excepto un hábito insoportable, su tendencia a decir "Dios, alabado sea Dios!" cada vez que tenía un momento o cada vez que pensaba que él lo había tenido.

Una vez ella le pidió que le hablase de su vida.

—¿Qué quieres saber de mi vida? —le preguntó él.

—Todo —respondió ella.

—Eso sería muy largo de contar.

—Entonces, lo que usted quiere, señor Ralph.

Sin una palabra de introducción, Rolfe respondió:

—Tenía dieciséis años cuando heredé por primera vez a una chica. Era apasionadamente viejo...

Siempre le había parecido interesante no haber sido herido hasta una edad tan avanzada, y

como se lo había confiado a un niño. Pasaron años antes que Sim cumpliera el cargo necesario para decirle:

—Señor Ralph, usted una vez me contó que nunca lo habían herido hasta que tuvo dieciséis años y eso es malo, pero ¿puede decirme cómo fue?

Y él le dijo que no, que no lo sabía, y ella le dijo:

—Vete a casa, señor Ralph, te doy una idea. Del que no se sienta tan mal.

Y él le había preguntado, una vez que estaba casi del todo seguro:

—¿Quieres decir que yo fui el primer hombre que te heró?

—El primer hombre, apenas de mi padre, sí, señor Ralph. ¿Y te he una cosa? Estoy muy contenta de lo que fuera todo el primero, y de que ahora nadie más me heró más nunca. Estoy contenta de esto.

Y él debió entonces proponer su condición. Había estado a punto de hablarle a Sim de su primer matrimonio, de cómo había elegido a su mujer entre todas las jóvenes que había conocido.

¿Qué variedad fantásticamente grande había tenido para elegir! La mujer de ahora, en ninguna opinión, lo hacía maravillar al pensar que hubiera podido elegir entre millones de haber sabido que se asociaría el día final, y que él y su pareja, si también ella se casaba, serían los padres de todo el género humano. ¿Con cuánto cuidado habría buscado,

cuántas pruebas habría hecho para filtrar, del gran crisol de la feminidad, una compañera adecuada para el último hombre!

Pero como había supuesto que la vida iba a continuar, había escogido de una gama sumamente reducida. A pesar de todo, había elegido bien.

Más adelante se lo dijo a Sim, ahora no. No quería ofenderla en ese momento habiéndole de lo que, visto con los ojos del momento, había sido un matrimonio perdido; tampoco quería dañarse el mismo comparando un matrimonio pasado y bello al lado de una mujer inteligente con la que ahora tenía.

Ahora le hablaría a Sim de otra época de su pasado adulto, un triste interludio durante el cual él y su esposa perfecta se habían separado y él vivió solo.

Qué aburrido haber tenido una esposa con su perfecta esposa muerta, pero. Qué locura haber perdido todo ese tiempo que pudieran haber estado juntos.

Sin embargo, había encontrado cierta paz en la soledad. Y los minutos habían sido más fuertes cuando volvió a ella.

—Te voy a hablar de una época en que vivía solo en un lugar, en una pequeña casa reducida —le dijo a Sim.

En aquel entonces era redactor sin contrato, asesor de revistas decedentes; redactor de artículos para sus amigos editores y lector de una editorial. Podía, por lo tanto, verter en frases del viaje

estiladas. Utilizadas el cuerpo y el teléfono, y sólo iba a la ciudad un par de veces por mes.

Disfrutaba de baño en tanto yendo a una casa o un hotel en su antigua ciudad, pero valiendo lo suficiente la intimidad como para recibir muchas invitaciones y llevar una vida activa en la casa solista.

Rolfe mismo jamás escribía. Su casa no se prestaba para las visitas, salvo las muy breves, invitadas al convento a tomar apuradamente en Nochebuena, a conversar con el hombre que iba a cubrir la cuota del servicio voluntario de ambulancias, o a jugar un pase de ajedrez de diez horas con el repartidor que llevaba los únicos alimentos que Rolfe comía en casa: huevos y la mantequilla que los hacía.

La casa solista estaba habitada solamente en el centro de las ocho hectáreas de campo que Rolfe poseía: lo bastante lejos de la ciudad como para estar rodeado de bosques y tener un arroyo con un establo para vacas, pero lo bastante cerca como para que llegara hasta allí un ramal de energía eléctrica.

Si la elección de esa forma de vida durante su separación era una escurridiza, entonces Rolfe era un escorridito. Había otro en detalle un poco extraño de su forma de ser. A la entrada del sendero que llegaba desde la carretera hasta su casa, había clavado en un árbol un letrero que decía: CASERO ENTONDO ATENIDO.

Después que hubo colocado el letrero, que había grabado en la tapa de un cajón de zapatos con un puntero eléctrico, apareció la policía, un taxista y un sargento.

Los hombres dejaron el automóvil en la carretera del cordado, y caminaron con paso cansado por el borde del sendero de Rolfe hasta llegar al camino ramalero naturalmente en el caso, junto al arroyo. Cuando estaban llegando a la puerta trasera del volquete, un faisán se escondió, sin prisa, en la maleza.

Rolfe los invitó a pasar, y les hizo sitio para que pudieran sentarse, trayendo un empujador de una palanquilla e indicando al sargento con un gesto la silla plegable que había frente a la máquina de escribir, instalada en una mesita adosada a la pared. Rolfe, después de sacar un par de cosas del estante de refrigerador, se sentó en la estrecha litera paralela al sitio del conductor. Sabía que era imposible no ofrecer libros a políticos de servicio. Conversaron un rato, y luego el taxista dijo:

—Se trata de un letrero, señor Rolfe; hemos traído algunos quejas.

—¿Llévenlos Maesta. ¿Qué? Me gusta la señal, eso es todo.

—Mi nombre es Sol —dijo el taxista— y éste es Eric...

Volvíeron a estrechársela la mano, ahora que habían empezado a llamarse por los nombres de pila, y Sol dijo:

—Por el cuento contado, Claro está que se trata de una propiedad privada, y nadie sospecha más que en el principio, pero alguien podría haberse dado. Alguien que no quiera leer, quizá, a que se interesara por aquí después del incendio, sin mucha intención, se da cuenta.

—Sí, claro —dijo Rolfe—. Lo entiendo.

—Además —dijo el sargento Eric— todos los que poseen un terreno de excedente de guerra tienen la obligación de desarrollar los usos otros. Eso es la ley.

—No sé a qué se refiere —dijo Rolfe—. No lo puedo tampoco explicar en el momento. Soy incapaz de hacer a un concepto, y voy a salir a un ser humano. Tengo un corralito tan firme que ni siquiera puede en el arroyo.

—Me doy cuenta —dijo Sol—. Sólo puse el letrero para avisar a la gente, como quien pone "Cuidado con el Fuego" aunque no tenga perro.

—¿Entonces en realidad no hay ningún allí ahora? —dijo Eric—. Eso me tranquiliza. Ojalá, bueno pensando con más de plomo por el borde del camino.

María Rolfe sonrió.

—Caballeros, me parece que empezaron a comprender. Yo tengo la culpa de todo, por ser tan mala en su cartografía. Lo que quería era llamar la atención sobre el hecho de que esto no es una carretera pública ni un camino para peatones ni un sitio para que jóvenes viciados vayan a romper

ventanas o a incendiar fogatas donde no corresponden. Tengo entendido que hubo algunos incidentes de esta naturaleza en los alrededores del pueblo.

—Desentendidos —dijo Sol—. Pero todavía me sé qué quiero decir con eso de que tiene mala ortografía.

—Lo que intentaba decir en mi letrero, supongo, era: "Mind you, this is a private road". "Ojo, esto es un camino privado". Es una expresión típica de Nueva Inglaterra.

—La conozco —dijo Eric—. Hay letreros como ese en Louisiana, de donde es mi mujer...

... fue una zona de guerra, más, realmente. Esos letreros dicen "Mind your step", "Ojo con el escalón".

—En ese caso es Mind-d, no Mind-ed —dijo Sol.

—¿De verdad? —preguntó Rolfe con una sonrisa—. Ya le dije que soy una comunidad en cartografía. Entonces será mejor que cambie el letrero, ¿no le parece?

En lugar de contestarle directamente, Sol le preguntó:

—¿Ha tenido alguna vez problemas con los chicos por aquí?

—Con los chicos y con los grandes —dijo Rolfe—. Últimamente ti-

po de problemas. Los chicos me muestran una ventana una noche. Yo estaba durmiendo y recibí una lluvia de vidrios rotos en la cara. Otra vez un bromista grande con una carpeta, estáo a tiro a una pedale y a todos un pichanco y los dejó abalanzados por ahí. Ni siquiera tenía la te-

tación de comodidad. ¿Tiene alguna vez que liberar de sus mil millones a un ser viviente con sus propias manos, Sol? En mil millones de años el letargo. Desde entonces no han vuelto a molestarnos, ni a las perdices ni a mí.

Una vez más que me fui a un grupo al que un volcán cuando le había hecho un agujero pero no me sé que voliera la pena agobiado hasta los matorrales.

Eric salió acompañado por Martín Balle, y los tres echaron a andar por el camino hacia la carretera del condado. Los pilares gorjaban a su paso, y un viento cálido pegó un salto para bajar.

Al llegar a la carretera atalada, Martín Balle fue hasta el letargo. Sacó un lápiz del bolsillo de la camisa, tachó con una línea vertical la *n* de *arroz* y *unif*, con un signo de corrección de prueba, la *n* y la *n*.

—No me parece que haya quedado muy legible —dijo el ser genio—. Además, un par de líneas lo borra.

—Oh, vamos, Eric —dijo el tridente—. Si está claro como la luz del día.

—Gracias, tridente —dijo Martín, sacudiendo al coche policial para despedirse—. Siempre fui una calamidad en ortografía.

—Oh, no bromes —dijo Eric—. Apuesto a que cualquier día de estos nos aventaja a los dos en ortografía. —Había dado vuelta la cabeza para mirar al letargo, y al llegar al coche topeó; tuvo que

aferrarse de la puerta para no caer.

—Ojo con el ascotón —le dijo Martín.

Hojar las páginas de un ejemplar de *The New York Times Magazine* que había conservado le enseñaba un pariente dolido.

¿Qué admiraba y pasará pasando la gente haciendo las cosas fantásticas que la moda y la propaganda le había a hacer? ¿Qué sorían con las declaraciones expresadas en los artículos y en las cartas de los lectores? Por ejemplo, estaba un artículo técnico, políticamente viable, acerca de la explosión demográfica de los impensables centenares de millones que pronto habría en la India, o los seis mil millones que dentro de unos pocos años habitarían en la Tierra.

¿Qué hubiera por lo menos tantas personas como las que le pertenecían ese ejemplar de la edición demencial del *Times Magazine* y medio? Mundo suficiente. O que al menos existieran sobre la Tierra los pocos centenares de personas que habían escrito, editado e impreso ese mismo número de *The New York Times Magazine*. O que hubieran uno más aparte de él y Sus. Un hombre con quien jugar al ajedrez a sus quince filosofías.

Balle rechazó la idea de que la tercera persona sobre la Tierra pudiera ser otra mujer. Era un pensamiento demasiado peligroso, demasiado explosivo. ¿Sería capaz de traerlos a Sus con

una mujer normal? De que manera la abandonarían tanto la absoluta oscuridad, pero también la tradición era segura: lo sería tan fidedigna engañada. ¿Qué forma, que no fuese intelectual, adoptaría la tradición? ¿Tomaría a la nueva mujer por evidente competidora, con una explicación cualquiera para Sus? ¿Trataría la nueva de expulsar a Sus (uno él nunca lo toleraría, ¿o sí?), o le destinaría un papel humillante en la nueva organización de la casa, algo que él podría racionalizar y finalmente aceptar? (Lo era decir a la nueva: "Tú quisiera que meentras hijos, los únicos hijos de la Tierra, sean inteligentes, ¿verdad? No quisiera que el mundo nuevo esté poblado por ratos débiles mentales, ¿o es cierto?")

Los pensamientos lo llevaron una vez más a imaginar las posibles consecuencias si el tercer habitante fuera varón. ¿Y si no jugaba al ajedrez? ¿Y si era un simple bruto, de instintos bestiales? ¿Trataría Martín que cooperara con él a Sus, al estilo antiguo? Y aun en el caso de que lo convenciera a él (o a Sus) de que era posible aceptar tal situación, ¿cuánto tiempo podría continuar sin hacer explosión?

No... y ya que estaba fantasmado está mucho más sencillo imaginar que había otros dos habitantes, un hombre y una mujer, que ya habrían arreglado sus vidas, que ya estarían adaptados el uno al otro.

Sin embargo... ¿cuánto tien-

po podrían dos parejas —y sólo dos— vivir juntas sin que algo empezara a fermentar? El trabajo de esposas era una institución demasiado elaborada en los malos tiempos de antes, cuando había otras mil variedades de entretenimientos, para no ser una institución cotidiana en un mundo prácticamente despoblado.

No... lo mejor sería que no hubiera ni una tercera ni una cuarta persona; no a menos que pudiera haber, además, otra igualdad de personas...

¡Ah, pero estaba tan solo!

—Me voy a la ciudad —le dijo a Sus.

Hacia mucho tiempo que no necesitaba ir a la ciudad. Se habían arreglado con lo que tenían o con lo que podían hacer, habían dejado que las cosas se les cayeran en bandeja y no las habían reemplazado; cultivaban la tierra para alimentarse, habían convertido esa casa de campo en el centro de su universo. Pero ahora él quería volver a la ciudad.

Sus quitó lo vio algo en los ojos.

—Déjame ir a mí —le dijo—. Dígeme solamente qué es lo que quiere.

A veces ella tenía una manera tan trágica de decirle las cosas que Balle sospechaba fagocitantes que no sólo tenía inteligencia sino también ingenio.

—¿Que te diga lo que quiero? Como si... —Se interrumpió,



Como si pedían destino a ella. Como si él mismo lo supiera.

Lo único que sabía era que necesitaba salir, alejarse por un tiempo largo. Quería estar sola, con sus propios recuerdos de una Tierra habitada.

También deseaba tomar un trago.

Tampoco atrás había estado la noche de no tener nunca bebidas alcohólicas en la casa. Sentía una tentación demasiado grande tentándola a mano. Se imaginaba deprimiéndose hasta llegar a ser un borracho perdido. Con una provincia limitada al alcance de la mano, y una mujer siempre dispuesta a hacer todo el trabajo que fuese necesario, él podía ser felizmente en el aislamiento, transformarse en una criatura con un cerebro rebotado, atraído por el alcohol.

¿Qué padre y madre del mundo le harían una pareja semejante!

Por esa razón había tomado como norma: bebe cuanto quieras cuando lo necesitas —en la ciudad—, pero nunca traigas bebidas a casa.

Y entonces le había dicho a Sin:

—No sé lo que quiero, exactamente. Sólo quiero ir a la ciudad.

Y ella le había respondido:

—Entá bien, señor Ralph, así tiene que ir, vaya.

Una vez más había intentado de la percepción de Sin, si esa era su realidad. "Si tiene que ir", le había dicho ella, siempre él se

había de acordar algo de beber.

—Tengo que ir —dijo Rolfe—. Pero volveré. ¿Quieren que te traiga algunas cosas?

Sin creó una atmósfera alrededor de la cocina y empezó a decir algo, pero se interrumpió y dijo en silencio:

—En realidad no necesitamos nada. Vaya, señor Ralph, y quédate todo el tiempo que necesites. Así podré ir de una vez a recoger una mora.

Sin era tan dulce que Rolfe estuvo a punto de decirlo. Pero entonces la besó —profundamente agradecido, en ese instante, de que ella fuese su Sin y no una copia de mujer, una mujer demasiado despierta e inteligente— y se marchó, dejando, en un Coléxer.

Rolfe había pasado de la tienda al sillón giratorio y lo había llevado a la mesa, y ahora estaba sentado en él, al sul del atardecer. A su lado, sobre el pasamanos, había media docena de botellas, todas desatapadas. Había un conito mismo.

—Mientras el sol del atardecer, noj amargo entre los rebatacos veriegos de un mundo otrora poblado, se desliza imperceptiblemente hacia su fin, uno de los dos subconscientemente concientes se embota momentáneamente el corazón.

Tomó un trago en honor a lo dicho, y prosiguió:

—¿Qué pensamientos cruzan por la mente de esta despreciable criatura, esta desusada pílula hu-

mana alcoholizada a su muerte por el resto de sus días en un planeta en ruinas?

"¿Recuerda alguna vez la gloria que otrora fue suya y de sus compañeros? ¿O está tan hundido en la miseria, en el maro helado de escuchar un débil rullo para asegurarse una existencia mesquina, que la sibilante ha ahogado cualquier que en otros tiempos aborreció su especie? El sujeto interrumpe el curso de sus pensamientos y levanta la botella. Bebe profusamente de la botella, pero no siente como para inclinarse una repentina eudaimología. A lo que el sujeto sigue en el embobamiento apacible, a la herencia leída, al Stravinsky momentáneo, algo que a medio día y jamás produce ninguna "¡gloriosa eudaimología!"

"Una pausa tal vez, una pausa para la embobación, en la que el sujeto regresa con la mente a un pasado feliz. El señor Martin Rolfe en Día Mía Venturosa.

Rolfe levantó del suelo el ejemplar del New York Times Magazine y lo hojeó. Era casi tan seducible como tomar otro trago. Allí estaban ellas; no podían tener más de diecisiete años, con los ojos más vivos hasta la oscuridad, buscando para mostrar la libertad de acción y la elasticidad de la entropía. Recordó haberle dicho él una vez a un periodista, mientras esperaba bajo la lluvia la llegada de un periodista: "La del reportero es esencialmente una profesión lista de digni-

dad". También le había sido la de modelo. Egiptoceno.

Como del mundo... Fanzó. "Un título para mis memorias: Como del Pasado". Tomó nuevamente el Times y concentró su atención en un aviso de un hombre joven y alegre en una página giratoria, que llevaba bajo el brazo un ejemplar del Wall Street Journal. "¿Qué que había querido atragado en una puerta giratoria y que llevaba un tropezal de las piernas Articuladas", dijo Rolfe, recordando la situación. Se parecía al tipo Larchmont a los solísticos años; a cinco de su especie de la universidad, con un Máster, dos hijos, y una mujer que esperaba a beber un poco de más. "Si se queda atragado allí el tiempo suficiente, podrá leer el periódico hasta las páginas del movimiento marxista, y nunca vuelve a las lecturas."

Rolfe miró conparativamente al tipo Larchmont atragado en la puerta giratoria, ansioso contra su traje destino con ella en traje Articulado, su Wall Street Journal y, presumiblemente, una heléna repica de foto de esposa y bebé, tarjetas de crédito y un boleto de avión extendido por una empresa ferroviaria que estaba solicitando autorización para suspender el servicio de pasajeros.

—Pobre hijo de puta —dijo Rolfe.

Naturalmente, también se lo decía a sí mismo. Lo repitió diariamente todo el suceso de repre-

se a casa ¡ohbre hijo de perra! Fobre hijo de perra.

Siempre lo estaba esperando en el fresco jardín. Lo acompañó a la casa con el brazo. Le dijo, con apenas un leve dejo de reproche (ese él lo podía soportar, mientras aquello no):

—Otra vez ha estado bebiendo demasiado, señor Ralph. Sabe que le hace mal.

—Tienes razón, Mrs. Toda la razón.

—Trataré que cambie. Yo trato de cambiarlo, pero también usted tendría que tratar.

Con ternura, lo agarró a hombros. Fobre sigue entonces, entre otras cosas, cuando lo necesitaba, y se enfurece por decirle algo agudado antes de quedarse dormido. Finalmente le dijo:

—Sabes, Mrs. tú eres mucho más hermosa que todas esas muchachas bonitas y mularinas del York Times. —Así la llamaba ella, el York Times.— Y además tienes mucha más inteligencia que la que ellas aparentan tener.

Del castaño de agua de Raifa.

Me maravillaba el estado por la tarde. En pleno centro de la ciudad, Peligroso. No es justo para Mrs. Corro el trabajo de ser desvalorado por los perros durante la borrachera. Triste espectáculo.

Sin embargo, no puede tener botellas a casa. Tentación demasiado grande de embriagarse todos los días, y dos veces los domingos.

Por qué el domingo es por

que los otros días? Traté de cambiarme el nombre, pero Mrs insistió en que lo conservara. También exigió que haya una cada siete días, como en los buenos tiempos de antes. Tare que seáis. Esto es cuanto a la reforma del calendario.

Raifa había otras maneras de evadirse. Comenzaba, escalaba, corría y exploraba.

Una vez descubrió un lugar en la cima de un cerro desde donde uno (así decía, él) podía ver muchas cosas a la redonda, por donde el cual ninguna otra persona era visible, salvo la parte superior de su sitio en la cresta de un cerro circular, del otro lado de un ancho valle.

Después de descubrir el lugar, amanzó de abaje de un arco joven las matas de frmas alivores, y dejó los helechos y el musgo mojado, y se volvió a desmontar. El acceso había sido agotador, en un día tan caluroso, y ahora los insectos lo acosaban. Pero aunque las moscas mordían al volador de él, rara vez se posaban, y los mosquitos eran rápidos y fáciles de aplastar. Al cabo de un rato —era casi mediodía (por lo que la hora tardara impertinencia)— tomó un par de trapos de la botella que llevaba en la mochila, y comió un poco de queso. Pensaba en la botella como en su fuente de emergencia.

Revolviendo el contenido de la mochila encontró un rollo de cinta plástica que había llevado consigo para sellar el cambio necesario. No la había necesitado. Había usado el itinerario costado ramas con una herramienta podadora de mango muy largo.

Pero mientras estaba en la soledad que había buscado y hallado (¡qué extraño buscar soledad en un mundo desierto!), a la sombra de uno de los tallos de árboles, donde el viento soplaba audiblemente el susurro de los insectos, el gorjeo de los pájaros, el murmullo de los árboles agitados por un viento suave, supo lo que tenía que hacer con la cinta plástica. Identificó algo en un cuadrado de papel, con caracteres de imprenta pequeños pero legibles, y lo fijó con la cinta a la mancha húmeda del joven arco. Y volvió a tenderse a la sombra, disfrutando de lo que había hecho.

El paquete ligero decía: *Amor, amor*.

Una noche de junio llevó rápidamente, en grandes ráfagas cálidas, llevadas por el viento. No había visto una tormenta semejante desde un viaje a los trópicos, diez años atrás.

El placer que sintió al dejarse empujar por aquella brisa torrencial, tempestad, fue realzado por el peligro del agua, que parecía un diablo desde el cielo como burbujeando, que destruye y quema a su paso a una velocidad de distancia, como si el mundo se precipitara contra aquel preciso lugar, y entrar al mismo

momento, hacia una gran luz amarilla oscura.

Fobre lo desahó, corriendo como un animal salvaje, deteniéndose luego deliberadamente como paralizado por el resplandor, con los brazos extendidos e incluso hacia el cielo, gritando, provocando a la vez a el Ser que había enviado la tormenta, liberando las frustraciones reprimidas, las desamargas y los celos ante la fuerza elemental de la tormenta.

Había atrapado a la bestia en un pozo, prácticamente. La criatura no había extremado casi por completo un vano tentativo por escapar las líneas paralelas. Al mismo, no había alcanzado de cerca el fondo.

Fobre pudo haberse matado desde arriba, encaramado a dejarse caer de la bestia. El lugar de hacer eso, está dentro del pozo, armado de dos cuchillos, amarrándose a un barido y a morir.

Al instante advirtió su locura. La bestia distaba mucho de estar desahada. Tenía ganas aladas, aunque sus movimientos eran torpes en el estrecho fondo del pozo, y su aliento fétido era tan pegajoso como sus colmillos.

Sólo la muerte, la pura muerte, podía salvar las garras y los colmillos el tiempo suficiente como para hundir primero un cuchillo y luego el otro en el corazón de la bestia.

Cuando los fotógrafos mortales

menguaron, se tendió allí, con el rostro enterrado en la cama de la bestia, buscando a la criatura que acababa de nacer, con una ternura que iba creciendo en él a medida que las latidas del corazón se atenuaban.

Más tarde desarrolló a la bestia. El y Siss comenzaron la carne y danzaron bajo la piel. Pero antes tuvo que apalpar la cabeza, como tributo a un adversario digno, una suerte de saludo a otro macho.

Y de su unión nació un hijo.

Sus garras sabían perfectamente, por instinto, lo que debía hacer. Rollo la ayuda traspasamento. Cortó el cordón umbilical con un par de tijeras heréticas. Hizo un maula. Luego llevó a la pequeña con roña.

Finalmente Siss quedó callada, seca, serena, con el niño en brazos. Ralph se sentó en el suelo junto a la cama, y miró y miró a la madre y el niño. Una semana después, pensó. Se quedó allí largas horas, soñando, observando, preguntándose. Ella lo miraba a su vez, en silencio, preguntándose.

El nuevo ser humano dormía, sereno.

No hubiera podido ser más perfecto.

En hijo. Su machucado. Siss y de ella pero, sentía que era justo decirlo, principalmente rojo.

Se hijo Adán. ¿Qué otro nombre hubiera podido darle? Adán. Trillado pero noble. Ralph pen-

saba en llamado Ralph, pero sólo lo llamaban. Había sido demasiado común que su macho fuera de un lado a otro presentándole al círculo más íntimo de amigos —todas parientes, si uno le piensa— como Ralph Ralph.

Claro está que en una sociedad tan curiosa como la de ellos no hubiera necesidad de presentaciones durante muchos años. Y los años pasaron.

Allí estaba el hijo, alto para su edad, erguido, sereno, hábil con las manos...

¿Pero vivió? ¿Inteligente? ¿Cómo podía saberlo su padre? Un padre previsor no sólo le bueno, no se fija en lo que no quiere aceptar, puede señalar defectos ciertos para todos los demás.

Habría con él y recibía respuestas justificadas. Pero para un padre que sería justificando con cualquier respuesta? Los padres se satisficieron finalmente. Sabían todo los padres de hijos venidos.

¿Se había condicionado a tal punto que se sentiría satisfecho si su hijo necesitaba pensar algo más que una inteligencia puramente animal? El condicionamiento entraba la seguridad de ver crecer a su hijo de hacer en él indicios de retardo mental, de idiotia, de indolencia, de muerocidad, de estúpido.

Y después tuvieron un hijo.

Del nacimiento de estos de Ralph.

Mi hijo. Moreno y bruto como una moneda de cobre. Des-

modo como un grajo. Hablo, maculoso, humano, activo, hábil con las manos.

Antipolo? Eso parece. Naturalmente, es demasiado pronto para poder decirlo con certeza.

Cinco años, y acaba de cumplir su primera infancia. Un poco salvaje, que vivió a nuestra cabida. Le dio directamente en el ojo derecho con un rifle .30-30 desde ..... metros (media y le-mos).

Fuerza y valiente y hábil y hermoso.

Esperamos que inteligente, también.

En lo simple, Dios.

Mi hijo. Mi precioso, mi bello. Qué delicia era, con su sonrisa serena y su forma curiosa de sostener mi palma con sus brazos y abar la cabeza para mirar al Viejo Papito. Era la hija de la madre, que es así. Tan buena, tan tranquila. Pero sobre las pies sus nápidas, y sus reflejos (los ha profundos) son asnos. Me parece que estabas muy bien.

El Diario de Siss

(Siss no era demasiado fiel con su diario. La palabra impresa no era su medio. Aunque sus intenciones eran buenas, claro está, hay veces de una decena de entradas en total, y se reproducen a continuación. No las ponía leídas la letra de la última entrada es algo mejor que la de la primera, pero qué se iba a hacer más a que utilizó un lápiz con

punta más afilada. Un diario más revelador se encontraría tal vez en su cámara, si pudiera leerse, o en sus hijos.)

El señor Ralph me dijo que ustedes como cuando son grandes o importantes y empezará a ser. Hoy el señor Ralph se está cansando.

Muy feliz hoy. Apreciando a complacer a mi marido.

Muy muy feliz. Hoy me mudé a nuestra casa de campo me gusta más que la gran ciudad.

Hoy tuve un bebé, un varón.

Mi palabra para hoy es satisfacción. Tengo que celebrarla y decir lo que significa. El señor Ralph dice que necesito una educación, él me va a educar.

Mi palabra para hoy es educación. El señor Ralph dijo lo que escribió en mi diario ayer.

Tengo 2 palabras para hoy escribir y apor. También sé un hijo.

Hoy tuve un bebé, una niña. Ralph dice que ahora todo va a marchar malísimo.

Y personalmente era verdad. Habiendo duplicado la publicación,

la raza humana parecía estar ahora sobre una base firme. Había amor en el mundo; una familia crecía; orgullo, y una nueva confianza en el mismo de Simón como que ahora él era Balph, no más Balph. Podrían estar seguros, sin embargo, de que el espíritu aunque amante podía le dio dos palabras para testificar muy bien. Un padre, una madre, un hijo, una hija. Un poco de aprendizaje, más allá de eso.

En el verano de su octava año Adán y su padre estaban en el bosque que se extendía más allá de la pradera, en el pequeño claro junto al arroyo que había limpiado y rastreado antes de establecerse en el lago; entonces que usaba el ganado, Martín y el niño estaban ahora cuando después de una mañana dedicada a cortar leña y a cosechar.

Adán, cuando como su padre, preguntó:

—¿Me va a crecer más pelo, igual que a tí?

Y Martín le dijo:

—Claro, cuando seas más grande. Cuando empieces a ser hombre.

Y Adán comparó su piel suave con el cuerpo roto, musculoso y velludo de su padre, y dijo:

—Mamá tiene pelo en su lagar, pero ella es diferente.

Y entonces Martín le explicó, señalando a pesar de que ahora estaba quieto y atento, y su hijo le comprendió todo, asintiendo, como si su mente más joven

tanta que saber por qué la vida tenía a su temora. Era sólo que hasta entonces Adán no había relacionado la función del loro con la paciencia del temora. Martín se lo explicó, en términos sencillos.

—Es muy claro —dijo Adán—. ¿El cuánto empiezo?

Martín trató de que su voz alguna vez más natural. ¿Cómo instruye uno a su hijo en el invierno?

La explicación quedó completa, finalmente, y le llegó a Martín el turno de hacer una pregunta.

—¿Puedo definitivamente en esto, hijo. Si pudiera cambiar la vida a una persona, a tu madre o a mí, primero a los dos, ¿cuál cambiaría?

Adán respondió sin titubear.

—Salvaría a mamá, por supuesto.

Martín miró intencionalmente a su hijo fuerte y hermoso, y le hizo la segunda parte de la pregunta.

—¿Por qué?

Adán dijo:

—No quisiera hacer tus sustituciones, papá. Los salvaría a los dos, si pudiera...

—Ya sé que lo harías. Desde los cinco años has sido un genio para el tiro. Pero podrías tirar que elegir. Tu respuesta es la única posible, pero necesito saber por qué lo dices.

El niño arrojó la treta silenciosamente tratando de mostrar la respuesta que había dado instantáneamente.

—Porque... es una necesi-

dad... ella y yo podríamos...

—Y entonces, de golpe, escuchó la respuesta.— Porque ella podría ser la madre del mundo y yo podría ser el padre.

Martín se estremeció como si acabara de pasar un viento helado. Todo era perfecto. Además a su hijo hermoso, fuerte, a su hijo inteligente, y florido.

El cabo de un rato apacible Simón, por el momento que corría junto al arroyo, deseaba como ellos dos pero diferente, como había dicho Adán. Deseaba a las mujeres sobre la cultura a la vida humana.

—¿Puedo que podamos vivir con los hombres para el momento —dijo— hasta algunas cosas para el padre.

Llevaba las manos en una bolsa de cuero, y algunas se habían apretado, temblando de un dolor así la piel tostada, justo debajo de la ceja derecha.

Martín dijo:

—¿Qué hermoso cuando fueras los dos. Acéptanos, quiero un beso.

La pequeña le besó primero, y luego, acariciando con suaves caricias, fue a darle otro beso a Adán, que se lo devolvió debidamente con un suspiro.

Martín abrió los brazos y Simón se sentó entre ellos, dejando a un lado las manos. Le apoyó la cabeza en el hombro, arriba. Martín le acarició a él y le besó los ojos y las mejillas y el pelo y el cuello y finalmente los labios, allí a la luz del sol, junto al Haploide

arroyo, en presencia de toda el mundo.

—¿Te parece...? —preguntó a decir ella, pero Martín lo interrumpió.

—¡Oh!, ahora. Está bien. Todo está bien. Simón, querida.

Simón suspiró y apoyó el cuerpo contra el de Martín. Nunca, hasta entonces, le había llamado querida. La besó otra vez largamente, y ella se fue deslizándose gradualmente hasta quedar tendida de espaldas sobre el suelo suave, y levantó una rodilla y dobló la otra para proteger a su pecho.

La pregunta perdió todo interés y se fue a chapotear en el arroyo, pero Adán observaba, el resto sobre la rodilla, y en un momento dijo:

—No aplastes las manos —y se acomodó a recogerlas. Corrió lentamente un profundo.

Después pasó a su madre joven: "¡Oh, abuelo mi Dios!", y luego de un rato los dos padres quedaron muy quietos. Luego de un rato más largo, miró para ver si la pequeña estaba bien, y se acercó a los cuerpos entrelazados, que respiraban suavemente y que eran más hermosos que todo cuanto él había visto hasta entonces.

Adán se arrodilló junto a ellas y besó el cuello de su padre y los labios de su madre. Simón abrió los brazos y recibió en ellos a su hijo, temblando.

Y Adán preguntó, con el rostro apretado contra la mejilla de su

madre, que estaba bñmada y ti-  
da:

—¿Esto es el amor?

Y su madre le respondió:

—Sí, querido.

Y su padre dijo, con voz aque-  
jada:

—En todo lo que existe, hijo,  
debes metter la mano en la bolsi-  
ta de las madres y una en la de  
los padres y una en la tuya. Luego  
te levantaré para darte una a la pa-  
guella.

Título del original en inglés: *Mother to the World*  
Traducción de Ricardo Rosen

En el próximo número

Tres notables relatos breves: "La Estación Hawkeid" de Robert  
Silverberg, "El funeral" de Kate Wilhelm y "La oscuridad" de  
André Camilleri. Además, cuentos de Brian Aldiss, J. G. Ballard,  
Michael Bishop, Carol Emshwiller, Frederick Pohl, Bob Shaw,  
Ursula K. Le Guin, una nota de Isaac Asimov y una sección de  
crítica de libros.

El cuento que sigue —sobre la elección del primer papa robot— obtuvo  
en 1973 el premio Nebula del sindicato norteamericano de escritores  
de ciencia ficción (Science Fiction Writers of America).

## BUENAS NOTICIAS DEL VATICANO

Robert Silverberg

ESTA ES LA MAÑANA QUE TODOS  
espabilamos: al fin, el cardenal  
robot será elegido papa. Ya se  
sabían desde del resultado. Las  
controversias entre los particula-  
res del cardenal Anselmo de Mi-  
lano y el cardenal Gerardo de Gé-  
nova ya han disminuido el interés  
durante días, y se anuncia que  
se llegará a un acuerdo. Todas las  
facciones convienen en la elección  
del robot. Lei esta mañana, en el  
Observador Romano, que hasta la  
computadora vaticana participó  
en las deliberaciones, y que ape-  
rá con vígoreo entusiasmo la  
candidatura del robot. No creo  
que deba asombrarnos tal fidelidad  
de una máquina hacia otra.  
Tampoco debo preocuparme. No  
debemos dejar que nos preocupe.

—Cada época tiene el papa  
que se merece —observó hoy con

cinco tristezas el obispo FitzPa-  
trick, durante el desayuno—. El  
papa apropiado para la nuestra  
es, por cierto, un robot. Puede  
que en fechas futuras sea más  
adecuado elegir una ballena, un  
automóvil, un gato o una vaca-  
talla.

El obispo Fitzpatrick tiene más  
de dos metros de estatura y en su  
rostro hay, por lo general, una  
expresión melélica y triste. No  
resulta imposible, por lo tanto,  
determinar si está que declara  
tristemente descomposición existencial  
o piedad aceptación. El obispo,  
hace muchos años, fue un famo-  
so jugador de béisquet que com-  
pitó por el campeonato de la  
Santa Cruz. Ha venido a Roma a  
hacer investigaciones para una  
biografía de San Marcelo el  
Junto.

Copyright © 1971 by Toray Co., Publicado por acuerdo con Scott Meredith  
Library Agency, Inc., 245 Fifth Avenue, New York, N. Y. 10011, a quien debe  
ser solicitado toda información.

El papa asistió al drama de la elección del papa desde un café en la calle, a pocos cuadras de la Plaza de San Pedro, Roma, para todos nosotros, un asistido decidido de las sucesiones en Roma, ya que el papa anterior parecía gozar de excelente salud y no había razones para sospechar que debería designar sucesor este verano.

Cada mañana llegamos en taxi desde nuestro hotel de la Via Veneto, y nosamos parábamos alrededor de "nuestra" mesa. Desde donde estamos sentados vemos con total claridad la chimenea italiana que difunde el resultado luego negro si el papa no es electo, blanco si el obispo acepta una decisión. Luigi, conserje y propietario, nos dice, en nuestro turno, en nuestras habidas entrevistas: fermet blanca para el obispo FitzPatrick, campo con nada para el obispo Mueller, café a la taza para la señora Harshaw, jugo de limón para Kenneth y Beverly, y percolé con hielo para mí. Nos hacemos para pagar la cuenta aunque, desde que se inició nuestra vigilia, Kenneth se pagó una sola vez. Ayer lo tocaba a la señora Harshaw pero, al abrir el helo, descubrió que la faldales trececientas cincuenta lire, sólo tenía ochenta dólares en cheque de viajero. Todos miramos a Kenneth, pero éste, sin inmutarse, siguió bebiendo su jugo de limón. Tras un breve lapso de tensión, el señor Mueller sacó una moneda de quinientas lire

y, con un gesto de irritación, la arrojó sobre la mesa. El rubio se hizo un farfoso por su mal carácter y su vehemencia. Tiene veintidós años, más o menos como nosotros, muy a la moda, y anteojos de sol plateados; se afirma con frecuencia de no haber oficiado jamás una ceremonia de las mismas para su congregación en el Condado de Wisconsin, Maryland. Creo que el río es vulgar y obscuro, e inevitablemente lo devota a una organización de obispos anglicanos que se encargan de ese tipo de asuntos a cambio de una comisión. El señor Mueller es una autoridad en inglés.

En nuestro grupo, las opiniones con respecto a la elección de un papa robot están divididas. El obispo FitzPatrick, el rubio Mueller y yo apoyamos la idea, mientras que la señora Harshaw, Kenneth y Beverly se oponen. Es interesante que dos caballeros con hábitos religiosos —uno de bastante edad, el otro joven— apoyen esta teoría derivada de «tradicional. Nuestros tres "liberados", sin embargo, la rechazan.

No sé muy bien por qué me une a los progresistas. Soy hombre casado y de hábitos perfectos. Junto me interesé en los asuntos de la Iglesia Romana. Ignoro el dogma católico, y las tendencias más recientes dentro de la Iglesia. Sin embargo, desde que opiné el obispo, he deseado que elijas al robot.

¿A qué se deberá? ¿Cómo se que

la imagen de una misteriosa metálica en el Trono de San Pedro —finaliza mi imaginación y me da un sentido de lo incongruente? En decir: ¿cómo el robot en virtud de un problema científico? ¿Cómo se trata, más bien, de una manifestación de un descubrimiento real? ¿Espercho, quizá, que semejante gesto logará aplacar a los obispos? ¿Cómo digo para mi selección: si los obispos del papado, puede que ya no quieran nada más por un tiempo? No. No puedo creer algo tan indigne de mí. Es posible que ayes el robot porque soy una persona personalmente sensible a las necesidades de los demás.

—En caso de que lo elijas —comenta el rubio Mueller—, please realizar un convenio inmediato con el Dalai Lama, y una asociación recíproca con el programador principal de la Iglesia Ortodoxa Griega, para asegurar. Me han dicho que inventarí obispo al rubino, un hecho que, naturalmente, todos veremos con buenos ojos.

—No dudo que habrá muchas conexiones en los hábitos y prácticas eclesísticas —declara el obispo FitzPatrick—. Podemos contar, por ejemplo, con que tendremos técnicas superiores para asegurar información en cuanto la computadora del Viejano intersega más en la Carta. Por ejemplo...

—¿Qué idea tan sinistra —dice Kenneth. Es un joven delgado, de ojos rocosos y pelo blanco.

Beverly es un esposa o un hermana, y me da hablar poco. Kenneth me parpaga con ofensiva tranquilidad y seriedad.

—En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La señora Harshaw se ríe, pero refrena la risa apenas ve mi expresión de sorpresa.

Descomozco, aunque sin responder a la interrogación, el obispo FitzPatrick continúa:

—Por ejemplo, ayer a la tarde obtuve algunas cifras. Leí en el diario Oggi que durante los últimos cinco años, según un informe de los Misioneros Católicos, el número de miembros de la Iglesia rogados aumentó de 24.281.600 a 25.500.892. Pero el censo gubernamental del año pasado arrojó una población total en Yugoslavia de 23.573.194. Es decir, que sólo quedan 74.132 que pertenecen a otros religiones y a ninguna, según ese dato. Sabiendo la cantidad de misioneros que hay en Yugoslavia, sospecho que era innecesario convertir a la computadora de San Pedro, que me informó —el obispo hace una pausa y me alcanza una extensa hoja impresa que despliega ante todos— que el último censo de los Fieles en Yugoslavia, realmente hace un año y medio, de una cifra de 14.293.198. Se ha hecho, por lo tanto, una subtracción de 9.284.994, un abando que se perpetúa y que es considerable.

—¿Qué aspecto tiene? —pregunta la señora Harshaw—. ¿A qué se lo debe?

—Es como todos —dice Kenneth—. Una caja metálica brillante, con ruedas en la parte inferior y ojos en la parte superior.

—¿Por qué se la llama así? —objeto el obispo FitzPatrick—. Me parece fuera de lugar que se llame así...

—Son todos iguales —dice Kenneth—. Una vez que hemos visto a uno, los hemos visto a todos. Cajas brillantes. Ruedas. Ojos. Y voces que los hacen del mismo color cuando se conectan. Además, son todo ruedas y tornillos. —Kenneth se entusiasma levemente. — Es más de lo que puedo aceptar. ¿Qué les parece al profesor una visita?

—Ocurra —añade el rubio Mueller— que lo ha visto con mis propios ojos.

—¿De veras? —exclama Beverly.

Kenneth la mira con desdén. Luigi se acerca y en la bandeja trae más trozos para todos. Le entrego un billete de cinco mil lire. El rubio Mueller se quita los anteojos y los humedece, con el alfiler, las reflectantes superfinas. Tiene ojos grises y pequeños, y es algo loco.

—El cardinal —explica— ofreció el discurso inaugural del Congreso de Justicia Mundial que se realizó el último mes en Beirut. Habló sobre "Exorcismo Científico para el Hombre Contemporáneo". Yo estubo allí. Le di el que Sa Kankonía es alto y distinguido, con una voz delgada y una sonrisa dulce. Sus gestos

tienen cierta cadencia melancólica que me recuerda mucho a nuestro amigo el obispo, aquí presente. Sus movimientos son gráciles y se inclina en adelante.

—Pero está asociado sobre ruedas, ¿no? —insiste Kenneth.

—¿Cómo cadenas —responde el rubio, dirigiéndolo a Kenneth una mirada feroz y volviéndose los anteojos—. Sobre cadenas, como un tractor oruga. Pero me creo que las cadenas son espiritualmente inferiores a los pies o, mejor, al caso, a las ruedas. Si yo fuera católico estaría orgulloso de tener a semejante hombre como papa.

—No es un hombre —interviene la señorita Harshaw. Su voz parece resaca cuando se dirige al rubio Mueller—. Es un robot, y no es hombre, ¿lo recuerda usted?

—Semejante robot es mi papa, entonces —dice el rubio Mueller, encogido de hombros y alzando la copa—. ¡Por el nuevo papa!

—Por el nuevo papa —exclama el obispo FitzPatrick.

Luigi sale corriendo del café. Kenneth le hace señas de que se vaya.

—Un momento —dice Kenneth—. La elección aún no concluyó. ¿Cómo pueden estar tan seguros?

—El Observatore Romano —le explica— anuncia en la edición de esta mañana que hoy se leyó a una decisión. El cardinal Giacinto aceptó retirarse a cambio de

una adjudicación más amplia en tiempo real cuando se decreten las nuevas leyes de computación en el consistorio del año próximo.

—En otras palabras —dice Kenneth—, hay un arreglo.

El obispo FitzPatrick menciona la misma travesura.

—Lo expongo en forma muy clara, hijo mío. Hace tres semanas que me encuentro en un Santo Padre. La Voluntad de Dios que tengamos un papa, el obispo, al no poder decidir entre el cardinal Giacinto y el cardinal Ascenja, aunque en Voluntad, si es necesario, por lo tanto, debemos hacer ciertas concesiones a la realidad de nuestra época para que Su Voluntad no quede frustrada por más tiempo. El exceso de controversia dentro del clero ya resulta perjudicial. No hay optimismo en la actitud del cardinal Giacinto al aceptar de un ambiguo personal.

Kenneth continúa atacando las razones del papa Giacinto para retirarse. Beverly, de cuando en cuando, le aprieta los brazos débiles. La señorita Harshaw, una y otra vez, declara que no desea pertenecer a una Iglesia dividida por una elección. La disputa me desgasta; me hundo en la silla, alejándome de la mesa para tomar una suave visita del Vaticano. En este momento los cardenales están reunidos en la Capilla Sixtina. ¿Dónde yo estaré en allí? ¿Qué espeluznantes rumores he de oírme en esa sala mag-

nífica e imponente? Cada príncipe de la Iglesia ocupa ahora un pequeño trono coronado por un dios victorioso. En el escritorio que hay delante de cada trono, arde un gran cirio de cera. Los masones de ceremonias aseguran solemnemente en el vasto salón, iluminado los recipientes de plata con las papeleras en blanco. Las depositos ante el altar. Los cardenales, uno por uno, se adelantan, toman una papoleta y regresan a sus escritorios. Ahora toman las plumas de ave y empiezan a escribir "Yo, cardinal —, elijo para el Supremo Pontificado al Reverendísimo Señor, mi Señor Cardinal —". ¿Qué nombre pondrá? ¿Giacinto? ¿Ascenja? ¿El nombre de algún conato o conocido prelado de Madrid o de Heidelberg, alguna elección de último momento decidida, en un descomulgación, por la facción antitróica? ¿O escribirá algún nombre? ¿Usando la capilla el resguardo de las plumas. Las condenadas completan las papoletas, las leen, las pliegan, las vuelven a pliegar, las llevan al altar, las dejan caer en el gran cillo de cera. En las horas durante días, por la mañana y por la tarde, mientras la situación permanece estancada.

—Lé en el Herald Tribune, hace un par de días —comienza la señorita Harshaw—, que una delegación de diecisiete circulares jóvenes robots católicos de línea espesa cubren de la elección en el aeropuerto de Des Moines

nos. En caso de que pare un hombre, ya tienen un voto elector lista para partir, y solicitando que el Santo Padre les conceda la primera moción pública.

—No cabe duda —exclama el obispo FitzPatrick— de que si lo eliges a él macho gente de origen británico, jamás incorporará al seno de la Iglesia.

—Y que macho gente de carne y hueso jamás retirarse —observa imperiosamente la señora Handson.

—Lo dudo —dice el obispo—. Por supuesto, habrá gente que se sentirá atraída, conmovida, perpleja, o sea desorientada. Pero todo eso pasará. También creo que los jóvenes con mentalidad tecnológica de todo el mundo tendrán un nuevo motivo para unirse a la Iglesia. Por todas partes depositarán impetus religiosos irreversibles.

—Se imaginan a doctores científicos volando estacionados en la Basílica de San Pedro con sus rulos a la mano? —pregunta la señora Handson.

Contemplo el distante Vaticano. El sol de la mañana alumbra esplendorosamente, pero los cardenales resacas, apartados del mundo, no pueden gozar de sus alegres fulgores. Ya todos han votado. Los tres cardenales elegidos al año para ejecutar la obra de esta mañana acaban de incorporarse. Uno de ellos alza el codo y la mano, mencionando los votos. Luego le coloca delante del altar, otra mano los votos y los

cuanta. Se verifica de que el número de papeletas sea idéntico al número de cardenales presentes. Los votos son trasladados a un cilindro, que es un vaso de pie usado generalmente para depositar el pan consagrado de la Misa. El primer sacerdote retira un voto, lo desplega, lo lee, lo pasa al segundo sacerdote, que también lo lee y lo pasa al tercero, que lee el nombre en voz alta. ¿Archiego? ¿Carroll? ¿El de algún otro? ¿El de aquí?

El rabino Masler habla de los ángeles.

—Largo tenemos a los Angeles del Trono, en hebreo conocidos como serafim o ofanías. Son serafim, y se distinguen por su constancia. Entre ellos se cuentan los ángeles Ofiel, Ofaniel, Zabiel, Jafiel, Anafiel, Tyrbogar, Bernel, Quelaria, Pachar, Bodel y Raza. Algunos de ellos ya se están en el Cielo, sino entre los Angeles caídas en el Infierno.

—Gracias a su constancia —observa Kenneth.

—Hay también —presigue el rabino— Angeles de la Presencia, que al parecer hacen circunvalaciones en el momento de su creación. Estos son Miguel, Metatron, Seriel, Sarafiel, Uriel, Sarafiel, Astandiel, Rameel, Jehod, Zaganiel, Tofiel y Abriel. Poco caso que así fueren, de todo el grupo, es el Angel de la Justicia, mencionado en el Talmud Berachot. Habla 25 de este modo, que cuando Judá iba a pasar por...

Seguramente ya han terminado

de contar los votos. Una inmensa multitud se ha congregado en la Plaza de San Pedro. Los rayos del sol rebotan sobre cientos, si no miles, de rostros de asera. Debe ser un día maravilloso para la población mundial de Roma. Pero la mayoría de los que están en la plaza son gente de carne y hueso: muchos de negro, jóvenes caracteristas, niñas con carabornas, gentes vendiendo de milichitas, y una variada multitud de poetas, filósofos, generales, legisladores, turistas y periodistas.

¿Qué resultado alcanzará el cómputo? Pronto lo sabremos. Si ningún candidato logró una mayoría, necesitará los papeletas con paja blanca antes de arrojárselas al lanzador de la capilla, y volutas de hueso negro leídas de la omelette. Pero el eligieron un papa, la paja será seca y el hueso blanco.

El sistema tiene numerosas agudezas. Me gusta. Me da una satisfacción que nadie brindamos una obra de arte perfecta: la música de Tristán, por ejemplo, o los dioses de la raza en la Estación de San Antonio del Bosque. Aguando el desarrollo con temas contemporáneos. Estoy seguro del resultado, ya siento despertar en mí los impulsos religiosos instintivos. Aunque también siento una curiosa nostalgia por los días de los papas de carne y hueso. Los periódicos de mañana no presentarán entrevistas con la reciente madre soltera del Santo Padre, ni con su segundo hermano,

no menor, en San Francisco. ¿Y se repetirán esta gran ceremonia de la elección? ¿Necesitaron otro papa, cuando este que tenemos puede ser reemplazado con tanta facilidad?

—¿Alí el hueso blanco? ¿Llega el momento de la revelación?

Una figura sale al balcón central de la fachada de San Pedro, tiende un paño de una tela y desaparece. El sol vibrante contra esa tela, y hierve los ojos. Antes me recuerda la luna llena cuando brama fuertemente el mar de Castellonare o, como más allá, el resplandor que el seno del Caribe desvela al mediodía en las costas de San Juan. Una segunda figura, vestida de azul y bermellón, acaba de aparecer.

—El cardenal archidivino —susurra el obispo FitzPatrick.

La gente comienza a desmayarse. Llegó, junto a mí, escuchó las noticias en una mala postura.

—Está todo arreglado —dice Kenneth. El rabino Masler le obliga para que se calle. La señora Handson se sienta a horar. Evidentemente suavemente el Voto de Fidelidad, sin dejar de preguntarse. Para mí, éste es un momento maravilloso. Creo que es en verdad el momento más satisfactoriamente contemporáneo que haya experimentado jamás.

—Oh aseguro un gran pido —anuncia la voz amplificada del archidivino—. Ya tenemos un nuevo papa.

Creo el entusiasmo de la multitud, que se vuelve más intenso



cuando el archidivino profetiza ante el mundo que el nuevo Pontífice es un cardenal, era persona noble y distinguida, era individuo ecléctico y moderno, cuya elevación a la Santa Sede todas agencias desde hace tanto tiempo.

—Se ha impuesto a él mismo —dice el archidivino— el nombre de...

Las palabras se pierden entre las animaciones. Me vuelvo a Luigi.

—¿Cuál? ¿Qué nombre?

—Sisto Settimo —me dice.

Sí, y allí está, el Papa Sisto VII, como ahora debemos llamarlo. Una pequeña figura curvada en la plaza y el oro del monte papal, con los brazos tendidos hacia la multitud, y el sol le resalta en las mejillas y la amplia frente, que resplandecen con la ternura del arco gálico. Luigi ya está de rodillas. Me arrojo a su lado. La señora Harshaw, Beverly, Kennedy, aun el rabino, todos se arrodillan, pero ésta es una ducha un

hecho milagroso. El papa se arroja en el balcón. Ahora atorgará la tradicional bendición apostólica a la ciudad y al mundo.

—Cuanto dimes es un Nombre del Señor —declara con gravedad. Activa las dos levitadores que tiene debajo de los brazos; pasa a la distancia, distingue las dos pequeñas estelas de llama. Nerviosamente hama blanco. Empieza a elevarse en el aire. — Que ha creado el cielo y la tierra —prosigue—. Que Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se bendiga.

Se ven empantanas nos revuelven. Su sombra se extiende sobre toda la plaza. Se eleva, más y más alto, hasta perdernos de vista. Kennedy le grita a Luigi.

—Sígueme otra vuelta. —Le dice, y le dedica entre las nubes un billete de gran valor. El obispo Fitzpatrick solloza. El rabino Mandler abraza a la señora Harshaw. El nuevo Pontífice, cruz, inaugura su reinado con buenas noticias.

Fuente del original en inglés Good News from the Vatican  
Traducción de Carlos Gualini

Un cadáver con un reparo en verde y duro y, nada treinta y cinco segundos, un latido...

## CRISALIDA

Ray Bradbury

A ROCKWELL NO LE COSTABA EL aire del cuarto. No tanto el olor a cerveza de McGuire, ni el olor a suciedad y estancamiento de Hartley, sino el olor aliv a insecto que cubraba el cuerpo verde de Smith, ese cuerpo que, rígido y dormido, yacía sobre la mesa. Estaba, además, el olor a grasa y aceite que salía de la maquinaria antigua arremolada en un rincón de la pequeña habitación.

El hombre llamado Smith era un cadáver. Inactivo, Rockwell se levantó de la silla y guardó el estetoscopio.

—Tengo que volver al hospital. Emergencia de guerra. Estándalo Hartley. Hace ocho horas que Smith está muerto. Si quiere más informaciones, pida un examen post mortem...

Cabó al vez que Hartley levantaba una mano hacia el techo y temblaba. Hartley señaló con un gesto el cadáver, ese cadáver cu-

bierto por una dura cubierta verde y resacaosa, solidificada sobre cada centímetro del cuerpo.

—Puede ser que con el estetoscopio, Rockwell. Solamente una vez más. Por favor.

Rockwell quiso protestar, pero no lo hizo; sacó el estetoscopio, se sentó y auscultó el cadáver con el estetoscopio. Tienen que ser amable con tus colegas. Apoyó el estetoscopio sobre la fría carne verde. Hizo escuchar...

La pequeña, y pasadísima habitación explotó a su alrededor. Explató en un frío latido verde.

Un latido que se extendió en los cielos como un puñetazo. Que lo retumbó en la cubeta. Vie que sus dedos crispados se precipitaron sobre el cadáver.

Un latido.

En la profunda de aquel cuerpo muerto, el corazón palpó una vez. Un latido que resonó como un eco en abismos cósmicos.

Smith estaba muerto, no respiraba, su cuerpo no había estremecido. Y sin embargo, en el centro mismo de toda aquella muerte, su conciencia vivía. Vivía, palpaba como un bebé pequeño, sólo no nacido.

Las largas dedos de cirujano de Rockwell se movían velozmente. Incluyó la cabeza. Su pelo era oscuro a la luz, con algunas mechones plateados. Tenía un contrahío parecido, arrastrado, huesco. De unos treinta y cinco años. Escuchó una y otra vez mientras el mayor se le centraba en las ternas mortales. Aquel pulso no era mortal.

Un hilo cada treinta y cinco segundos.

La respiración de Smith... ¿cómo creer también en eso? Una inspiración cada cuatro minutos. Movimiento de la cavidad pulmonar imposible. ¿Temperatura corporal?

Quince grados.

Hartley se volvió a ver. No era una risa agradable. Más parecía un eco, un eco perdido.

—Está vivo —dijo con entusiasmo—. Sí, está vivo. Muchas veces estuvo a punto de vagar. Le implanté adrenerina para acelerar ese pulso, pero sin resultados. Hizo dove sermón que está así. No podía seguir insistiéndolo en secreto por más tiempo. Por eso lo lancé por teléfono, Rockwell. No es... no es natural.

La imposibilidad misma de la situación elevaba a Rockwell de implacable constructores. Trató de

levantar los párpados de Smith. Imposible. Estaban adheridos a la epitelio. Lo mismo que los labios. Y las fosas nasales. No había forma alguna de que Smith pudiera respirar.

—Y sin embargo respira.

La voz de Rockwell sonó opaca. Dejó caer atónitamente el estetoscopio y al levantarlo notó que le temblaban los dedos.

Demorada, nervioso, Hartley se alzó en toda su estatura junto a la mesa.

—Smith no quería que lo llamara. Pero yo lo llamé de todas maneras. Smith me advirtió que era mejor que no lo hiciera. Hizo una hora apenas.

Los ojos de Rockwell se dilataron en débiles círculos negros.

—¿Cómo se le advirtió? No puedo imaginarlo.

La cara de Hartley, puro hueso afilado, tenía macilata, entallada ojos grises, tembló nerviosamente.

—Smith piensa. Conozco sus pensamientos. Tanto que usted lo exponga ante el mundo. Me oída. ¿Por qué? Porque quiero mostrarlo en su el pueblo. —Del bolsillo de la chaqueta sacó y arrojado azul, a ciegos, un resplandor de acceso azul. —Toma, Marphy. Lévesela antes de que lo use en el mundo oscuro de Smith.

Marphy dio un paso atrás, en su hermosa cara roja había temor. —No me gustan las armas. Téngale usted Rockwell.

Rockwell hizo resallar su voz,

que sonó cortante como un cristal.

—Suéltelo uno revolver, Hartley. Tres meses pegados atendiéndolo a un enfermo lo han perturbado psicológicamente. —Se humedeció los labios. —¿Qué enfermedad tenía Smith?

Hartley se tambaleaba. Los pálabas le flaqueaban de la boca. Se sintió débilmente de pie, pero Rockwell.

—No estaba enfermo —logró decir—. No sé qué. Pero no lo quiero, es un resentimiento como el que siento un niño cuando me es llevado a una humana menor. Es maldad. Apéndice. ¿Quieres apéndice?

—Naturalmente —dijo Rockwell—. Mi escritorio del momento es el mejor lugar para observarlo. Excelente. Smith es el fenómeno médico más increíble de la historia. Los científicos no se comparan de esta manera.

Se interrumpió. Hartley le apuntaba con el revolver directamente al estómago.

—Espere. Espere. Unos... usted no sé a referir a Smith. Pensé que quería apéndice. Smith se está sano. ¿Quieres verlo muerto? Es peligroso! ¡Lo sé!

Rockwell parpadeó. Hartley estaba visiblemente psicopático. No sabía lo que decía. Rockwell agitó los hombros, por dentro se sentía frío y sereno.

—Mata a Smith y lo acusará de asesinato. Está agotado física y mentalmente. Suéltelo uno revolver.

Se miraron fijamente.

Rockwell se movió en silencio y le sacó el revolver, palmeó complacientemente el hombre de Hartley y le entregó el arma a Marphy, quien lo miró como si fuera a morirle.

—Lléveme al hospital, Marphy. Me tomé una semana de licencia. Tal vez más. Dígales que esturé en el manatorio, trabajando en investigaciones.

Un pliegue de temor se formó en la cara gorda y roja de Marphy.

—¿Y qué hago yo con este revolver?

Hartley agitó los dientes. —Cámbaselo. Podrá necesitarlo... más adelante.

Rockwell quería gritar al mundo entero que era el único poseedor del ser humano más increíble de la historia.

El sol resplandecía en el interior del desierto donde Smith, con su bello rostro petrificado en una fría expresión verde, yacía, muerto, sobre una mesa.

Rockwell entró en silencio en la habitación. El estetoscopio pasó el pulso verde con el champiquito que produciría un objeto metálico al chocar con el caparazón de un escarabajo.

A pocos pasos McGuire, olivado a varias creencias corrió bandada, miraba el cuerpo con aire dubitativo.

Rockwell escuchaba asombrado.

—Ha de haberse suicidado el

viajo en la ambulancia. Es inútil correr un riesgo...

Rockwell lanzó un grito.

McGuire se arrojó pesadamente.

—¿Para qué?

—¿Qué? —Rockwell miraba de un lado a otro con desesperación. Levantó una mano, un puño crispado. — Smith se está moviendo.

—¿Cómo lo sabe? Hartley dijo que Smith estaba. Lo ha creyendo otra vez...

—¡No!

Rockwell se afanaba furiosamente sobre el cuerpo, injuriándolo, dándole drogas. Toda clase de drogas. Malbeco a vez en cuello. Después de tanto trabajo, no podía perder a Smith. No, no podía perderlo ahora.

Tamborileo, respirante, se pliegaba cada vez más hacia adentro, pasando por una líquida letargia total, el cuerpo de Smith sonaba como el lejano estallido de mareas vecinizas.

Rockwell luchaba por conservar la calma. Smith era un caso difícil. Ningún tratamiento normal tenía efecto en él. ¿Qué, entonces? ¿Qué?

Con los ojos dilatados por el temor, Rockwell buscaba y buscaba. La luz del sol resplandecía sobre la curva clara de Smith. El sol ardiente. Bailaba, reflejando la punta del estoscopio. El sol. Mientras lo observaba, varias nebulas azules del cielo avanzaban consigo al sol. La habitación se oscureció. El cuerpo de Smith

tendió en silencio. Las mareas volutas se acallaron.

—¿McGuire! ¿Bajo las colinas! ¡Juntos que vuelva el sol! McGuire obedeció.

El corazón de Smith comenzó a latir, pausado lento.

—La luz del sol se derrama para Smith. Contrarresta algo. No sé qué ni por qué, pero lo daña...

—Rockwell se sentía como tenso. — Dios, no quisiera perder a Smith. Por nada del mundo. Smith es diferente, vive sus propias leyes, hace cosas que los hombres nunca hicieron. ¿Habría una cosa, Marphy?

—¿Qué?

—Smith no está agotándose. Ni se está muriendo. Diga lo que diga, Hartley, no sería mejor para él que estuviese muerto. Aunque, cuando lo pase en la casilla, preparándolo para traerlo aquí, al laboratorio, comprendí, repentinamente, que yo lo séigo bien a Smith.

—Oh. Primero Hartley. Ahora usted. ¿Le dijo que Smith?

—No me lo diga. Pero debajo de toda esa piel endurecida no está inmovilizado. Sabe lo que está pasando. Sí, me es. Lo sabe.

—Para y simplemente se está petificando. Se mantir. Hace varias semanas que no se alimenta. Eso dijo Hartley. Hartley lo alimentó por vía intravenosa hasta que la piel se endureció y no dejó pasar la agua.

La puerta del cubículo se abrió y se abrió bruscamente. Rockwell

miró sobresaltado. Hartley, el sombrero chateado después de varias horas de sueño, los ojos todavía gruesos y severos, hostiles, estaba allí.

—Si se retira de la habitación —dijo, sin levantar la voz— acabó con Smith en pocas segundos. ¿Y bien?

—No se acuerde un solo pensamiento. —Rockwell, irritado, fue hasta donde estaba Hartley. —Tendremos que registrarlos cada vez que venga. Francamente se confía en usted. —No encontré nada. —¿Por qué no me dijo lo de la luz del sol?

—¿Eh? —Hartley habló lenta, nerviosamente. — Ah, sí. Me olvidé. Quise cambiar a Smith de posición, hace varias semanas. Lo dije al sol y empezó a moverse de verdad. Naturalmente, no hice ningún esfuerzo por moverlo. Apáticamente Smith sabía, evidentemente, lo que iba a ocurrir. A la noche él mismo lo planeó; no estoy seguro. Cuando todavía hablaba y corría velozmente, antes de que el cuerpo se le endureciera por completo, me advertió que no debía moverlo durante diez semanas. Me dijo que no lo guata al sol. Que el sol lo echaría todo a perder. Creí que hablaba en bromas. Pero no. Cómo como un animal, como una bestia salvaje, hambriento; después entré en casa, y aquí lo tiene...

—Hartley lanzó por lo bajo una maldición. — Trata la esperanza de que lo habrán dejado al sol el tiempo suficiente como para matarlo.

McGuire agitó sus ciento diez kilos de peso.

—Oigan —dijo—. ¿Qué pasaría si nos contagiáramos de la enfermedad de Smith?

Hartley miró el cuerpo, y las pupilas se le contrajeron.

—Smith se está enfermando. ¿No reconoces la degeneración cuando la ves? Es como el éncico. Uno no se contagia, hereda la predisposición. Yo sólo empecé a tener a Smith hace una semana, cuando descendí que respiraba y salía y preparaba con la boca y la nariz selladas. No es posible. No hay que permitirlo.

La voz de McGuire sonó.

—¿Y si usted, Rockwell y yo nos contagiáramos también, lo mismo que él? ¿Y si una plaga atacara al país? ¿Qué me dicen de eso?

—En ese caso —replicó Rockwell—, el estop equivocado, y es posible que la città, me oír. Pero no me preocupa en lo más mínimo.

Dio media vuelta y siguió trabajando en el cuerpo de Smith.

Una campana. Una campana. Dos campanas, las campanas. Una docena de campanas, cien campanas. Diez mil y un millón de estroncianas y molibdenas campanas. Del silencio nacido, girando, estallando, las eras borbotan, sugieren eidos. Buzonas, cantando con voces agudas y graves, de tener y bajo, dulce y estridentes. Ahí, las gigantes golpes las branzas y sigan el alba produciendo un

asustante trazo de sonrisa.

Encarado por todo su redoble, Smith no pudo saber al instante dónde se encontraba. Sabía que no podía ver, porque sus ojos estaban sellados, sabía que no podía hablar porque los labios se le habían cerrado. También los oídos estaban herméticamente cerrados, pero así, sin embargo, él oía los pasos de sus compañeros.

No veía. Pero sí, sí, veía, y era como el interior de una gran caja, pequeña y oscura, como si sus ojos miraran hacia el interior de su propio cuerpo. Y Smith trató de doblar la lengua y repetitivamente, al tratar de girar, sepe que su lengua ya no estaba allí, que su sitio habitual estaba vacío, un vacío asombroso que podía una lengua, pero que ahora, precisamente ahora, no podía tenerla.

Sin lengua. Extraño. ¿Por qué? Smith trató de sentir las campanas. Cerradas, hermetizadas con un sistema que le cerró el oído con un manto frío. Estaban sucediendo cosas.

Smith trató de mover un dedo, pero carecía de control. Un pie, una pierna, la cabeza, todo. Nada se movió. Tanto, sintiendo los músculos, petrificados en un estado de cemento.

Un instante después hizo el atroz descubrimiento de que ya no respiraba. No con los pulmones, en todo caso.

Pero ya no veía nada. Apenas se vio un instante, y era sólo un punto negro

abogado, cerrado, congelado, y descendió ahorrado en una oscura nueva caja. Una caja oscura alargada que, silenciosa, cerró el ojo, le agarró, le cerró los oídos, y dejó que Smith respirara más tranquilo.

No tengo miedo, pensó. Comprendo lo que me comprendo. Comprendo que no tengo miedo, pero no sé por qué.

Si lengua, si oído, si pulmones.

Pero con el tiempo los tendría. Sí, los tendría. Estaban sucediendo cosas.

El aire, como agujas de hiera, penetraba a través de los poros en cada posición de su cuerpo cerrada, confiriéndole vida. Respiraba a través de un helio de bromo, respiraba el oxígeno y el hidrógeno y el hidrógeno y el benceno de carbono, consumiendo todo. Preguntándose. ¿Esta vida es cómoda?

Si, lista, lenta, lenta, lenta. Un manto rojo y apagado, un abrigo, un río caudaloso que lo envolvía, lento, más lento, más lento. Tan placentero.

Tan agradable.

A medida que los días pasaban flotando y eran semanas, se giró del resaca en su nueva vida rápidamente. McGuire ayudaba. Múltiples cirujanos jubilados, era desde hacía años el secretario de Rockwell. No demasiado útil, pero buena compañía.

Rockwell notó que McGuire hacía seriamente, lejana ter-

va a propósito de Smith, y muchos. Pero en día McGuire se quedó callado, reflexionó un instante y dijo lentamente:

—Oiga, antes de ocurrirme Smith está vivo. Debe de estar muerto. Pero está vivo. (Dios Santo)

Rockwell se volvió a mirar.

—¿Qué demonios cree que estoy haciendo? La semana pasada me truen un aparato de rayos X para saber qué es lo que pasa dentro de la cámara de Smith.

Rockwell clavó una aguja hipodérmica. La aguja se quedó en el duro caparazón.

Probó otra aguja, y otra, hasta que consiguió aliviarlo; extrajo sangre y colocó las pláticas bajo el microscopio, para estudiarlas. Horas más tarde, muy caboso que debajo de la ropa tenía de McGuire un análisis de sangre sanguínea, y habló rápidamente.

—Dios Santo, no lo puedo creer. Esta sangre es genial. Todavía en ella una columna de glicérol, que fue utilizada por noche segunda. Podríamos usarla en Smith todo lo enfermos que comen; la destruyamos, y hasta se fortalecerá con ella!

Pocas horas después hubo nuevos descubrimientos. Rockwell pasó las noches sin dormir, dando vueltas y vueltas, intentando, trabajando una y otra vez la idea tibia. Por ejemplo...

Esta noche por Herley le

había impuesto a Smith cada día trazo constructivo estricto de aliento sanguíneo. Ni una sola variación en sus sistemas hasta ser perfeccionado. El aliento había quedado ahorrado, no en depósitos de gases, sino en una solución perfectamente normal, un líquido y controlado en altas concentraciones en la sangre de Smith. Ese líquido circulaba por el cuerpo fuera al momento necesario, cuando era necesario y utilizado. Más valioso que la gran. (Mucho más)

Rockwell se estudió con su descubrimiento. Smith tenía en su interior una reserva suficiente de líquido y para muchos meses más. Se hastió a sí mismo.

McGuire, cuando lo supo, se miró melancólicamente la punta.

—¿Qué yo podría abandonar de sus manos lo que como.

Y eso no era todo. Smith necesitaba muy poco aire. Todo el aire que tenía parecía haberlo absorbido a través de la piel por un proceso de ósmosis. Y utilizaba cada una de sus moléculas. Sin ningún desperdicio.

—Y es posible —concluyó Rockwell— que el consumo de Smith llegue a tomar vacaciones y deje de vivir, totalmente!

—Entonces estará muerto —dijo McGuire.

—Pero usted y para mí, sí. Para Smith... tal vez. Sólo tal vez. Párese, McGuire. Colóquese, en Smith, tenemos un mundo sanguíneo que se autoperpetúa, que no necesita ser susti-

mentado durante meses salvo desde entonces, que tiene escaso desgaste y ninguna eliminación de residuos, pero utiliza todas sus moléculas, cada una de las cuales sigue su propio proceso cíclico y es útil para toda forma de vida microbiana. (Todo esto, y Hartley habla de degeneración).

Hartley se irritó cuando le comenzaron las discusiones. Pero siguió insistiendo en que lo de Smith era un proceso degenerativo. Peligroso.

McGuire asintió enigmático.

—¿Cómo podemos saber que no se trata de una enfermedad bacteriológica que ataquela a todas las demás bacterias mientras actúa sobre un vínculo? Al fin y al cabo, la febre de la malaria suele utilizarse químicamente para curar la sífilis. ¿Por qué no un nuevo bacilo capaz de vencer a todos los demás?

—Buena idea —dijo Rockwell—. Pero nosotros no estamos enfermos ¿verdad?

—¿Qué necesita incubarse en nuestros cuerpos.

—La respuesta típica de un médico a la antigay. Paso lo que paso con un hombre, ese hombre está "enfermo" si varía de la norma. Esa es una idea muy, Hartley —declaró Rockwell—, y no más. Los médicos no sólo satisficieron al no diagnosticar y curaban cada caso. Bueno, yo creo que Smith está perfectamente sano; tan sano que incluso le tienen miedo.

—Éstá loco —dijo McGuire.

—Es posible. Pero no creo que Smith necesite asistencia médica. Está obseso en propia subvención. Usted cree que se está degenerando, yo digo que está creciendo.

—Fíjese en la piel de Smith —protestó McGuire.

—Es el colorido con la piel del león. Por fuera, la apariencia dura, oscura. Por dentro, el cuerpo cristalino, avulsado, el cambio. ¿Por qué? Estoy a punto de saberlo. Estas cambian formas de Smith son tan violentas que necesitan una cubierta para proteger su acción. En cuanto a usted Hartley, dígame la verdad. Cuando era chico ¿los tenía miedo a los insectos, a las arañas, a cosas por el estilo?

—Sí.

—¿Se da cuenta? Una febril. Una febril que usa contra Smith. Eso explica la repulsión que le produce su cambio.

En las semanas siguientes, Rockwell investigó minuciosamente la vida de Smith. Visitó el laboratorio electrónico donde Smith había estado empleado y donde se enferma. Encontró la habitación donde Smith había pasado las primeras semanas de su "enfermedad", con Hartley como médico de cabecera. Rockwell vio aparatos que había en la habitación. Quéiso algo en las radiaciones...

Cuando se acercaba del ascensor, Rockwell escuchó a

Smith bajo firme y dejaba a McGuire confundiendo la puerta por sí a Hartley se le ocurrían ideas más.

Los detalles de los volátiles años de Smith eran simples. Había trabajado durante cinco años en el laboratorio electrónico, haciendo experimentos. Nunca en su vida había estado seriamente enfermo.

Y una noche que pasaba los días, Rockwell salió a hacer largas caminatas solitarias por el seco lecho del río, cerca del ascensor. Eso le daba tiempo para pensar y para considerar la increíble teoría que se le estaba gestando en el cerebro.

Y una tarde se detuvo en un instante junto a un jarroñ noctilura, sentó, extendió el brazo y arrojó de una mano alta un objeto oscuro y reluciente. Miró el objeto y lo guardó en su bolsillo. Luego volvió al sanatorio.

Llamó a McGuire, que estaba en la galería. McGuire miró, seguido por Hartley, un Hartley asombrado, descontento. Los tres se instalaron en las habitaciones del edificio.

Rockwell les habló.

—Smith no está enfermo. Los médicos no pueden vivir en él. No está habitado por espíritus malignos ni por monstruos extraordinarios que hayan tomado posesión de su cuerpo. Los digo esto para que vean que no he dejado piedra sin mover. Reclaman todos los diagnósticos normales con respecto a Smith. Propongo

el más importante, la posibilidad más fácilmente aceptada de... una mutación benéfica degenerada.

—Mutación? —La voz de McGuire sonó rara.

Rockwell sostuvo a la luz el objeto oscuro y brillante.

—Encontré esto en un arbolito del jardín. Mostré mi teoría a la perfección. Después de estudiar las máquinas de Smith, de examinar su laboratorio, y observar varios de éstos —hizo gestic entre los dedos al objeto oscuro— me he convencido totalmente. Es metamorfose. Es regeneración, cambio, mutación después del nacimiento. Ahí va. Agrádelo. Esto es Smith.

Arrojó el objeto a Hartley. Hartley lo atrapó al vuelo.

—Es la cristalización de una oruga —dijo Hartley.

Rockwell asintió.

—Claro, eso es.

—No quedé decir que Smith es una... orfideña?

—Estoy convencido —replicó Rockwell.

En la oscuridad de la noche, Rockwell volvió de pie junto al cuerpo de Smith. Sentado del otro lado del cuarto, Hartley y McGuire escuchaban en silencio. Rockwell tocó ligeramente el cuerpo de Smith.

—Sepárganos que la vida es algo más que hacer, vivir durante treinta años y morir. Sepárganos que hay otro gran paso en la existencia del hombre, y que

Smith es el primero de nosotros que da ese paso.

—Observando una araña, vemos la que constituyen un objeto estático. Pero se transforma en mariposa. ¿Por qué? No hay ninguna ley que le explique de manera definitiva. Fundamentalmente, es progreso. Lo que a nosotros nos interesa es que un objeto aparentemente inmutable se transforma por sus propios medios en un objeto totalmente, un objeto totalmente irreconocible, una criatura, y más de él convertida en una mariposa. Mirada desde afuera, la criatura parece muerta. Eso es un equívoco. Smith nos ha desilusionado, ¿se dan cuenta? Muerto por fuera. Internamente, los fluidos vitales se movilizaban, se reconstituían, se precipitan de un lado a otro con una velocidad impresionante. De la larva al mosquito, de la araña a la mariposa, de Smith a...

—¿Smith una criatura? —McGuire rió largamente.

—Sí.

—Los seres humanos no funcionan de esa manera.

—Eso dice, McGuire. Este paso en el proceso evolutivo es demasiado grande para su comprensión. Escúchame esta noche y dígame cualquier otra cosa. Mol, oja, respiración, circulación. Seamos sencillos: alimentos para esta transitoria liberación. ¿Pero qué comió tanto, para qué necesitaba ese líquido a un ser orgánico si no para su metamorfosis? Y la cura de todo

eso... las radiaciones. Potentes radiaciones del equipo de laboratorio de Smith. Si presionadas o absorbidas, no le sé. Afectaron cierta parte de su estructura genética esencial, cierta parte de la estructura evolutiva del hombre cuya acción no estaba prevista, acaso, hasta dentro de millones de años.

—¿Pues usted que algún día todos los hombres...?

—La cosa no se queda en el presente, ni la larva en la tierra, ni la araña en la hoja de un roble. Cambian, se evaporan en olas a través del espacio.

—Smith es la respuesta al problema: ¿Qué será el hombre en el futuro, a dónde vamos desde aquí? Nos topamos con el límite más del universo y la fatalidad de vivir en ese universo, y el hombre, el hombre como es hoy, no está preparada para enfrentar al universo. El más mínimo esfuerzo obliga al hombre, el trabajo excesivo mata su corazón, la enfermedad lo corrompe. ¿Qué Smith está preparado para resolver el problema filosófico del sentido de la vida. Qué puede darle un nuevo sentido.

—Todos nosotros somos apenas simples insectos, luchando en un planeta no más grande que una cubeta de alfiler. El hombre no está destinado a permanecer aquí y ser mariposa y débil, para no ha descubriendo aún el secreto de una sublimada superior.

—Pero... cambiamos al loca-

los. Construyamos nuestro hombre perfecto. Nuestra... nuestro superhombre. Iluminemos su mentalidad oscura, desde un alfilerito dorado de sí mismo: fisiológico, neurológico, psicológico; desde sistemas de pensamiento claros, instintos, desde un torrente sanguíneo indistinguible, un cuerpo capaz de sobrevivir durante meses sin ningún alimento del exterior, de adaptarse a cualquier clima en cualquier lugar y de matar cualquier enfermedad. Libéramos al hombre de las cadenas de la muerte y de las miserias de la carne, y dejad de ser el pájaro y el pobre hombrecito que teme volar porque sabe que su cuerpo frágil se interpone entre él y la realización de sus sueños, y estará preparado para hacer la guerra, la única guerra digna, la guerra entre el hombre renacido y todo el universo.

—Entonces, cuando la voz, el acrílico palpitante, Rockwell se inclinó sobre Smith, y con solemnidad, con firmeza, guiso las manos sobre la fría extensión de la criatura y cerró los ojos. La fuerza, el escape y la fe en Smith movieron en él como un torrente. Estaba en lo cierto. Estaba en lo cierto. Sabía que estaba en lo cierto. Abrió los ojos y miró a McGuire y a Hartley, cuyos rostros en la tenue luz volaba de la habitación.

Al cabo de un silencio de segundos, Hartley apagó su cigarrillo.

—No creo sea teoría.

—McGuire dijo:

—¿Cómo sabe que Smith, por dentro, es algo más que una masa gelatinosa? ¿Le está radiografiando?

—No creo creer ese riesgo, podría interferir en su cambio, como la luz del sol.

—¿Qué que va a ser un superhombre? ¿Y qué aspecto va a tener?

—Hay que esperar para ver.

—¿Cree que ahora puede oírnos hablar de él?

—Puede oírnos o no, un hecho es cierto: estamos compartiendo un secreto que no estábamos destinadas a conocer. Smith no permitió ni intervención ni la de McGuire. Tiene que aguantarla. Pero a un superhombre no le gusta que la gente conozca sus secretos. Los humanos tienen la mala costumbre de sentir envidia, celos, hasta odio. Smith sabe que no estaba seguro si lo descubrieran. ¿Qué es un equívoco también un odio. Hartley.

Todos callaron, escuchando. Ningún sonido. La sangre le recorrió a Rockwell en los brazos, nada más. Y allí estaba Smith, ya no Smith, sino un espécimen retulado guerra, de contenido desconocido.

—Si lo que dice usted es cierto —comentó Hartley—, entonces en verdad deberíamos destruirlo. Por eso en el poder que tendría sobre el mundo. Y si esto le afecta el cerebro, como ya se supone que ocurrirá, traté de

metámonos cuando escape, porque antes los he visto que conserjos se acurra. No odian, por haberlo seguido.

—Yo no tengo miedo —dijo Rockwell, tranquilamente.

Hartley guardó silencio. Su respiración era lágrima y ruidosa en el cuarto.

—Creo que ahora podemos decirnos "buenas noches", ¿no les parece?

La llaveana empujó el coche de Hartley. Rockwell cerró la puerta, dio a McGuire instrucciones de que dormiera abajo esa noche, en una camilla frente al cuarto de Smith, y salió a acostarse.

Mientras se desvestía, tuvo tiempo de conjurar todos los sucesos inverosímiles de las últimas semanas. Un aporofonista. ¿Por qué no? Eficiencia, fuerza...

Se desahogó en la cama.

¿Cuándo? ¿Cuándo había Smith de su custodia? ¿Cuándo?

La llaveana cubría silenciosamente el techo del sanatorio.

McGuire yacía en medio del estruendo de la llavea y el terremoto del trueno, durmiendo en su camilla, completamente. En algún lugar una puerta crepó, pero McGuire siguió respirando. Bófagos de viento cruzaron el ventilado. McGuire giró y giró sobre el mismo. Una puerta se

abrió silenciosamente y el viento pasó.

Unos diez minutos se deslizaban por la espesa alfombra. Pasos lentos, concientes, alertas y ágiles. Pasos. McGuire parpadó y abrió los ojos.

Una figura estaba junto a él, en la penumbra.

Arriba, en el ventilado, una única lámpara proyectaba en luz de las pequeñas ceras de la carilla de McGuire.

Un olor a incienso aplastado colmaba la atmósfera. Una mano se movió. Una voz empezó a hablar.

McGuire lanzó un grito. Porque la mano que acababa de aparecer a la luz era verde.

Verde.

—Smith!

McGuire corrió torpemente por el ventilado, vacilando.

—¡Cuidado! ¡No puede caminar, pero camina!

La puerta se abrió de golpe bajo la maldad de McGuire. El viento y la llavea gurglearon a su alrededor y McGuire cayó hacia la tormenta, balbuceando.

En el ventilado, la figura seguía invisible. Arriba, una puerta se abrió rápidamente y Rockwell se precipitó escaleras abajo. La mano verde retrocedió fuera de la luz para recordarle detalles de la espada de la llavea.

—¿Quién es?

Rockwell se detuvo a mitad de camino.

La figura avanzó en dirección a la luz.

Los ojos de Rockwell se abrieron.

—¡Hartley! ¿Otra vez aquí? ¿Qué está haciendo?

—Algo ha ocurrido —dijo Hartley—. Será mejor que vaya a buscar a McGuire. Salió corriendo a la llavea, balbuceando como un loco.

Rockwell se guardó sus pensamientos. De una ojeada analizó velozmente a Hartley; luego avanzó corriendo al ventilado y abrió el viento frío.

—¡McGuire! ¡Vuelva, imbécil!

La llavea le caía sobre el cuerpo mientras corría. Encontró a McGuire a unos cien metros del sanatorio, gurguleando.

—Smith... Smith camina...

—¡Tormentas, Vuelve! Hartley, eso es todo.

—Vi una mano verde. Se movía.

—Estaba volando.

—No, No. —La cara de McGuire, pálida y fría, estaba ensangrentada por la llavea. — Vi una mano verde, volando. ¿Por qué volvió Hartley? E...

Al oír mencionar el nombre de Hartley, Rockwell comprendió de pronto, brevemente, lo sucedido. El viento saltó en su mente, una silenciosa nebulosa de alarmas, el filo metálico de un silencioso grito de alarma.

—¡Hartley!

Empujando a McGuire bruscamente a un lado, Rockwell corrió a correr de vuelta al sanatorio, silbando, vacilando. En el ventilado, al final del ventilado...

La puerta de Smith había sido destruida.

Hartley estaba en el centro de la habitación, revolvía su mano. Al ver los pasos precipitados de Rockwell se volvió. Ambos avanzaron simultáneamente. Hartley disparó el revólver y Rockwell apagó las luces.

Oscuridad. Una llavea atravesó el cuarto, perfilando el rígido cuerpo de Smith como una fotografía instantánea. Rockwell saltó hacia la llavea. Y entonces saltaba comprendido, con palabras de alarmas, por qué había vuelto Hartley. Un instante antes de que las luces se apagaran Rockwell alcanzó a vislumbrar los dedos de Hartley.

Eran de un verde metado y oscuras.

Largo pulso. Y Hartley se desplomó en el momento en que las luces se encendían y McGuire, chorreando agua en la puerta, tartamudeaba:

—¡Eh!... está muerto Smith!

Smith estaba vivo. La boca le había pasado por encima.

—Esto imbécil, este imbécil

—gritó Rockwell, inclinándose sobre la inconscientemente figura de Hartley. — ¡El caso más notable de la historia, y el más de destruir!

Hartley volvió en sí, lentamente.

—Debió haberlo sabido, Smith lo previno a tiempo.

—Tormentas, Smith... —Rockwell se interrumpió, acordando. Si Aquella pronunciación repen-

una que había estallado en su carbona. Se miró con furia a Hartley. — Y usted, amigo. ¿Quedará insensiblemente dentro toda la noche. McGuire, usted también. Así podrá vigilarlo.

McGuire gruñó.

—La mano de Hartley. Mirch. Está verde. Era Hartley el que estaba en el vestíbulo... ¡no Smith!

Hartley se miró los dedos.

—¡Basta, ¿no? —dijo con amargura.— Estaba el silencio de una habitación durante mucho tiempo al comienzo de la enfermedad de Smith. Voy a ser una... una criatura... como Smith. Está así desde hace varios días. Lo mantuvo en secreto. Traté de no decir nada. Pero noche, no pudo soportarlo más y vino a hablar con Smith por lo que me ha hecho...

Un ruido seco cayó haciendo al otro. Las tres mujeres quedaron petrificadas.

Tres diminutas escenas de la vida de Smith revoloteaban en el aire y desmoronaron en espiral hacia el suelo.

Instantáneamente, Rockwell estuvo junto a la mesa, jadeante.

—Empiecen a respirar. ¿Desde la V de la alfilería hasta el establo, una figura microscópica. ¿Puedo salir de la cristalería?

Las pupas de McGuire temblaron.

—¿Y después?

Las palabras de Hartley fueron cortantes y amargas.

—Tendremos un superhomi-

no. Pregunta: ¿Qué aspecto tiene un superhombre? Respuesta: Nadie lo sabe.

¿Una copia de esas cosas se abrió con un crujido.

McGuire histaba.

—¿Intentará hablar con él?

—Desde luego.

—¿Desde cuándo... hablas... las mariposas?

—Oh, Dios santo, McGuire!

Con los otros dos aprisionados arriba, Rockwell se encerró en el cuarto de Smith y se acostó en una cama sencilla, dispuesto a esperar durante toda la noche. Resaca, vigiliando, escuchando, pensando.

Mirando cómo revoloteaban las diminutas escenas de la quebradiza piel de la cristalería mientras lo desconocido luchaba adentro, en silencio, por salir al exterior.

¿Una mano podía hacer más de esperar. La lluvia repiqueteaba suavemente sobre el techo de la casa. ¿Qué aspecto tendría Smith? Un cambio en el pabellón de las orejas, quizá, para una mayor capacidad auditiva, ojos extra, tal vez una modificación de la estructura craneana, de la conformación facial, los huesos del cráneo, el empalmeamiento de los huesos, la textura de la piel, un millón de cosas.

Rockwell se sentó cruzado pero pronto quedóse dormido. Le pesaban los párpados. ¿Y si se despertaba? ¿Si en teoría era realmente descomulgado? ¿Y si Smith no era más que una gel-

atina?

Una noche? ¿Y si Smith estuviese loco, demenciado... si fuera tan distinto que pudiera constituir una amenaza mundial? No. Rockwell miró la columna, se revolvió. Smith era perfecto. Perfecto. No habría en Smith lugar para males pensamientos. Perfecto.

Una calma de muerte reinaba en el santuario. Sólo el leve rumor de las escenas al abismo, al cruzar el piso duro...

Rockwell se durmió. Se levantó en la oscuridad, y desapareció en la habitación y aparecieron los sueños. Sueños en los que Smith se levantaba, caminaba con movimientos rígidos, apretujándose y Hartley, gritando a voz en grito, empujaba un hecho, un hecho que consistía en una y otra vez, penetrando en la vanda oscura de la cámara, controlada y reduciéndola a un horror líquido. Sueños en los que McGuire corrió, balbuceando, entre una lluvia de sangre. Sueños en los que...

Se alzó arduo. Se alzó en toda la habitación. Era la mañana. Rockwell se frotó los ojos, seguramente preocupado por el hecho de que alguien hubiese levantado las colinas. Alguien había... se levantó de un salto. ¡La luz del sol! No había nadie más que las volutas etéreas en la ventana. Hacía semanas que permanecía bajo. Levantó a gritos.

La puerta estaba abierta. El

santuario estaba en silencio. Atreviéndose a dar un paso a volver la cabeza, Rockwell miró de soslayo la mesa. Smith debería estar tendido en ella.

No estaba.

No había nada más que el relieve de la mesa. Sol... y una poca ceniza de cristalería desmenuada. Bestas.

¿Algunas quebradizas, un perfil desmoronado partido en dos, un segmento de lo que fuera un rostro, el rostro de un hombre, una astilla de pedro... ¡pero eran los restos desmenuados de Smith!

Smith había desaparecido. Tanhalskändaren, amantado, Rockwell fue hacia la mesa. Revaló, como un niño, los pequeños papeles de piel. Luego dio media vuelta, como un niño, saltó barbotando de la habitación y se precipitó escaleras arriba, gritando.

—¡Hartley! ¿Qué hizo usted con él? ¡Hartley! ¿Cómo que podía estarlo, deshecho de su cuerpo y dejar unos pocos fragmentos de carpas para despietarse?

La puerta de la habitación donde habían dormido McGuire y Hartley estaba cerrada con llave. Rockwell la abrió, a tientas. McGuire y Hartley se encontraban allí.

—¿Está aquí —dijo Rockwell, atardecido.— No entiendo nada, entonces. O abrió la puerta, bogó, entró y mató a Smith y... no, no.

—¿Qué pasó?

—¡Smith ha desaparecido! Me



Cuero, ¿qué Hartley de esta habitación?

—No, en toda la noche.

—Entonces... no hay más que una explicación: Smith salió de un cristallito y escapó durante la noche! ¡Nunca lo verá, nunca llegará a verlo, maldición! ¿Qué interés tal al dormirme!

—Esto lo aclaro todo,—dijo Hartley.—El hombre es pedigrós, de lo contrario se habría quedado y nos habría permitido que lo viciásemos. Sólo Dios sabe qué es.

—Tomamos que buscóse intenciones. No puedo estar muy lejos. Tomamos que buscóse! ¡Presente, Hartley, McGuire!

McGuire se sentó pesadamente.

—Ya de aquí no me muevo. Que lo busque él. Yo ya tengo bastante.

Rockwell se apartó a un lado. Bajó las cortinas con Hartley gritándole los nombres. McGuire bajó corriendo las cortinas después.

Rockwell cruzó fríamente el ventanillo, se detuvo delante de los cristallitos que daban al desierto y las ventanas, corpiolando al sol de la mañana. Escudriñó a lo lejos y se preguntó si habría alguna posibilidad de encontrar a Smith. El primer serper. El primer qué de una larga estirpe negra. Rockwell sabía que no podía marcharse sin mostrarse siquiera a Rockwell. No podía hacerlo. ¿O sí?

La puerta de la cocina se abrió, lentamente.

Un pie cruzó el umbral, segui-

do por otro. Una mano se apoyó en la pared. De unos labios brotó el humo de un cigarrillo.

—¿Alguien me está buscando?

Pequeña, Rockwell dio media vuelta. Vio la expresión del rostro de Hartley, oyó que McGuire se atascaba de sorpresa. Los tres corrieron a una voz de cuando pronunciaron al unísono una misma palabra:

—Smith.

Smith volvió el humo del cigarrillo. Su cara era de un rojo de interés, como quemado por el sol, sus ojos eran de un azul cristalino. Estaba dormido, y su cuerpo desnudo estaba envuelto en una de las viejas batas de Rockwell.

—¿Fue él quien la amañó de destino dónde estoy? ¿Qué estuve haciendo durante los tres o cuatro últimos meses? Esto es un... hospital ¿no?

Una repentina contracción se abatió sobre la mente de Rockwell. Tragó con dificultad.

—Hola. Yo... En decir... ¿No recuerda... nada?

Smith mostró las yemas de los dedos.

—Recuerdo haberme vuelto verde, si es eso lo que quiere decir. Fuera de eso... nada. —Le pasó la mano rosada por el pelo mojado con el vigor de una criatura que ha resucitado y se siente lista de volver a respirar.

Rockwell se dejó caer contra la pared. Se llevó las manos a los ojos, con desmayo, y miró a la

izquierda. Sin creer lo que veía dijo:

—¿A qué hora salió usted de la cristallita?

—¿A qué hora salió de dónde? Rockwell lo llevó a través del ventanillo a la habitación contigua y lo sentó a la mesa.

—No entiendo a qué se refiere —dijo Smith con granísima sinceridad.— Me encontré de pie en esta habitación hace media hora, totalmente dormido.

—¿Eso es todo? —dijo McGuire, impresionado.

Rockwell le explicó el origen de la cristallita que estaba sobre la mesa.

Smith arrugó la frente.

—Eso es ridículo. ¿Qué tiene en cuenta?

Rockwell le presentó a las otras.

Smith miró a Hartley fríamente al café.

—Cuando me enfermé usted vino a verme, ¿no es así? Lo recuerdo. En la planta de radiación. Pero está en absoluto. ¿Qué enfermedad tuvo?

Las palabras de las mujeres de Hartley eran caldes en tensión.

—Ninguna enfermedad. ¿No sabe nada en absoluto de todo esto?

—Me encontré con personas extrañas en un sanatorio desahogado. Me encuentro dormido en su cuarto con un hombre que duerme en una cuna. Dejo volar por el sanatorio, me encuentro de hombre. Voy a la cocina, encuentro alimentos, como, sigo ve-

niendo muchas cosas, y a su vez voy a de salir de una cristallita. ¿Qué se supone que pueda pensar? Guárdese, de paso, por esta hora, por la comida, por el cigarrillo que le he prestado. Al principio no quite el despertador, señor Rockwell. No sé qué quisiera un arte, y parecía bastante de cansancio.

—Oh, no tiene importancia.

—Rockwell se sentó a comerlo. Todo se venía abajo. Con cada palabra que Smith pronunciaba, sus esperanzas se desmoronaban como la descomposición cristallita. —¿Cómo se siente?

—Muy bien. Fuerte. Asombroso, si se considera todo el tiempo que estuvo recluido.

—Muy asombroso —dijo Hartley.

—Podría imaginarse cómo me senté cuando vi al amanecer. Todos estos meses miservientemente desaparecidos. Me pregunté qué había estado haciendo todo ese tiempo.

—También nosotros nos lo preguntábamos.

McGuire se echó a reír.

—Oh, déjelo en paz, Hartley. Por el solo hecho de que usted lo odiaba.

—¿Me odiaba? —Smith miró los ojos.— ¿A mí? ¿Por qué?

—Aquí tiene. (Esto es el pequeño) —Hartley extendió fríamente los dedos.— Son pequeñas radiaciones. Nunca una noche sentado a su lado en el laboratorio. ¿Qué puedo hacer ahora con esto?

—Hartley —lo amonestó Rock-

well—. Síntese. Tranquilízese.

—¿No quiero sentarme ni quiero tranquilizarme! ¿O van los dos a dejarme engañar por esta inocencia de hombre, este patito rosado que viene a representar la fama más grande de la historia? ¿Si les quedara alguna conciencia, destruirían a Smith antes que se escape!

Rockwell pidió después por el estudio de Hartley.

Smith movió la cabeza.

—No, díjelo hablar. ¿Qué significa todo esto?

—Usted le sabe bien —vociferó Hartley con furia—. Estuvo allí tendido durante meses, escuchando, tratando. A mí no puede engañarme. Ha tranquilizado a Rockwell, le ha despojado. Creía que usted iba a ser un superhombre. Tal vez lo sea. Pero lo que sí es cierto es que usted ya no es Smith. Esto no es más que otra de sus travesuras. Nosotros no deberíamos enterarnos de lo que le ocurría, ni el mundo enterarse de su existencia. Habría podido mantenerse fácilmente, pero prefirió quedarse y convencerse de que no es normal. Eso era mejor. Puede escaparse hace unos minutos, pero eso habría dejado semillas de sospechas. En cambio se paró para convencernos de que es normal.

—Es normal —protestó Mc Guire.

—No, no es. Su mente es diferente. Es anormal.

—Pero bien, hágale entonces

un test de asociación de palabras.

—También para eso es buena su mente.

—Muy sencillo, entonces. He pensado en análisis de sangre, manipulando el contenido, hervor térmico, etc.

Smith los miraba con aire de béisote.

—Mi mente como un caparazón, pero el organismo químico lavado... Esto es absurdo.

Hartley se sobresaltó. Miró a Rockwell.

—Traiga las hipótesis —dijo.

Rockwell basó las preguntas pensando. Bueno, qué! Después de todo Smith hace un superhombre. Lo sangra. Eso superhombre. El poder genético. Los límites del mundo. La respiración. A lo mejor Smith era un superhombre y no lo sabía. Si, o lo sospecha...

Rockwell le extrañó sangre a Smith y le puso bajo el microscopio. Los hombres se le hundieron. Era sangre normal. Cuando una célula glomerular en ella, los glóbulos tardaban un período de tiempo normal en morir. La sangre ya no era supernormal. Y el líquido a había desaparecido. Rockwell suspiró, desalentado. La temperatura de Smith era normal. También lo era su pulso. Su sistema nervioso y sensorial concordaban de acuerdo con los normales.

—Bueno, está todo dicho —dijo Rockwell en voz baja.

Hartley se despojó en un

momento.

ella, con los ojos muy abiertos, sosteniéndose la cabeza entre los brazos derechos. Sólo el aire.

—Lo siento. Supongo que así... me va... que me imaginé cosas. Fueron cosas tan largas. Noche tras noche. Esperé a sentirme desahogado, a tener sueño. Me lo puse en el brazo. Lo siento. Lo siento. —Se miraba fijamente los dedos verdes.— Pero ¿qué es a ser de mí?

—Yo me cansé —dijo Smith—. Usted también se cansó, repentinamente. Lo comprendo. Pero no ha nada... En realidad no recuerda nada.

Hartley se tranquilizó.

—Pero... sí, tampoco que usted tiene sueño. No me gusta la idea de que mi cuerpo se vuelva sano, pero es inevitable. No pasó nada.

Rockwell estaba reflexivo. El golpe había sido demasiado traumático. El intenso entusiasmo, la ansiedad, la avidez y la curiosidad, el fuego, todo se había venido abajo en su interior.

¿Por qué éste era el hombre que había estado de la crisis? ¿El mismo hombre que había estado en ella. Toda esa expectativa, todas esas especulaciones por nada.

Tragó una bocanada de aire, trató de recordar los albedos presentados. Un tachilino. Ese hombre de mejillas sonrosadas, un hombre de voz juvenil que, cuando frente a él, parecía apesadumbrado, no era nada más que

un hombre que había sufrido una petrificación parcial de la piel y cuyos glóbulos habían colapsado a causa de las radiaciones; pero, en definitiva, un hombre, y nada más que un hombre. La mente de Rockwell, esa mente fantástica, ultraimaginativa, se había apodado de cada una de las facetas de la enfermedad y construido con ellas un organismo perfecto pero illusorio. Rockwell se sentía profundamente desahogado, profundamente agitado y despojado.

La capacidad de Smith para sobrevivir sin alimentarse, su sangre pura, su baja temperatura y todas las demás evidencias de su superioridad eran ahora fragmentos de una enfermedad extraña. Una enfermedad y nada más que eso. Algo que había pensado, que había desaparecido pero siempre sin dejar ruidos de sí ruidos que filigras alitas en la superficie de una mente sumida por el sol. Ahora existía la posibilidad de observar a Hartley, si su enfermedad progresaba, y comenzar un nuevo mal al mundo médico.

Pero a Rockwell no le importaba la enfermedad. Le importaba la perfección. Y esa perfección se había fragmentado y desahogado y hecho añicos y había desaparecido. Ya nadie había desaparecido. Su superexistencia había desaparecido. Ahora no le importaba que el mundo entero se hundiera en locas y queridas cosas verdes.

Smith estaba despidiéndose de todos.

—Será mejor que vuelva a Los Angeles. Tengo trabajos importantes que hacer en la planta. Mi antiguo empleo me está esperando. Lamento no poder quedarme. Ustedes comprendan.

—Debería quedarse unos días más para descanzar, al menos —dijo Rockwell. No esperaba ver desvanecerse el último vestigio de su sueño.

—No, no lo agradeceré. Sin embargo, si usted quiere, doctor, daré una vuelta por su consultorio dentro de una semana, para un nuevo examen. Iré a verlo cada unas pocas semanas durante todo el año próximo, para que usted me controle, ¿lo acordó?

—De acuerdo. Sí, Smith. Hágalo. La hará, ¿verdad? Me gustaría conversar con usted sobre su enfermedad. Tiene suerte de estar en vida.

—La llevaré hasta Los Angeles —dijo McGuire, animadamente.

—No se adelante. Iré a pie hasta Tujunga y allí tomaré un coche. Necesito caminar. Hace tanto tiempo que no lo hago que quiero probar cómo es la sensación.

Rockwell le prestó un par de zapatos viejos y un traje usado.

—Gracias, doctor. Le pagaré lo que le debo lo más pronto posible.

—No me debe nada. Fue interesante.

—Bueno, adió, doctor. Seis McGuire, Hartley.

—Adió, Smith.

—Adió.

Smith echó a andar por el sendero que conducía al hecho seco del río, ya calcinado por el calor del sol vespertino. Su paso era ligil, alegre, a las afueras. Qué! ve perdura síber ahora, pensó Rockwell con cautela.

Smith se volvió una vez, los usó lastó agitando la mano y luego empezó a subir la montaña de la montaña, hacia la ciudad distante. Rockwell lo miró como si en su mente prescía la ercción y destrucción por las olas de su marillo de arena levanta.

—No lo puedo creer —dijo, una y otra vez—. No lo puedo creer. Que todo esto termine tan pronto, tan bruscamente para mí. Me siento muerto y vacío por dentro.

—¿A mí todo me parece de color de rosa! —gritó McGuire, feliz.

Hartley permanecía al sol. Los matorrales verdes le colgaban flojas a los costados, y su rostro pálido parecía sereno por primera vez en muchos meses, advertió Rockwell.

Hartley dijo, con voz serena:

—Todo está bien. Todo está bien. Oh, gracias a Dios por esto. Gracias a Dios por esto. No sé si me acuerdo. No sé si otra cosa que ya sé. —Se volvió hacia Rockwell.— Recuerda, recuerda, no dejes que me entorrezca por error. No dejes que me

entorrezca por error, recuerda que estoy muerto. Recuerdalo.

Smith siguió por el sendero que atravesaba el hecho seco del río y empezó a subir por la montaña. En la hora del crepúsculo y el sol empezaba a ocultarse detrás de las montañas azules. Unas pocas estrellas brillaban en el cielo. Las olas del agua y el polvo, y la fragancia de las flores de los matorrales flotaban en el aire templado del atardecer.

Hacia un poco de viento. Smith se llevó de aire los pulmones. Siguió caminando.

Lejos ya del sendero, fuera

*Título del original en inglés: Obscure  
Traducción de María Rosa*

del abanico de la vista, Smith se detuvo. Miró al cielo.

Vió el cigarrillo que había estado fumando, lo aplastó con precisión bajo uno de los tallos. Edificó un bien formado cuerpo, echó hacia atrás el pelo, cerró los ojos, tragó saliva y aflojó los dedos a los costados.

Sin ningún esfuerzo, con apenas un ligero empujón, Smith saltó suavemente al cuerpo del suelo y levitó en el aire tibio del atardecer.

Ascendió veloz y silenciosamente, rumbo al espacio exterior, y muy pronto se perdió entre las estrellas...

El mundo está y explicado por Gammitch, un serpiente con un cociente intelectual de 200.

## ESPACIO-TIEMPO PARA SALTADORES

Fritz Leibep

Gammitch era un serpiente, como si lo sabía muy bien, con un cociente intelectual de alrededor de 100. No hablaba, clara. Pero todo el mundo sabe que las pruebas de inteligencia basadas en la capacidad verbal son muy unilaterales. Además, empezaba a hablar en cuanto le reservaron un sitio en la mesa y le dieron café. Anarhanajal y Cleopatra ceñían carne de caballo en el suelo, de platos de lata, y no hablaban. Bebí tomaba leche en la cuna, de una botella, y tampoco hablaba. Sisy se sentaba a la mesa, pero no le servían café y no hablaba, ni una sola palabra. Papi y Mami (a quienes Gammitch apodaba familiarmente Viejo Carne de Caballo y Viejo-Aquí-Guato) se sentaban a la mesa y se servían café el uno al otro y ellos sí hablaban. I. C. D. D.

Mientras tanto él se las arreglaba muy bien con la proyec-

ción del pensamiento y la comprensión intuitiva de toda lenguaje humano: es que hablar de la jerga gatera, que casi cualquier animal melancólico podía tomar de él. Los monólogos dramáticos y los diálogos teatrales, los programas televisivos de preguntas y respuestas, la expedición filiológica al Altira más misteriosa (desde él develaba la verdad verdadera sobre tigris y leones), la exploración de los planetas extraterrestres todo eso podía esperar.

La misma que los libros para los cuales no había de acumular material: La Enciclopedia de los Olivos, Psicología Antropométrica, Sigmas Intuitivos y Memorías Secretas, Espacio-Tiempo para Saltadores, Ojos Rápidos Míticos la Vieja, etcétera. Por el momento bastaba con vivir de lleno la existencia, sin privarse de ninguna experiencia pro-

pi de su edad... con cebar a sereno, la cola en llamas.

Así pues, de acuerdo con todas las apariencias superficiales, Gammitch era un gato puramente normal, como lo demostraban los sucesivos reconocimientos que debió aceptar a lo largo del séquito sereno que llevaba desde la infancia de ojos azules hasta la pubertad. Chiquito, Guatón, Gordón, Mocaralón (puesque morcucha, no porque lastillaviv), Viejo Maestro de Hambro, Amantísimo (afecto, no amor), Fantasma y Gatón. De todos ellos sólo el último respaldó quible una explicación: los rasos acababan de lanzar el Murrak, después del Apatak, y entonces, cuando una noche Gammitch sacó tres veces consecutivas en una misma dirección el filamento del pito del living, dejando atrás, con la velocidad de la luz, a las estrellas fijas de los humanos y los cuerpos celestes de movimientos relativamente lentos de los días gatos serenos, y Viejo-Aquí-Guato recibió las venas de Krato.

Serénte entraron como el día  
[sereno de cebar  
Cuando en su mesa se surgió  
[un astro nuevo,

ha inevitable que el Viejo Carne de Caballo dijera:

—Ah... [Gatón!

El nuevo nombre le dará tres días serenos, y luego fue reconocido por Gammitch, que amagó convertirse en permanente,

El gato catala, ciertamente, es víctima de crecer; al menos eso fue lo que Gammitch supo que el Viejo Carne de Caballo le comentó a Viejo-Aquí-Guato. Unas pocas semanas más, dijo el Viejo, y la fogosa carne de Gammitch se endurecerá, el pensamiento pequeño y grácil le regresará, la electricidad le desaparecerá de todo el cuerpo salvo de la piel, y todas las adorables características del gato cochero darán paso en seguida a la relativa simplicidad de un gato adulto. Tendrían suerte, concluyó el Viejo Carne de Caballo, si no se volvía del todo antes, como Anarhanajal.

Gammitch, desde su posición ventajosa de una salidera más alta, escuchó estas predicciones con gozosa desilusión y secreta diversión, con el mismo espíritu con que aceptaba todas otras facetas de su convencional existencia católica: los avisos entredos asustados de Anarhanajal y Cleopatra cuando le solan desovar, de la pequeña anecdota de lata, su posición de carne de caballo, porque a ellas les faltaba, de vez en cuando, alimento para gatos entredos, pero a Gammitch juraba la felicidad absoluta de Sisy, que en tiempos de diferenciar un gato vivo de un cuño de pato relleno de sereno y que trataba de contar su ignorancia evitando cualquier juego y método indicativamente el dedo en todos los ojos, la malignidad mucho más peligrosa —porque la diferenciaba con astucia— de Sisy, a quien

había que vigilar cuidadosamente —sobre todo cuando una estaba sola— y cuyo desarrollo notado —¡marcos! ¡micos!—, Gannitch lo sabía, consistía la preocupación más profunda, más secreta del Viejo Carro de Caballo y de Ven-Aquí-Gatito (¡puro tabernáculo más azteca de Sisy y sus milidades!), el limitado intelecto de Ven-Aquí-Gatito quien, pese a las cantidades de café que bebía, era tan cabeza hueca como lo son, supuestamente, los gatos, y creía a pies juntillas, por ejemplo, que los gatos se movían en el mismo espacio-tiempo que otros seres: que para ir de aquí para allá debían atravesar el espacio interesado, y otras falacias similares, hasta la torpeza mental del Viejo Carro de Caballo quien, aunque comprendía bastante la doctrina secreta y le hablaba a Gannitch inteligentemente cuando estaban solos, adhería sin embargo de las limitaciones propias de su status: un diez viejo, bastante usable para remontarse a todos.

Pero Gannitch podía pedirle sin dificultad toda esa incompetencia acorralada, y la innegable bestialidad de su familia humano-felina, porque sabía que él era el único que conocía la verdad cordillera azteca de los otros gatos así como de los lobos, una verdad que permanecía oculta para mentes más débiles que la suya, una verdad que era tan intrínsecamente intelectual como la teoría microbiana o el origen

de todo el gran universo en la explosión de un solo átomo.

Cuando era un gatito lobo, Gannitch había creído que los dos marcos del Viejo Carro de Caballo eran otros tantos gatos pelados, adosados en forma permanente a los extremos de las bridas del Viejo, aunque detestaba de vida propia, independiente. ¡Claro! había odiado y amado a aquellos dos pelidos monstruos quatuópedos, sus primeros compañeros de juego, sus primeros tranquilizantes, sus primeros sobrevivientes en la hucha!

Para bien, incluso era idea fantástica, descartada hacía ya tiempo, no era más que una extravagancia trivial comparada con la verdad verdadera respecto de sí mismo.

La teoría de Zeus se abrió para dar nacimiento a Minerva. Gannitch había nacido del pliegue de la cintura de una hucha de barro de tela abigarrada, nacía y nacía la prenda favorita del Viejo Carro de Caballo. Gannitch tenía intrínsecamente la absoluta certeza de que era así, y se lo había demostrado a sí mismo tan bien como un Devarian o un Arivitelon. En un pliegue de tamaño gatuno de aquella vieja hucha habíase amalgamado y coagulado vida los átomos de su mundo. Sus primeros recuerdos eran de estar desenterrado envuelto en la tela abigarrada, abrigado al calor del Viejo Carro de Caballo. El Viejo Carro de Caballo y Ven-Aquí-Gatito eran sus verdaderos

padres. La otra teoría acerca de su origen, la que les da contar de tanto en tanto al Viejo Carro de Caballo y Ven-Aquí-Gatito —que él era el único gatito sobreviviente de una crisis atómica en la casa de al lado, que había tenido consecuencias por deficiencia vitamínica y había perdido la punta de la cola y el pelo de las patas y que lo habían devuelto la vida y la salud a fuerza de cuidados y de alimentarlo, por medio de un gotero, con una maravillosa mezcla de leche tibia y vitaminas—, era otra teoría era más y simplemente una de las tantas racionalizaciones con que la misteriosa naturaleza oculta del nacimiento de los lobos, ocultando como solitamente a aquellos espíritus inagotables de colorado, una racionalización tan falsa como la entromesadora concepción de Ven-Aquí-Gatito y Viejo Carro de Caballo de que Sisy y Nebi eran sus hijos y no los verdaderos de Anarhópolis y Glacipata.

El día en que Gannitch descubrió por pura intuición el secreto de su nacimiento se había sentido súbitamente dominado por una especie salvaje. Sólo pudo evitar que la concepción híbrida pelosa precipitándose a la colina y apodándose de un salvaje lobo que desechó un simple instantáneo perfectamente durante veinte minutos.

El secreto de su nacimiento no fue más que el comienzo. Una

vez estimuladas sus facultades intelectuales, Gannitch había pensado, dos días después, otro secreto acerca más trascendente: pensó que el uso de ciertos herbajes, al llegar a la fecha de maduración de que hablaba el Viejo Carro de Caballo, se transformaría no en un gatito humano sino en un adolescente humano, como un día, de pelo dorado-rojo, el color de su actual pelaje. Le servirían café; y al instante debería hablar, probablemente en todas las lenguas. En cambio Sisy (¡qué claro la veía ahora!) más o menos al mismo tiempo se enojó y se convertiría en una peluda gata de otras afiladas, oscura como su pelo, una hembra cuyos únicos intereses serían el sexo y el amor a sí misma, digna compañera de hucha de Cleopatra, concubina de Anarhópolis.

Exactamente lo mismo —Gannitch lo comprendió al instante— era cierto con respecto a todos los gatos y lobos, a todos los humanos y gatos, dondequiera que habitasen. La metamorfosis era tan parte de la ardimiento de sus vidas como lo era de la de los insectos. Y era, además, el hecho en el cual se basaban todas las leyendas de lobos, vampiros y demonios familiares.

Si uno liberaba la mente de ideas preconcebidas, se decía Gannitch, todo era perfectamente Egipcio. Los lobos eran criaturas antropáticas, torpes, vergatras, sin metacerebro y sin habla. ¡Qué más natural que se con-

vivieran con el tiempo en bestias muertas, bestias y egipcios, apitar sus sólo para la rapta y la reproducción? Los gatos, por el contrario, eran ágiles, sensibles, astutos, sobornadamente vitales. ¿Qué otro destino podía estarles deparado más el de transformarse en los diestros asesos del mundo, los que guardan del día de la palabra, los que esconden los libros, componen la música, procuraban y dispensaban la carne a su criterio? Reparar en las diferencias físicas, objetar que gatos y hombres, bebés y gatos son bastante distintos de aspecto y de tamaño, equivaldría a no ver el bosque por mirar los árboles: como si un entomólogo dedicase que la metamorfosis es un mito porque su subyugante no alcanza a describir, en la falta de una magia, las alas de una mariposa, o un encantaje de uso en una larva.

No obstante, era una verdad tan desahucadora, advertió Gremitch al mismo tiempo, que era difícil comprender por qué hombres, gatos, bebés y qué la mayoría de los gatos la descomponen totalmente. ¿Cómo explicaba a una mariposa, por ejemplo, que en otro tiempo fue un gusano peludo, o a una larva opaca que un día se convirtió en una joya ardiente? No, en tales situaciones la delicada mente de la especie humana y la felina se protegía por una placida ausencia total como la que, según Voltaire, nos impide recordar

qué en tiempos prehistóricos la Tierra fue casi-eficientemente habitada por el planeta Venus, que actuala como un cometa antes de estabilizarse (con un óvalo o raspo de albedo, separadamente) en su órbita actual.

Esa conclusión se vio confirmada cuando Gremitch, en la primera fiebre de la fluoración, intentó comunicarse a los otros en visión subterránea. Se le narró su dilueto gatano, tan bien como se le permitió en limitadísima jerga, a Anarhuqul y Chexpura y hasta, por el azar, a Sisy y Bobó. Niagueo de ellos mostró interés alguno, con excepción de Sisy, quien aprovechó su despropósito preocupado para pluriarlo con un tesoro.

Miró tarde, a solas con el Viejo Carne de Caballo, proyectó sus nuevas y guardadas promesas, hablando en el viejo día la mirada de sus ojos amarillos, pero al advertir que el Viejo Carne de Caballo se podía verla sin ser visto y hasta días antes de estar realmente ausente, Gremitch decidió:

—Habéis jurado que tratéis de explicarme algo tan profundo como la teoría de Einstein y la doctrina del pecado original —le dijo luego el Viejo Carne de Caballo a Ven-Aquí-Gatito.

Pero Gremitch era ya un hombre un todo excepto en la forma, por el gato que lo hizo de estas frías, y era parte de su destino el tomar que cargar a solas con el peso de tales asuntos

cuando fuese necesario. Se preguntó si la memoria total lo afectaría también a él cuando sufriera la metamorfosis. No tenía ninguna respuesta cierta para sus interrogantes, pero obvió las respuestas de que no, y a unas tenía la sensación de que sus respuestas eran falsadas. ¿Qué estaba destinado a ser el primer hombre-gatito verdadero, capaz de hablar desde una subterránea que no tenía puertas cerradas.

En una oportunidad estuvo tentado de acelerar el proceso mediante el uso de drogas. Habiendo quedado solo en la cocina, miró a la mesa y empezó a lavar la barra negra depositada en el fondo de la taza de café del Viejo Carne de Caballo. Fero tenía un sabor tan repugnante y pesadoso que se apartó con un pequeño bruido, asustado y espasado a la vez. El oscuro lavado no abarcó la magia de volverlo la lengua, reflexiva, sino en el momento propicio y con el ceremonial adecuado. ¿Qué hasta fuese necesario algún sortilegio. Preferirlo chudestratamente era un dula peligroso en extremo.

La inutilidad de suponer que el café por sí mismo abarcaría miligramos le fue demostrada a Gremitch cuando Ven-Aquí-Gatito, notando al azar modo de Sisy, le dio a la pequeña algunas notaciones, porcinamente aderezadas con abundante azúcar y leche. Gremitch sabía ya, en claro, que Sisy estaba destinada a convertirse dentro de poco en una gata,

y que por mucho café que bebiera jamás aprendería a hablar; no obstante, fue instructivo verla escupir el primer azúcar y balour sobre un abundancia, y arrojar la taza con su contenido al pedo de Ven-Aquí-Gatito.

Gremitch seguía sintiendo una profunda solidaridad hacia sus padres por las preocupaciones que Sisy les causaba, y esperaba ansioso el día de su metamorfosis, el día en que, reconocida su condición de niño humano, podría hablarle verdadero consuelo. Era de aguardar ver cómo cada uno de ellos trataría de intentar a hablar, intentándolo siempre cuando el otro no estaba presente, cómo se aferrarán a cualquier cosa que, de los pocos sentidos que amaba, pudiese parecerse a una palabra, repitiéndola repetidamente, como los angustiaños, cada vez más, no tanto el retardado en su desarrollo (prostaton elfin) como su creciente maldad, dirigida sólo todo contra Bobó, aunque también a los dos gatos y al propio Gremitch los veces a su parte. Una vez Sisy había comenzado a Bobó solo en la cuna, y con la afilada espada de su cordero le había tachado la mala cúpula de la cabeza de esas marcas triangulares. Ven-Aquí-Gatito la había pasado haciendo eso, pero su primera reacción consistió en frotar la cabeza de Bobó y hacer desaparecer las marcas para que no las viera el Viejo Carne de Caballo. Aquella fue la noche en que Ven-Aquí-

Cuando recordó las ideas de psicología animal.

Gummitz comprendía muy bien que Von-Appl-Garito y el Viejo Carro de Caballo, aunque de manera diferente por los países de Sissy, se preocupaban por ella como si su verdad lo fueran, y él, por su parte, hacía lo poco que en las presentes circunstancias podía a su alcance por apacarlos. Últimamente había empezado a sentir un afecto totalmente independiente por Bófel —en tan rápido e indolente el poder protagonista—, y se había comprometido en el guardián oficial del pequeño, dominando sus instintos junto a la pupila del cuarto del bebé, y volviendo a correr bulliciosamente cada vez que Sissy aparecía por los alrededores. Era una cosa buena, comprendía que el caso encubría potencialmente algo de una familia burbujeante, tenía sus responsabilidades naturales.

Asumir responsabilidades era tan parte de la vida de un gato, se decía Gummitz, como el aceptar a solas el peso de intenciones y secretos que no podía compartir con nadie, y que cada día eran más numerosos.

Estaba, por ejemplo, el caso de la Ardilla del Espejo.

Ya antes Gummitz había recibido el relato de las espejos ocultos y de las intenciones que aperturaban en ellos. Un poco de observación y de hincapié, y un intento de pasar al otro lado del

gran espejo mural del living lo habían convencido de que los seres de los espejos eran intencionales o por lo menos creaban hermeticamente encerrados en su otro mundo, miradas de espíritu puro, probablemente, intenciones espíritus intuitivos: incluso el simpático Doble de Gummitz, que lo jugaba con patas tan nuevas y sin embargo tan frías.

A pesar de eso, Gummitz daba mucha vuelta a su fantasía, e imaginaba qué pasaría si un día, mientras observaba el mundo del espejo, pasaba el dominio sobre su espíritu y no desobedecía en el Gummitz Doble, en tanto el espíritu del otro se deslucía en su cuerpo, si, en pocas palabras, trocaba su sitio por el del inmaterial e indolente gato fantasma. Esta conjetura a una consecuencia permanente intuitiva, sin oportunidad alguna de poner en juego la iniciativa —salvo la del juicio la iniciativa y la de desear—, hacer la voluntad necesaria para hacer de un espejo a otro a fin de cruzar al Gummitz real— debía de ser espontáneamente abstracto, decía Gummitz, y resultó mantener a raya a su espíritu en todo momento cuando se encontraba en las cercanías de un espejo.

Pero esto no se cuenta el caso de la Ardilla del Espejo. Una mañana Gummitz estaba explorando por la ventana del frente del dormitorio que daba al techo del porche. Gummitz ya había distinguido las ventanitas como se-

siempre que tenían dos clases diferentes de espacio del otro lado al mundo del espejo y una idéntica según forma de recombinación poligramáticamente organizada llamada el mundo exterior, ese mundo al que los adultos humanos se aventuraban a salir a insurrecciones y de mala gana, atardecidos para la ocasión con ropas especiales y gritando a voz en cuello palabras de despedida que pretendían ser tranquilizadoras pero que producían justamente el efecto contrario. La constatación de dos clases de espacio no presentaba paradoja alguna para él, gata, que llevaba en la mente el plan general de los veintinueve capítulos de Espacio-Tiempo para Salmónides, en realidad constituida uno de los temas menores del libro.

Aquella mañana el dormitorio estaba oscuro y el mundo exterior blanco y sin sol, por lo cual el mundo del espejo era mucho más brillante de vez que de costumbre. Gummitz estaba levantando la cara hacia allí, la nariz dilatada, las patas delanteras puestas sobre el alféizar, cuando del otro lado, en el espacio mismo que usualmente ocupaba el Doble de Gummitz, apareció una imagen borrosa, de cara estrecha, frente hincadamente baja, malgatos y saltones ojos oscuros y unas lunas oscuras, atestadas de fosfores como paletas.

Gummitz quedó profundamente sorprendido y espantosamente asustado. Tendría estar

profundamente el dominio sobre su espíritu y, con un movimiento involuntario, se teletransportó tres metros hacia atrás, haciendo uso de esa facultad de tomar objetos en el espacio-tiempo, de viajar en verdad a través de los pliegues del espacio, que era uno de los poderes en los que Von-Appl-Garito se negaba a creer y que hasta el Viejo Carro de Caballo aceptaba tan sólo como un dogma.

Luego, sin perder un instante, giró en redonda y se lanzó cautelosa abajo a relativa velocidad, saltó al respaldo del sofá y durante varios segundos contempló en el espejo mural la imagen del Doble de Gummitz, sin aflojar un solo músculo hasta quedar plenamente convencido de que se podía desde el mismo, de que no había sido transformado en la horrible aparición gorda que lo había aborrecido en la ventana del dormitorio.

—¿Qué puede haber traído eso a la casa? —le preguntó el Viejo Carro de Caballo a Von-Appl-Garito.

Gummitz se interesó más tarde de que lo que había visto era una ardilla, una ardilla salvaje, devedora de marcas, que pertenecía por completo al mundo exterior (excepto ocasionales incursiones a los dominios de los ratos) y que nada tenía que ver con el mundo del espejo. Sin embargo, Gummitz conservaba un vívido recuerdo de su conexión momentánea pero profunda de que la ardilla había escapado al

logar del Doble de Gummitch y hasta había estado en un trío de ocupar el suyo. Se estremecía al pensar en lo que habría ocurrido si la araña hubiese estado activamente interesada en traer su espiñita por el suyo. Al parecer los espejos y los espejitos frente a los espejos, como el tiempo lo había enseñado, constituían el riesgo de un intercambio de espíritus. Archivó la información en el gabinete de la memoria reservado para las informaciones peligrosas, ocultas y posiblemente útiles, tales como los planes de tragar por los vidrios (¡zapcos con puntas de diamante!) y de volar más alto que los ángeles.

En aquellos días sus gabinetes mentales empezaron a estar tan rebosados de pensamientos que los sentía a punto de estallar, y esperaba ansioso el momento en que el verdadero sabor fuerte del café, legalmente bebible, le otorgara el día de la palabra.

Se imaginaba la escena con todos sus detalles: la familia reunida en el club de aldeanos de la mesa de la cocina, Aarbenhupf y Cloquetra observando, respetuosos, desde el nivel del suelo, y él sentado muy erguido en su silla mirando levemente con las patas (¿o acaso serían manos?) la fina tela de porcelana, mientras el Viejo Carro de Caballo vestía en ella el delgado chorro de humo como un águila. Sabía que la Gran Transformación debía de estar próxima.

Sabía también que las otras circunstancias críticas de la cena estaban agudándose rápidamente. Stroy, ahora lo comprendía, era mucho mayor que Bebé, y tendría que haber estado hacía tiempo su transformación en poco menos maravillosa (¡definitivamente la primera porción de carne cruda de caballo hace un asombroso efecto en la primera tasa de café!) pero igualmente necesaria. Su plato había expirado hacía tiempo. Gummitch contemplaba sus oscuros huesos al modo sermipélico que habitaba el cuerpo de una niña que, pese a su rápida crecimiento, estaba confundiendo interiormente para no ser nada más que la más insignificante de las gatas. ¡Cuánto temía que el Viejo Carro de Caballo y Ven-Aquí-Catita trajeran que caídas de semejante manera durante toda la vida! Gummitch se decía que si alguna vez se le presentaba la oportunidad de aliviar el sufrimiento de sus padres, no vacilaría ni un solo instante.

Entonces, una noche, una noche en que el presentimiento del Cambio era tan acuciante en él que supo que estaba más que ser el Día, una noche en que tenía bien la casa estaba excepcionalmente silenciosa, llena de ruidos y de talas que crujean y golpeaban, de ruidos que profusos y de corrientes que avanzaban instantáneamente en vertiginosas corrientes (era claro por lo tanto que los múltiples miembros de los espíritus, inclusive el del es-

pejo, debía de estar en febril actividad), llegó para Gummitch la ocasión esperada.

Ven-Aquí-Catita y el Viejo Carro de Caballo se habían sentado en un medio especialmente profundo, un medio sumergido, la primera con un fuerte ardor y el segundo con un turbato whispy de más (Gummitch sabía que estaba sugiriendo por Stroy). También Bebé dormía, aunque inquieto, con límpidos y sobresaltos: la luz de la luna le iluminaba de lleno la cara por debajo de la celosía de la ventana que se había levantado olfateando sin intervención humana el follaje. Gummitch montaba guardia debajo de la cama, los ojos cerrados pero la mente más despierta que nunca, explorando cada confín de la casa y hasta alrededores de todo un tanto al mundo exterior. En esa noche de noches duras era inconcebible.

Repentinamente tuvo conciencia de que así pasan, pasan tan sigilosos que debían ser, pensó, de Cloquetra.

No, más sigilosos aún, tan sigilosos que bien podían ser los del Doble de Gummitch, ocupado por los del mundo del espejo y trasladado, con su andar harinoso, por las habitaciones a oscuras. Una cinta de piel se le está en el estómago.

De pronto Stroy está con intenciones visiblemente distintas en el cuarto de Bebé. Con su largo y fino cuerpo amarillo parece tan esbelta y tan segura de

si como una prisionera egipcia, pero ya la gana era fuerte en ella esa noche, desde los fríos ojos resacas hasta los delgadas canchinos apenas visibles; una sola mirada habría llamado a Ven-Aquí-Catita en busca del número telefónico que guardaba en secreto, al mismo del médico especial. Y Gummitch comprendió que estaba siendo testigo de una misteriosa suspensión de la ley natural por el simple hecho de que aquel ser pudiera existir un momento más sin que le creciera piel y sin que las delgadas papilas se le transformaran en sencillos ojos gatunos.

Reprimiendo un grito, Gummitch retrocedió hasta el rincón más oscuro del cuarto.

Stroy se inclinó a la cama, y a la luz de la luna se inclinó sobre Bebé, evitando hacerse sombra. Distrayendo cuidadosamente de su mirada, lo observó un momento. Luego, con un largo alfiler de sombrero que llevaba en la mano, empezó a arrastrar suavemente la alfombra, sin llegar al eje por su cost. Bebé se despertó y la vio, y Bebé no habló. Stroy siguió arrastrándolo, un poco más hacia arriba vez. La luz de la luna brillaba en la punta espiñada del alfiler.

Gummitch supo que estaba en presencia de un horror que no podía combatir estando a cencer el empujado y manipulando a gritos. Una manifestación tan obviamente sobrenatural como aquella sólo podía ser contrarrestada



por medio de la magia. Además, no era un momento de detenerse a pensar en las consecuencias, por muy clara y cratamente que un espíritu libreto como el suyo padiera visualizarlas.

Sin emitir un solo sonido, llegó de un salto al otro lado de la cama y, a la luz de la luna, clavó en los ojos de Sissy sus ojos dorados. Luego, avanzando directamente hacia aquella curita pirifida, con movimientos lentos, no volucros, usó sus extraordinarios conocimientos de las propiedades del espacio para desplazarse a través de la mano y el brazo de Sissy en el preciso instante en que se disponían a atacarlo a él con el alfiler. Cuando la punta de su nariz se detuvo por fin a una fracción de pulgada de la de Sissy, los ojos de Gammitch ya habían penetrado en una sola vez, y ella no pudo decirle la verdad. Entonces, sin ningún tráfalo, como quien arroja un pedazo de lacrimetero roto, Gammitch le lanzó su pequeño espíritu y abrió la Magia del Espejo.

La casa de Sissy a la luz de la luna, helada y aterrorizada, fue en cinco segundos la última cosa que Gammitch, el verdadero Gammitch-guño, vio en este mundo. Porque al instante siguiente se sintió envuelto en la oscuridad y negra noche regadera del espíritu de Sissy, que el tiempo había desplazado. Al mismo tiempo oyó el grito de la niña, fuerte pero perfectamente claro:

—¡Mamá!

Ese grito había levantado a Vera-Angel-Gatto de su sueño, cuando más de un mundo simplemente profanando a maravilla. A los pocos segundos llegó al cuarto de Bobé, seguida de cerca por el Viejo Carro de Caballo, y alzó a Sissy en brazos y la miró atónita una y otra vez la palabra maravillosa, repetida, milagrosamente, por la crieta —no podía haber duda alguna, el Viejo Carro de Caballo también la oyó:

—¡Abrázame fuerte!

Entonces por fin Bobé se arrojó a besar. Los análisis de sus mejillas rosaron por fin la atracción y Gammitch, como él sabía que había de suceder, fue derivado al sótano entre gritos de horror y odio, especialmente de Vera-Angel-Gatto.

Al guño no le importó. Ningún otrozo sería jamás tan bondadoso como el espíritu de Sissy que ahora le susurraba para siempre, custodiando todos los expedientes del archivo y los círculos de todos los carpetas, manteniendo incluso en una rebalada la misma imaginación del primer caso y las primeras palabras.

En una tarde fatidica, antes que la oscuridad viniera se contra delatadamente, Gammitch comprendió que el espíritu no es, por desgracia, lo mismo que la conciencia, y que uno puede perder —sacrificarse— el primero y seguir llevando el peso de la segunda.

—El Viejo Carro de Caballo ha-

bia visto el alfiler de sombras (y lo había acrobado alquiladamente de los ojos de Vera-Angel-Gatto) y sabía por lo tanto que la situación no era lo que parecía y que a Gammitch le había tenido cumplir, en el mejor de los casos, el papel de víctima propiciatoria. Era una muy compungido cuando llevaba al sótano los cuadernos de lectón con la corrida durante el período de calma del guño. Gammitch se dijo, en su mente, oscura y tartajante forma de pensar, que al fin y al cabo el mejor amigo de un guño es su auto.

A partir de esa noche Sissy nunca volvió atrás en su desmoronamiento. Al cabo de dos meses su capacidad verbal había progresado tres años. Se convirtió en una niña extraordinariamente inteligente, ágil, vivaz. Aunque nunca se le ocurrió a nadie, sus primeros recuerdos eran el cuarto de Bobé a la luz de la luna y la casa agitada de Gammitch. Todo lo anterior era negro, negro como la tinta. Siempre era buena con Gammitch, buena pero muda, jamás pudo participar

en el juego "Ojos de lechuzna".

Fatalmente algunas semanas Vera-Angel-Gatto olvidó sus temores y Gammitch tuvo una vez más la libertad de correr por la casa. Pero para entonces había tenido lugar la transformación que mencionó el Viejo Carro de Caballo. Gammitch ya no era un guño sino un guño adulto. En él la transformación adoptó una forma psicológica nada buena o dispendiosa sino de una extrema dignidad. A ratos parecía más bien un viejo jineta sentado con tonos que nunca llegaría a desentenderse, con convicción de averiguarse que jamás llegaría a pisar. Y a veces, si uno le miraba fijamente los ojos amarillos, sentía que tenía adentro todos los materiales para el libro Ojos Amargados Miron la Vida —tres o cuatro volúmenes como mínimo—, aunque nunca le ocurría. Lo cual, si uno lo piensa, era natural para, como Gammitch sabía perfectamente —amargamente— su destino era el de ser el único guño del mundo que jamás llegaría a convertirse en hombre.

Título del original en inglés: Space-Time for Jumpers  
Traducción de María Rosa

Michael G. Conroy es inglés y vive en Antigua, una solitaria isla del Caribe, donde es propietario de un hotel de turismo. "Monitor en órbita", un libro formalmente supercientífico, apareció originalmente en New World Quarterly, la famosa publicación trimestral de Michael Moorcock.

## MONITOR ENCONTRADO EN ORBITA

Michael G. Conroy

... aquí sería raro, hace años, la estación del ferrocarril.

(¿Tú, señor?)

No, gracias... vé a pie, díjale, por los caminos poco transitados que solíamos tomar, debía a la izquierda un poco más allá de la carretera bajo el puente sobre máquina 3,50 metros para maniobrar ahora bien, barrancos mangroveados arriba tal vez para evitar vuelcos si el tren se inclinaba demasiado al avanzar lentamente en la bruma oscura volviendo al sur después de la estación rumbo a Brittain, años tocas de pluma y giratorias manijas redonde de campanas Québeco Canadá.

Chester Link Hotel, ja, se llamaba el... ¿Hotel de la Estación? qué diferencia hay pero decíale que algo no había

cambiado. Dios, va a ser una larga carnicería cuatro-cinco millas polvorizadas hasta de vasa otros portillos mediantes cuenta arriba alguna ventaja tema el momento, puntal además... hora de cogido por las montañas sobre la magnífica pared de ladrillo oxidada antigua 4830 GWR 9-4-2T un vagón auto-tren fotografía según Aberystwyth nada por un redondeo 2,5 ocasión idios ovidé que la puerta se abre hacia adentro... taes pañeros y leve que llorar a gritos por la ventanilla abierta en Charcoal plataforma portera consciente para graciata GWR no es la primera vez que alguna queda encerrada en fer. ¿kwastero?

han manchado la carretera y las viejas cosas grises ya no entran, era tema que ser el recorda

## MONITOR ENCONTRADO EN ÓRBITA

81

a la izquierda todo parece distinto toma los caminos poco transitados díjale como si fueras un bígipio viejo en Brittain en estas tiempos todo el mundo parece un viejo bígipio excepto los caminos breves pedales por los caminos antiguos acompañando... por qué tanta misterio ¿¿¿por qué una llamada telefónica tan enigmática??

lanzamiento secreto IT de actividades expedición a Marte fait accompli buen trabajo ellos no saben... capote negro gorra negra de piel transportando borlas negras como bola de cañón con capote negro.

este sendero es el mismo vertiginoso estrecho, solo alta desgracia borrado del suelo rojo, recordando a un pasado remoto desde el laboratorio, diviso vacas a través del seto borrosas vacas algunas de ojos vacíos vacilando vuelven la cabeza a mi paso y me miran de malayo, ¿quién es el una vaca por última vez? mismo olor, mismo sol tibio y brisa fresca y los árboles de setiembre desaparecen monedas de oro entre dedos huecos antes de soltarlas de mala gana y espasmosas frente a mí por el camino.

En de setiembre es el momento recordar los últimos días de las vacaciones monedas antes de que volviera que volver a la educación inútil y estrecha y yo al campo más vasto de la ciudad? curiosa la nitidez con que se me aparece todo esto desde la plataforma temporal de este sendero tortuoso y cómo así puede ser

no vos tu parlotes Julia Harrington dijo esto y Giles Jones dijo aquello y tenía razón, ¿es cierto, papá, que con el 4-Héico más grande del mundo? te di una palanquilla en el hombro y te dije que cross me, hijo —y tú también, porque yo buscaba instantáneamente la aprobación de mi propio hijo y la necesitaba tanto en ese entonces, después que Laura se marchó...

y tú acordate pero yo sabía de algún modo que no se te impresionaba y entonces aquí en este mismo sitio recogí una piedra y cuando díjale nada en ese momento la tía y se estrelló along en medio del puente bajo altura máquina 3,50 metros lanzando una lluvia de borbotones (Apuesto a que no serías capaz de repetirlo papá).

aquí hay una piedra que siempre me ven a media cerca me preguntó si soy capaz de volver a hacerlo después de cuarenta años. malito ojo estar desde debilitadas y retorcidos parecen varillas pedradas el tuerco la seroga a tantas primera etapa cumplida, todos los recursos son vitales (se renueva y suaga como cuchillo a través de tallos de papel en mí, toda esta y me es cierto que haya fricando del todo pero a lo que diga Laura... pelo rubio ojos azules como Paul pero estúpido, tan condicionalmente estúpida suaga de borbotones me llamaba).

¿qué soy capaz de hacerlo. díjale, recorda en mí mano, ni demasiado pesada ni demasiado

liviana y volubilidad podía derivarse a la izquierda, dada suya, justo aquí en este recodo, cuando tras dos años...

¡Desapareció! terraplén cubierto de malvas izquierda derecha sendera a través como apunto hospitalario alivido vestido de media decolorada, marca de piedra ligera verde leproso a ambos lados del sendero coronado por largo parete rojo de composición desaparecido ahora máxima infinidad, ombligo respecto por los antiguos monumentos personales. Dios, ¿yo dejaba nada en pie?

(¡Hola!)

Oh, hola, mira... pero y qué cartónes mister largo y seco justo.

(¿Diga ¿en cuánto hora?)

Pensé que podría comenzar un momento a la mañana, al lado del punto... perpétua bellorica finalmente de ojos.

(¿Qué punto?)

Este... ¿Calado demoliciones el paréntesis?

(Esto fue un parente alguna vez?) de pie un hazno extendido apuesto sobre pasaporte de piedra bruhita pedras banitas dióticas en la arenita el viejo horror tuerco al fuste macular más joven me gustaría pensaría la mano allí por ahora qué sentido...

Hay pasado años. Hace cincuenta que no vengo por aquí. Todo está tan cambiado... lo mismo que yo, para ella el punto siempre fue un alívio tal vez venga raíz. marie arco la inventi-

do diámetro en las blancas...

(¿Qué le pasó a su casa?) casualidad ciudadita.

Tras un accidente en el laboratorio hace un año.

(¿Qué? ¿En un científico o algo por el estilo?)

accidente... aterrador partículas de polvo brillando al sol trascurrido Andrews afilando barcos de ensayos, cuando doctor Hland grande anegarse una ni por un momento? espaldas blancas se alija me inclino pequeño apunto circunferencia benciadas se debían UANANANA dolor delatador-dolor... ciclorama blanco, golpes me siento, doctor Hland? cuánto tiempo una tres semanas pronto lo tendríamos nuevamente en pie por nuevo dabo advertirle cirugía plástica quemaduras faciales estomas marie salvó la vida de un ojo. ¿dónde está? Sanatorio Barrydale el mejor en barrios urbanos, volveré a su trabajo tan pronto como sea posible me dicen tarea importante un hazno osario con nosotros, doctor Hland...  
buena parte de nuevo por aquí, jamás, no te preocupes por los gastos el Gobierno Conservador cubra a los gastos, ja ja, continúa con tu trabajo donde lo interrumpiste...

¿dónde fue que lo interrumpió por Dios, ¡estoy horribil delirando... cómo pueden mirarme así por tu cara que no es féril.

Sí, soy un científico... ella me mira como si yo fuese normal

pero más interesante que la mayoría lo calcula traza diámetro...

(Vaya, un científico loco entre nosotros. ¿Calado cayó por aquí, dónde?)

Profesaría que me llaman James.

(¡Hola, James. You are Soap. ¿Por qué no vienen así nosotros a la tierra?)

(¿Por qué no? Si se me ocurre en el camino, un grupo de gente como ella... aspecto no convencional un convencional me gustaría cambiar siempre más no sea por una hora...

me siento mejor en suspensión lo único un momento impensado puede convertirse a una diámetro una hora no he pensado en ti aquí está el mediano, ¿yo es de la, donde entrarían la moneda de medio pence? las tres el tiempo para Dios recordado cómo ella saldrá por encima en aquel momento, aquí era, hasta al lado del segundo poste de madera rajada curvada, buena buena esto me la cambiaba en cincuenta años, aquí hoy una buena piedra chatá negra a ver estubo con la cara de panto especie arruñada entre esta mata de pasto, ah, ahora nada y cerveza, nada y cerveza...

también hacia calor aquella tarde y cuando volvíamos de Brouhatch tú habías paraguado por el camino las pequeñas mariposas azules y yo analizo un trabajo de Simons, había lagartijas

en el césped saltando, botamos las piedras que yo confundía todo el tiempo con algunas miradas cómo se agitaban y me movía de pavor cada vez que te veía avanzar en el punto porque decía que las víboras sales en los días secos y calurosos, corta la mordedura con un machillo y chapa, dicen, pero yo no llevaba machillo, un bisturí será igual, dicen, lo encienden y lo aplican sobre la herida mientras hace líneas oh Dios cómo podría hacer semejante cosa, hubiera tenido que almorzar y correr hasta el pueblo como él era que lleva el diablo y si doctor probablemente se le hubiera caído el negro, calma, término con calma no sucedió no sucedió.

más herido ahora nada y casa contra la lluvia, madera podría hervirte pata de atropala ¡ah! hapiata, hapiata...

encuérrate va camino-camino

¡procurar! ¡ah!,... la otra cara.

¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡

Imagínate guabada verde de tres pedes ¿es el Mayflower? maldita a lo sé... bastante una réplica desde Brixham... Uplham... analizado me estoy perdiendo viejo no pienso en Uplham todavía...

pero esa moneda la estado allí durante cincuenta años y en un momento se me ocurrió que era una buena idea enterarme medio porque en recuerdo de este recuerdo pero tú era muy niño y pensaba que habría otros ven-

son y de todos modos amémoslos más interesados en Birmingham con los amigos de tu edad y tu madre. Laura...

y díjale ¿por qué, papá? y cuando amémos la cabeza para matarnos el sol heñido en tu pelo, en Laura en tus ojos azules oscurecidos, detrás de ellos proyectando tu mente como una estatua...

a pesar de eso, ya te quería Paul, a fines de aquel verano de 1942.

Dices, estoy cansada... el ojo me duele señal de que lo he estado forzando, aquí en la isla de esta forma... tapido cubed verde esponjoso en medio de la arboleda, ha de haber sido aquí donde talé tu nombre en el césped con la aspirina de una botella de caravana que rompí contra un árbol y al fin tú mirabas y mirabas estupefacto a medida que iban apareciendo los símbolos reconocibles, el virano algalente, cuando tú no pudiste acompañarme, vine sola en vista de dispersión y algalente la había borrado... otros nombres sepan aún grabados en el césped pero el tuyo había desaparecido, apenas un contragala yerro de tierra roja en el verde amarillado... pero dejaron el medio penique.

y ahora desde la isla resplandece mar azul y del otro lado de la bahía los blancos bloques de Torquay blancos velámenes maculados más altos y agitados pero por lo demás casi igual que entonces misma sensación de inocuidad.

¿para qué preocuparte por Marte si existe la Tierra? y aquí está el último puntito piedra desgastada por los siglos seguida a la sombra de los cedrones juveniles masculinizado intento de destinar línea de control?

claro que también este mundo está blanqueado por rasaciones qué otra cosa podía esperar? pero la huella polvorienta en la arena y aquí queda un rincón del pasado, una grieta en las rocas donde el pedregano muestra puntual se precipita hacia la playa a través de un túnel de hojas. El silencio de la arena le concubida que cruje bajo sus pies la arena se ha retirado pero las rocas desnudas ya no están tapadas de algas, la parga efímera de la población, parte una piedra y debajo de ella han crecido los concheros blancos y blancos y azules cubiertos de un fino blanqueamiento ¿cómo puede decir que todo está peor? algunos estandé aquí y siempre risos como monedas de un penique pasaron felices.

gritos en la noche y corro junto a tu casa, no puede estarlo decir: hay un niño de concheros azul y otro allí y tengo que recogerme todo para que no me escuchen, tomamos entonces la precaución de no levantar las piedras nunca más y a la noche sigüerme la casa, está llena de hornos, hornos hornos rojos que se materializan al helgo de tus incensivos ojos aturvidos y yo hago como que los secudo y te digo ya todo está en orden y ahora

vuelve a dormir y te beso la mejilla porque no puede hacerlo cuando estás despierto...

aquí debajo de este arco habitó el pasado y los pedlatos de piedra desgastados trepan hacia el futuro desmantelado brillante al mismo esplendor del sol, ahora el sendero se interna entre arbustos y atravesó un declive fúnebre en cinco tiempos giraban las gráficas ajustando un vestigioso danza al compás del dios de la aplazadora en tanto los barcos belgas y británicos, las rojas velas de estar desahogada, latían mundo afuera, más tarde expresan las bombas y las dadas resortes de los barcos atropados aferrados a la superficie en congelada capitalización, y contra la muredera un buque-cisterna destruido, demarcado grande para herirlos del todo, parte sucesivamente multibiduo como un sólido en una liviana trinchera.

y del otro lado del agua allí donde el hazo de la excelsión se une al hachos de tierra que luego se transforman en Barry Head, allí queda Upland...

¿Puedo servirte en algo, señora?

Si, quisiera una habitación para esta noche.

Por supuesto. ¿Tendría la amabilidad de firmar el registro?... cosas trancas a lápiz y ten resistentes, artificial bajo colante bien cortado estaría más en su lugar a bordo de un avión como asaltos, perdiendo el tiempo en

esta pequeña posada qué es la hija.

Bueno... Dices, cuánto tardó en sacar la lapicera, algo de vez en cuando me voy a usar la posada como última que esta mañana de porochona me está obcecando... Supongo que no tardaría otro lapicped de nombre Harold. Mi hijo, en realidad.

(Un momento...) a mí me me me me me, señora, este niño es pequeño, te sabes de momento los nombres de todos los pasajeros.

(No... no me parecen que tengan aquí en este momento otro niño Harold... Muy bien. Lo llamaré a George para que lo acompañe a su habitación. Casa de T y B a D) sonría estereotipada de línea aérea.

Hacemos cuartos, George, cálido diseño floral laminado antiguo en un rincón estrecho al parecer el otro lado del espejo pequeño, y luego, me vendría bien un baño... en tu viejo como yo...

(¿Este es todo su equipaje, señora?)

Si, gracias. Sírvase... Ma, dónde está el...

(Ahora segunda a la izquierda, señora. Tiro con firmeza, sin necesidad. Hay una tripulante. Es vieja, se da cuenta... ¿Algúnna otra cosa, señora?)

Gracias, la ventana... la ventana da al mar, los yates blancos y brillantes alineados en fila antenas como tapidos brutas en hoy restos de barcasas de pesca tallado frontalmente ganta yerro y vistiendo por el medio español.

mente hippies todas formas y tamaños futuristas, pero me gustó en qué estado. Muy digo que vendría con la barra a tomar un trago. ¿Es todo, aquel estatura mediana que se balancea más allá de la precariedad? ¿se reconocía? Claro que te reconocí, hace apenas veinte años ahora, tienes cincuenta, diez, treinta, cincuenta, ver a mi hijo a intervalos de veinte años ¿qué especie de parentesco es éste? y ahora tengo treinta y ocho y al momento la ciencia médica con su esperanza de vida calculada rebota ante mi frente viejo y espantosamente canoso. Dices, diga lo que diga Siskin, la semana que viene me voy a jubilarse. ¿Qué que fue el accidente por ser el mismo desde entonces ¿gana qué quiere otra cosa años de edad con esta cara hecha pedazo y riesgo a medida?

treinta tenía cuando vieste a verme con Gerda, treinta luego de veinte años de correspondencia pomposa y opacada y ningún momento: esta es Gerda, dijiste, añástanos de paz y desdichas dadas una vezita hace tanto tiempo ¿cómo te sienta, papá? heh, Gerda, dije, me alegro de verte y también a ti, Paul... ¿siempre está...?

sí, dijiste, a la defensiva Mario de Buda trabajo para ellas como tú los llamas ¿y por qué no, curajo? te expliqué en mi última carta que ahora todo es diferente, su sistema es tan bueno como el nuestro me dejaron salir, re-

poner, me trajeron, que estaba detrás del muro primero en un laboratorio vigilado día y noche por sistemas de botas rojas y gases de plomo.

ajá por el estilo, confesé, oh, así que ahora las cosas han cambiado buenas relaciones entre el Este y el Oeste excepto China, no me digas que te mandaron a colaborar, a mostrar opiniones o seguir o como quiera que autodes lo llamen.

papá, dijiste, la cara imperceptible, me pretendía ser tan inteligente como tú y si perdieras un caso de nuestro lado, sería magnífico, pero estamos de vacaciones, nada más y ya voy me tienen confianza y yo confío en ellos se necesitan interrelacionar.

yo dije: pero desde un punto de vista sería mucha menos riesgo al tenerlos algo con que amenazarlos... al fin y al cabo eso es un método de trabajo y tú eres ingenio y un peligro para su seguridad.

así al poco rato dejamos el tema y hablamos de tus trabajos de investigación en micrografías y te enseñaste cuando los calificó de instrumentos de espionaje así que hablamos de los viejos tiempos pero en realidad no había mucho que decir y Gerda me acompañó hablando de nuestra familia y me enteré de que ya era abuelo por partida doble... Gerda es bonita, alemana, poltrona de ojos verdes cara muy particular y me hizo feliz saber que regular amanzado de ella. dijo que

por tu trabajo pasabas mucho tiempo lejos de casa pero que con todo se arreglaban para estar juntos un fin de semana cada diez, que esperaban que las cosas mejoraran.

Fue muy extraña la forma en que te marchaste, me dijiste antes entonces, papá, te vendé luego Gerda y me diéste la mano y dejaste camuflaje a Gerda, te miré salir desde la ventana y había dos coches estacionados frente a casa y cuando arrancaron un tercer coche salió por la esquina y te siguió, el coche que había quedado afuera era el de Gerda y ella y yo conversamos un rato más y nos entendimos muy bien, me contó un poco de todo acerca de los años black y jump, y cuando se fue me pareció la cosa más natural pedirle su dirección y ella me la pasó.

Y al momento, entonces.

Gerda te había hecho venir, tú me querías, me di cuenta de eso, luego también ella se marchó y sólo más tarde entré el agua y descubrí que vivía en Alemania Occidental y entonces comparé el pasapal de los españoles de mi clase de semana y me pregunté qué clase de sistema habría sido tu vida en los últimos años y me dije que a pesar de tu condición era posible que hubieras algo con que interrelacionarte por tí algún día lo necesitarías... pero era demasiado ingenua, o estabas demasiado acostumbrado para volver a nosotros.

acompañaron lo vividos que pueden ser los recuerdos los años de la hajar para la casa hace breves que estoy aquí de pie dejad el baño para más tarde... neces blanco conector rectangular molecular madera cantado oscuro hueso volados entre 0, molales oscuras.

[¿Sola, señor?]

Si... Dios mío, esta es la historia de mi vida desde el verano del 48 ¿verdad yo la culpa de que Laura que nunca me dejase?

[¿Sola, señor?]

cuando él mismo plata referente mental blanco debe de tener un aspecto extraño me siento más ¿cómo mal día? viejo solitario y enojado cantado solo a una mesa, heh, las reproducciones a todo color de esta escena realista se entrecruzan enredosamente a todos los niveles del Waterside Hotel, Irlanda, de pie, de pie, antes que se pierda en las visiones transmutadas de la piel en descomponer.

Gracias, tomé la sopa y luego el café cuando...

este hotel está casi vacío, tampoco que la temporada está por terminar me pregunté si otra dantesca del infierno y el lugar deja de existir, ¿qué? este mismo mundo en toda Irlanda, nunca ocurre aquí en invierno ni nadie que conozca, a pesar el lugar el 10 de diciembre junto con todos los hippies, ¿por qué un animación impudible durante veinte meses? Muy pasional en pleno organismo trabada debajo del barbado. Sus estereotipado en una mesa

en la estimación del poco durante más meses de inmediatez los misterios a ambos.

(Dioniso, señor...)

Y todas esas gatas domésticas en mitad de un desierto...

(Dioniso, señor, su copa. ¿Se siente bien, señor?)

Oh, perdón... Gracias. Sentado despierto, supongo. Estoy perfectamente bien... agua de limón, déjame imaginármelo, tomates machucados al sol cosechados en verano congelados en seguida y almacenados en frío me acordaba desde el plato blanco espumosamente rojo como la yema del huevo frito marabino en la fiesta de la Borrachera...

(¿Lea terminada con la copa, señor?)

Si, gracias... Ah ¿se de aquí el condado?

(No sabía decirlo, señor.)

... no por supuesto no tiene por qué saberlo y qué diáblo importa si algo de vejes esto de ponerse espantados con la catedral por qué una Fiesta de Cordero Asado Devra Princesa Calidad también que ser diferente de cualquier otra de Princesa salvo que el menú dice Devra y el menú debería estar dispuesto a mantenerse en sus trece...

como que tal vez a dar una vuelta estirado pasado cuando me alguien no puede pensar con el estómago lleno, afuera vive como nosotros nocturnos y salvo los hippies y los alienos el lugar parece el mismo de hace cien

venta años, hasta Gallinas de Orange sigue en tierra cerca de aquí aunque en otros tiempos se lo ve un tanto quebrantado y la inscripción del plato está desmoronada. Letras extrañas, como escritura vieja, en el granito medallando... luego larga que termina alucinosa retróica germinales pero suena a barafuande por eso siempre me olvido de lo que la precedía, palabra muy formal el alemán me gustaba saber qué haré Corda en este momento no creo que te lo haya traído...

algunos alucidos pero el aspecto del mundo es acogedor y el olor denso de los alijos es el mismo del agua que había en la panna de aquel huésped cuando pensé que lo convertiría la panna de cubella. Traveso dos líneas mucho afuera y me acordé demasiado al huésped. Traveso demasiado porque no me di cuenta...

y la papa se alivia según los séase la repartición y avanzó y allí... vivió los cubanos donde habían vivido los marinesos restos entreve mentales flotando y más allá con la mirada empantada por el horror la lengua cubierta surgenca cubellada en medio de las aguas oscuras no tan allá muestra sino extraña y fundamental y lo peor ahí abundando séase la cubellata un proceso retróico resquebrajado con la amata sinrieta de una calavera, tres que desvía la mirada atrás los ojos hacia el mundo batido por el sol hacia las gradas y bruladas las

chas de la prefectura y los inquietos abuchadores momentos en sus voces de arroyo para volver a saber que la vida continúa y que ese momento precioso estaba al fin y al cabo sólo tres horas más abajo...

entonces al final de la escuela se justo al pasar al foro tú atrapaste una cubella y la tarde se volvió a perder definitivamente cuando el bote se hundió al paso de una ola silbaba tú gritabas papá, agarré un pedacito y yo te apuré a recoger la línea aquí vino la carga y la cubella en un destello volviendo bajo la superficie goteando y agitándose y controlando se lanzó de plata verde la dejó caer en la tira mientras tú chillabas de miedo porque no sabía que eran tus gradas...

bien bien notaba la tira y tú la mirabas hipnotizado y entonces de repente saltó y se deslizo a volar por los tubos los quejidos, bregando con la resaca ahora hacia tí y tú solvía a gritar... y gritaste todo el camino de vuelta al estabam-doo.

aquel verano el mundo apertaba a pasado pero ahora la industria parece haber consumido aunque vos propaganda qué especie parecías de excrucianción de pasta pose a la población, reconstruyeron el viejo mercado con su techo de chapa arruinada pero ahora parece que lo usaban más como lugar de reunión puntos de encuentro para enge-

ñar a los tardes tantas atravesas que pedaban por allí. Oh...

construido hacia mí ahora de pelo, parecen té cambiado muy enojado a la casa tema de preocupación a la luz de noche ¿se ha visto?

Paul... mi corazón, no me vuelves así.

(Respiraba agua, ya ves.) Que veía la cara se desvaneció se dejaba abalar a tu padre; aquí vienen tres blancos cosas solapadas que tratan en el momento en que tú está corriendo al dar vuelta la esquina y tomar Fore Street.

¡Ja sólo así durante veinte treinta años! siempre con hombres de oscuro a los espaldas vestidos para la ciudad de los quejidos que están sin preguntas qué planes te siguen sigiloso esperando que cometas un error para cuatro semanas y devorarte, porque planes que una vez que cometas ese error estás muerto, lo que los hombres de oscuro te hacen largo es inevitable una formalidad una limpieza el cualquier de un hombre de edad mediana ha hablado noche en un callejón cerca de Fore Street, Bishop, Devon, la policía no desecha la posibilidad de una muerte violenta... y desde de las frases trilladas por tí, Paul, cuando día ver el cielo como la cubella que una vez te hizo girar...

(Padre...) Dios, me diste un rato.

(Toma esto, pónelo en el bolsillo... papá, ¿está?) qué es esto un señor, estádolo me la-

suerte tanta así no me gasta pero qué demonio yo sé quién es el tanto...

(Ahora escuchó bien. Nuestra cita previa sigue en pie. Media-noche en el antillero de Uphams frente al Yorksg Queens. Lo han llevado a diezas poco durante el invierno.)

El solas, Paul, ¿Qué hago con el sobot?... trata de pensar rápidamente diguele al juego está más en peligro de lo que yo pensaba.

(Escudelo en tu cuarto... no, dicho a la recepcionista para que lo guarde en la caja fuerte.)

Peró ¿qué es?

(Un suspiro. Te vasé luego.... Adiós, Paul.)

... se ha ido, sí, hijo mío ¿qué clase de juego es este? medianoche en Uphams seguro es más fuerte todo es como una función infantil de teatro, especie primaria Reguim por un Elyta qué! guarda quieto, señor Bland, los otros han puesto tanto empeño en esta obra han estado ensayando desde semana y treinta tardadas a la señora Bland, Paul está preocupado.

pero ya entonces no había señora Bland y Laura se llamaba señora Brickley o algún nombre tan ridículo como me pare Paul nunca le dijo a su maestro que al menos se alertó a su apellido...

har agradable totalmente deteniendo hacer a converso cigarrillo asabido de conversación interrumpido de tanto en tanto por

entridentes charadas de guacama-yo delimito golpeteo de las dadas y el clic-clac de las fichas de demiso y otras de la marabota curvosa Olds English elaborada por nuestros corcoreros establecidos en 1781, ¿quién iba a sospechar que KCI los absorbería diez años atrás?

(¿Señor? ¿Especí algunas sobremesas suculas concluidamente digas de su empleo por su sola apariencia aditiva que sales de los-matras y mejor melinda contribuído entre las leguminas.)

Un vaso de Egg, por favor, perteneciente en letra de abanico de diez galones servida en un vaso por cortesia de British Oxygen un espécimen pichido de salud, parece buena, sobremesa.

Comezco... ahora, toman un lugar donde sentarte...

(¡Hola, Paul!)

oh, Stacy se podría perdida de amigos apuñados en un rincón....

Héla, ¿qué tal...?

(¡Ja, a Stan lo conozco; este es Jack y Stip y Mary y... ) mechar unas ideatas raras lo considero a todos, costosas, sin embargo, el harinó de la civilización no se ha desgastado por completo, tampoco que han de amor a la gente....

(Stacy me dice que usted es un científico o algo por el estilo.) la voz del nativo adifocamente barbado semana demerado en uso de esos silencios alíticos que as hacen en los buses y que dicen ocurren a las y veinte y a las novecos veinte de cada hora, lo cual

prende valanta más tienen para con las diez y veinte y debe mantenerse con gusto exactamente dentro de diez minutos. Dios, parece que soy el centro de atención y eso de la Góttas está expandido que sepa un explosivo de abeto de la chaqueta...

La cinta... habita en vos bajo y ¿qué también ellos lo hacen...

(Eduardo habla en la Universidad de Eretre, señor. Seguramente...) sus ojos demerado brillantes tratanse respecto a sero que no podía tocar el tema tiene la entrada de un fanático pero quién sea la diez y a las; el pelo y el amor no me dejan ver la cara... (En fascinante, señor, ¿qué hace usted, encantado? ¿Investigación?)

Ah, sí, esa misma.

(Oh, dígame en paz, Phil...)

¡No me tiene ganas de hablar de trabajo, ¿qué hacen aquí, Paul? gracias Stacy, pero eso es igualmente difícil, ¿quién es ese hombre de oculto en el rincón? ¿eso que parece raro pálmico geométrico y ejiles de cierto hereditario en la cara arriba. Cristo juró una de las hermas? Ya estoy empujando a langunas cosas más vale que bella réplica...

...empiezo a comprender tu situación sólo algunas subterfugios alrededor del salón todo el mundo parece un copia, si se los escudara detenidamente se los grande detectar, un traje oscuro así una ciencia allí un hábito bajo la chaqueta... nunca el

harmas y veinte es el que parece más inocente es el principal sospechoso... ya me siento mejor todo esto es tan ridículo.

(¿Por qué sonas, Paul?)

Oh, nada. Estaba pensando en tomar otra cerveza... no, está vacía es más... todos parecen beber sólo natural no se van a echar a perder con eso... Góttas médico de natural y una Egg por favor.

(¿Qué cosa era. Estaba me haciendo, de unos cincuenta años y los otros, tres, le estaban atigando, me parecen...) Detrás, adelante, de media vuelta como si nada pasara, no haga ningún ademán...

(Embaldillados por entre los pasillos de la psicoderia...)

(Ayar llevarse al viejo Queens a diezas más. Te juro que es una banalidad yo no me entada. Jack consiguió un trabajo de unas pocas semanas pero no se prolongó...)

(¿Algo también los vio, y yo le dije: Alice ¿qué es? y Alice me dijo: Recuerda estas palabras, Michael, pasan más cosas en Britania que las que el ojo ve. Constantinditas me juro la subter. Devaga... Todavía estas jóvenes...)

(En Uphams... ¿Qué a esa vieja arpa? ¿Por qué todo el mundo parece que nos desquema?)

(Alguna vez, señor, me gustaría tener otra conversación con usted; hay una o dos puntos que usted usted podría...)

Disculpame; debe marcharme.

No, ya tomé bastante, gracias. Ha sido un día muy largo, mamá...

Oh Dios, Dios...

Hay algo de cohesión en Bristol: el Quilbrón Comarcal y el Ejército de Salvación (relacionados) son fuerzas implacables de los domingos por la tarde en el templo. También se oyen a mediodía, atmósfera de abstracción mental y silencio casi absoluto aparte del ocasional murmullo del sacerdote y el plauso del agua sacra y votiva contra los bordes de las jóvenes confesionarias, sacerdotales y sus pocas estrellas de posición que se agitan a través del espejo del agua como libras domesticadas cuando deba a la teología rigurosa la luz del mundo hasta los cerros que suben a Berry Head Road.

me sobresalto a cada gate estruendo como debería otra vez, pero así es cuando de un portal como volutas negras no sé si enambullarse como ellas de puerta en puerta o cambiar desorientadamente, golpeteando las uñas sobre el pavimento con la desproporción de un médico sacrificado que vuelve a casa luego de una llamada nocturna en el vecindario, al que estoy hablando que seña entre dos formas de comportamiento igualmente aceptables, pero si dijiste Upham y a mediodía y no dijiste cómo, quiero decir si supo que era el una día secreto

yo me resigné, pedías al menos haberme dado algún indicio...

y si el portón del asfalto está cerrado ¿qué demonios tengo que hacer, aporreado y llamas a gritos desahogado dentro molecular a esta hora peso invisible una serpa o una cucaracha o lo que no utilice en esos sencillos barcos en una emergencia? los escalones son más empinados que hace cuarenta años pero a la izquierda hay una buena bajada pasando la esquina donde estaba el negocio que vendía balones nuevos y té te acercaste la misma semana que los bucleros de tiza de los balados deamaron Aberystwyth, te vigilé durante días esperando la aparición de los silencios pero tú seguías andando y corriendo y jugando con los otros chicos y entonces empecé a preocuparme por la policía... hasta que volvíste a Birmingham y a Laura... y a la Luftwaffe... entonces en aquel momento el solo sonido de la lengua alemana era silencio y ahora tienes una lengua alemana... y eso me lo solista hace veinte años con una subideta que me hizo sentirme viejo y angustiado, te gusta Gerda, dijiste, y es alemana, y yo ahora soy ruso y eso te respingo ¿qué sabes, me preguntaste, qué pensaría de Rusia dentro de veinte años?

has transcurrido otros veinte años, Paul, y ahora la pregunta es ¿qué es lo que tú piensas de Rusia?

Upham y, a Dios gracias, el portón está cerrado. adentro tropezó con vigas de madera qué helados trajo una historia barquichuelos horrosos por toda la rebelde ranga como cuacos varados olor a alguita y serrín pero ¿qué es el Tachay Quam y qué agosto tiene? debe de ser grande ¿qué es esa mole a la derecha con perfil de brócoli hallo en seco? curiosa fascinación la que ejerce todavía estos navíos votivos armados a torrillo está debe de tener más años que yo...

bueno ya estamos tranquilos caudita en la caja oh bueno meen el renovador de pintura blanca y espesa, momento de hacer negro: el Tachay es un barco enorme y no se discute en qué parte nos encontramos, me atreviera a gritar no tú me helabas cida tropiezo con la caja lo mismo que los alcañanes en la otra orilla y noche Bristol... me estoy pasando un poco histérico con la comida y la cerveza entre estos tiempos...

Paul...?

[Hola, vísote, ¿Te vio alguien?]

... por amor de Dios, no sé probablemente qué demonios significa todo esto durante varios años no se me ocurre de escribir a mi hijo después de veinte años...

¿Cómo está, Paul? ¿Cómo están Gerda y los chicos?

[Bueno, gracias... ¿Cómo estás tú, padre? pero no se lo ve bien y no alcanza a distinguirse la nariz no sé por qué parece más go-

queña así encorvado junto al barco y por qué murmura con los labios. Me llama padre no papá y naturalmente ahora los chicos son grandes...]

Muy bien. Envoyándome ya lo ves. La respuesta de hoy no me la ayudado nada.

[Lo siento.] hablo con ansiedad tratando de sacar a algo pero que la claridad instantánea se desvanece. [Por otra parte, te hablo traido recuerdos, supongo.]

Eso es cierto. Sabes una cosa, demostré la memoria, el medio porque que entendamos en el 42.

[¿Una novela?] no recuerdo.

Y encontré el lugar donde está tu nombre en el clipod.

[¿Más? Bueno, subido sí...] a la defensiva.

Me pregunto... recordaré el día que laimos...

[Mira, padre, ya tenía diez años y desde entonces han pasado muchas cosas.] y quiero decirte que no me hiciste venir para hablar de los viejos tiempos más... [Ritzy en un aprieto.] abruptamente.

No sabes cuánto lo siento... tu tono de voz me trae a la memoria aquella tarde que volvíste al hotel con cara de culpable y de pronto llegaste a habitaciones no sé qué historia acerca de unos chicos que habían saltado un barco al puerto, tú los habías visto, dijiste; pero el dueño del barco no había visto a tí y dijo que tú lo habías hecho... y eso que tí y discutí con un rubicundo profesor de Devon que tenía un inter-



quinceo durante del idioma y muchos ganas de armar escaroras, y al salir de noche haca y dos libro mediante luego convencerlo de que se olvidara del asunto...

«Por amor de Dios, padre. ¿No puedes escuchar lo que te digo?»

Fredora, Paul. Hable tanto tiempo. ¿Cuál es el problema?»

«Te lo estaba diciendo, estare pensando en volver a Inglaterra.»

«Para siempre?... oh, sí, Paul, vasiro...»

«Sí... te das cuenta, últimamente han abanzado más trabajos con ciertos... restricciones, y eso que seria mejor para mí y también para Gerda que volvieramos. Además está el futuro de los chicos...»

Ya no son tan chicos. ¿Dónde está ahora tu familia? ¿En Rusia?»

(Alemania Occidental...) con culpa, sí, Paul ¿por qué tratas de engañarme?»

«¿Ad que quieres traerlos aquí y luego desvirtuar?»

«Mío o mermo... No me gusta la palabra desvirtuar. Después de todo soy inglés... ¿qué quieres que se haga así como una contraindicación, el segundo pecado tiene cosa de virtud. ¿Y tú tienes cierta influencia. Se me ocurrió que podría explicar la situación a las autoridades sin mucha alharaca y averiguar todos los detalles para la investigación... Instalados en una agradable zona rural. Yo les ayudé en cuanto pueda...» ahora no te lo puedo sacar de encima y no estás

seguro que sepas lo de Gerda, supongo que te heora en cierto modo querer dejar a tu familia antes de que las cosas estallen y tengas que confitarte por el resto de tu vida...

Te sigilan, que es así?

(La cosa no está pasando un poco fra... Tengo la sensación de que ya no los sirvo para nada; mi proyecto está concluido y a veces me pregunto... ) si decidiera hacerlo a un lado...

[Ojo, padre, cuando nos separamos quisero que volvieras a Chariton por el mismo camino que viniste y tomar el próximo tren de regreso.]

Paul... no me toques por un lado.

¿Qué quieres decir?»

Hay más de lo que me has dicho. Tal vez si me lo contaras desde el principio...

levantas la mirada y por primera vez te veo los ojos, un relampago de temor en la penumbra, y te vistsa se fija más allá de mí cuerpo como si vieras algo nuevo, coleccionado, una cabella de plata verde...

(Doctor Hland padre, supongo. Cuídate encontrarlo aquí. Y doctor Hland hijo, además. Vaya reunión. Ah, quédame donde estás, no te muevas...)

El paratonto característico, el perfecto acento del inglés culto, confuso rumor de gases y su eterna frente a nosotros tres formas oscuras y que que reluce a la altura de las sábanas sólo pueden

ser patadas. Cristo, ¿por qué me metí en esta por que te sostiene tú, Paul?

«¿Qué quieres? mi voz seria demasiado aguda deben detectar al miedo.»

(Primero una palabra con un hijo... No parecen estar seguros de muy de acuerdo con las instrucciones, Paul. Termina que encuentras a tu padre a la sala de la mañana precavidos? La puntualidad era importante a causa del barco. Qué historia que te heyas confundido.) se vos es agradable persuasiva y sé que no propiamente se matar pero ¿quiero a quién? ¿o importa un amor...?)

«Por qué tratas que crementarte conmigo a las seis, Paul? pregunta bruscamente pero él no contesta está acostumbrado contra el barco con la cámara helada como un buechito cuando vomita.»

(Su hijo parece nervioso, doctor Hland. Te lo contestaré la pregunta... Como que usted poco cierta información que nosotros necesitamos...)... la vieja frase trillada varcos cómo expreses obtener información de un hombre de mi edad a quien no le queda nada por que vivir... se lo digo, huerzo tal vez para mantener la calma.

No tengo interés en irme de Inglaterra, gracias... oh, Dios, me has demorado Hland hasta se sé para un adentro debo parecer un viejo y tímido maestro de escuela...

(Bueno, lo huerzo. Pero en verdad, doctor Hland, no es me-

resario que abandone su país. No pretendamos llevarlo con nosotros contra su voluntad; en realidad, difícilmente podemos obligarlo a hacer trabajos de investigación que lo pasen? Un científico debe ser libre, no tener ataduras, para que pueda lo mejor de sí mismo. No debe tener... ah, alguna preocupación. ¿Tú no estás de acuerdo, Paul? ¿deja la cámara y de improvicio el hombre saca una linterna y te ilumina la cara y parece un consejo desahucando por los faros delatoros de un automóvil.)

(Bueno, olvidaciones de eso. Pero lo de Paul no me hace mucha falta; parece que son los felices de... No importa, usted tiene lo que queramos, doctor Hland, y se lo quitaré ahora mismo...)

... debe de notarme al volver, al rickido seguro que la presencia de la pistola hace parecer mecos ridiculos, a vez trata de estar a la altura...

En realidad no sé de qué está hablando.

«Una vez la vida oscura. (Claro que no, doctor Hland. Usted sabe que me refiero al ahora ¿verdad...? No se preocupe, le irá a recoger antes de las seis.)

[No. Lo que quiero es su ojo...]

Paul vuelve a mirar la vista tiene los rodillos entre los dientes. (Oh, Dios, papá, perdón, perdón, perdón...) susita.

¿El ojo?

[Su ojo gótico, su ojo de vi-

ción, me objeto repulido de su débil ingenuidad. ¡Nota cómo permanecí también inerte en su compañía se mueve? Supongo que le habrá hecho pasar más de un mal momento desde el accidente, no se puede decir que lo favorezca. Sin embargo, es mejor que nada. Mejor mejor... ¿Qué, de qué está hablando con que voy a morir no puedo dejar de temblar...

[Su hijo inventó ese ojo, doctor Bland, su brillante hijo que se especializó en micrografías, aunque un ojo que muestra que lo utilizamos en un test. No hasta más adelante... Fue una operación delicada. Requiere mucha organización montar su accidente o internarlo en Stenopatia. Pero la historia... tenemos amigos en todas partes. Recuerda eso, Paul...]

[El ojo es un monitor, doctor Bland, y ha grabado cada uno de sus pensamientos durante todo el año pasado...]

lo han conseguido todo, todas las detalles de la investigación y el proyecto. Dios, un traidor en mi propio cuerpo Paul nunca pudo ayudarnos como lo haré yo me pregunto si hay algo que no haya pensado desde el accidente ¿qué una ligera amnesia no me permite a pensar ahora, como antes en... hombre anclado deliriosamente en un mundo de ideas abstractas con la mano en órbita alrededor extremos verti-

cal de centro de gravedad detenida el pensamiento vuelve a divergir concentrado ahora: nunca tomé esa línea...

...ocho ocho ocho, Dios, tengo miedo ¿qué va a hacer?

[Supongo que cuando lo analizamos encontraremos un importante muestra de fuerza. Necesitamos paciencia para analizar el valor de la... al interior. Pero entre la ciencia capitalista que hay en su mente, doctor Bland, encontraremos las ganas de su saber científico... En realidad, sabemos todo cuanto usted sabe, que comprende...?]

... todo... hasta el último detalle...

[Y estoy seguro de que encontraremos lo suficiente como para convencer a Paul de que... entre su mente, porque en su mente es un hombre realmente notable. Un hijo de quien me gusta mucho, doctor Bland... y le dije cuando de esta Paul, que era la verdadera razón de la falta y débil tentativas de cambiar de banda, o sea por mí como? de manera tarde nunca lo sabré y en realidad ya no importa...]

¿Cada pelo rojo que veses... Mark... Jenny... nombres de estos...]

¿Laura? siempre así con tristeza y yo pienso que pronto...

[Adiós, doctor Bland. Tenga la certeza de que su recuerdo perdurará... ¡Ah, Central! Esta grabación se acaba ahora.]

Frederik Pohl (n. 1912) es autor (junto de colaboradores con Cyril Kornbluth y Jack Williamson) de cinco novelas y diez cuentos de ciencia. Es "La mortífera misión de P. Snodgrass" uno de sus libros de lo que significa el crecimiento demográfico.

## LA MORTÍFERA MISIÓN DE P. SNOODGRASS

Frederik Pohl

ESTA ES LA HISTORIA DE FREDERIK SNOODGRASS, INVENTOR. Snodgrass construyó una máquina del tiempo.

Construyó una máquina del tiempo y en ella retrocedió unos dos mil años, hasta la época del nacimiento de Cristo. Se dio a conocer al emperador Augusto, a su esposa Livia y a otros ricos y poderosos romanos del momento y, después de conseguir rápidamente la amistad de todos ellos, consiguió su cooperación para llevar a cabo una rápida transformación de los hábitos de vida del Alto Imperio. [Bebió la idea de una novela de ciencia ficción de I. Sprague de Camp, titulada (que me sigue las similitudes.)]

La máquina del tiempo de Snodgrass no era muy grande, pero se comanda al por lo tanto seleccionó su organismo por-

medio en sí mismo el máximo de ayuda inmediata a los habitantes del mundo. Los usó principalmente de la antigua Roma con la sociedad y las enfermedades, el dolor y la muerte. Snodgrass decidió llevar la salud al mundo romano, o impedir con la medicina del siglo veinte que la gente se suicidara. Todo lo demás era simple, una vez que la cosa humana se liberase de las terribles plagas y muertes prematuras.

Snodgrass introdujo en Roma la penicilina y la neurocirugía y la odontología sin dolor. Pauló cirujales para lentos y explicó las técnicas quirúrgicas para extirpar las cataratas. Enseñó el uso de la anestesia y la técnica microscópica de las enfermedades, y los mostró cómo se podía el agua potable. Construyó fábricas de pulcras de papel y enseñó a

los recursos a cubrir la boca cuando tocan. Eligió —y lo considero— tapes para las abomas rumiantes, y promovió la prístina de la dieta balanceada.

Snodgrass llevó la salud al mundo antiguo, y conservó también la repa. Vivió más de cien años. Morió precisamente en el año 100 después de Cristo, muy satisfecho.

Cuando Snodgrass llegó al gran palacio de Augustus en el Monte Palatino, había unos dieciocho cincuenta millones de seres humanos en la Tierra. Conoció a la familia imperial de que componían esa bendición con todo el mundo, beneficiando no sólo a los cien millones de súbditos del Imperio sino también a los otros cien millones de Asia y los diecenas de millones de África, el Hemisferio Occidental y todas las islas del Pacífico.

Todo el mundo se volvió sano.

La mortalidad infantil bajó en seguida de noventa muertes en cada cien a menos de dos. La expectativa de vida se duplicó inmediatamente. Todo el mundo estaba sano, y decenas de millones sabían teniendo más hijos, que crecían sanos y llegaban a la madurez y a su vez tenían más hijos.

Una población sana que no era débil para no poder duplicarse en cada generación, si de veras se lo propone.

Los romanos, los galos y los mongoles eran sanos. Cada treinta años la población del mundo se multiplicaba por dos. En

el año 30 después de Cristo la población del mundo era de quinientos millones. En el año 60 después de Cristo era de mil millones. En el momento en que nació Snodgrass, muy contento y feliz, la población era tan grande como la de hoy.

En una lista que Snodgrass se trajo consigo en su máquina del tiempo para transportar los planes de los barcos de carga, y los textos de tecnología para preparar las herramientas que fabricarían las segadoras mecánicas que permitirían cosechar en los campos; los turbinas de vapor de triple expansión que generarían la electricidad necesaria para mover las máquinas que producirían funcionamiento las ciudades; toda la tecnología que los dos mil años subsiguientes habían logrado.

Feroz se la tuvo.

En consecuencia, a la fecha de su muerte las condiciones ya no eran del todo perfectas. Mucha gente pensaba humano. Mucha tenía dificultades de visión.

En general, Snodgrass estaba satisfecho, porque para todos sus cosas había sido dada solución. Con una población mundial sana, el mundo humano sería simplemente un estímulo para la investigación. La infinita naturaleza, después de haber sido estudiada en sucesos, podía mantener, separadamente, a cualquier cantidad de seres humanos.

Y la manera de vivir. Ya

mucho antes de la muerte de Snodgrass las máquinas de vapor solían usar para regar los campos y producir así alimentos. El Nilo fue controlado en Asuán en el año 55. Cables aéreos por tuberías complejaron a los campos de bayas en Roma y Alejandría antes del año 75 después de Cristo, y los globos fueron liberados por bombas y truenos motores Diesel que impulsaban los barcos de víveres a través del Mediterráneo unos pocos años más tarde.

En el año 200 después de Cristo el mundo tenía algo más de veinte mil millones de almas, y la tecnología corría pareja con la expansión. Aviones impulsados por energía nuclear habían despegado el Transatlántico Wald, desde los barcos de Yuzo sin un solo piloto, y un fertilizante fabricado con agua de mar producía fantásticas cosechas de alfalfa. En el año 300 después de Cristo la población del mundo era de dieciséis mil millones. La fuente de hidrógeno estaba del uso cantidades fabulosas de energía; la transmutación atómica convertía en alimentos cualquier clase de materia. Esto era necesario, porque ya no había más sitios para granjas. La gente empezaba a vivir apretada en el mundo. A mediados del siglo séis, los veinte millones de miles cuadradas de superficie firme del planeta habían sido tan bien explotadas que ningún ser humano que estuviera planeado firmo po-

día entrar los barcos en ninguna dirección sin tener a otro ser humano.

Fue todo el mundo un desierto, y la ciencia seguía adelante. Secaron los mares, lo cual inmediatamente triplicó la superficie firme disponible. (En cincuenta años el fondo de los mares estaba también colonizado de gente.) La energía que antes había salido de la fusión del hidrógeno marino llegaba ahora del aprovechamiento total del sol, mediante unos "espajos" gigantescos compuestos por fuerza pura. Los otros planetas se balancean, por supuesto, pero con ya no importancia, porque en las décadas siguientes fueron desintegrados para extraer la energía que había en sus núcleos. Lo mismo ocurrió con el Sol. Sólo un continuo prodigo de energía conseguía mantener la vida en la Tierra de modo tan artificial, con el tiempo, cada estrella de la Galaxia suministraba toda su energía a la Tierra, y había planes para utilizar la galaxia de Andromeda, que alimentaría toda la expansión necesaria durante... treinta años.

A sus altura habían una colisión.

Suponiendo que el peso promedio de las personas fuera de unos cincuenta kilos —o números redondos,  $5 \times 10^2$  gramos—, y calculando una duplicación constante de la población cada treinta años (siempre ya no existía nada que se llamase "año"), pues el sol había sido desintegrado; ahora una Tierra solitaria flotaba

sin rumbo hacia Vega), se descubrió que en el año 1870 la masa total de carne humana, leches y sangre pesaba 6 a  $10^{17}$  gramos.

Esto presentaba un problema. La masa total de la propia Tierra era de sólo 5,98 a  $10^{24}$  gramos. La humanidad ya vivía en curvas, penetrando la costosa tecnología y el béisbol y consumiendo el complicado método de ferrocarril; hacia 1870 toda el azúcar se había transformado en bombones y mujeres vivantes, y para hacer los típicos trépanos que horadan masas de sus propios cuerpos, una pelota de comprimidos y palpitantes cadáveres vivientes que flotaban en el espacio.

Además, la simple aritmética mostraba que la crisis no terminaba aquí. En un tiempo finito la masa de seres humanos equi-

valdría a la masa total de la Galaxia, y en un poco más de tiempo equivaldría y superaría la masa total de todos los galaxias.

Este estado de cosas ya no podía ser tolerado, y entonces pedíam en marcha un proyecto.

Con dificultades distrajeron algunos recursos para permitir la construcción de un pequeño pero importante aparato. Era una máquina del tiempo. Con un voluntario a bordo (seleccionado entre los 100 billones que se ofrecieron) retrocedió al año 1. El único cargamento que transportaba era un rifle de caza con una bala, y con esa bala el voluntario asesinó a Sostojanos mientras éste cabía al Monte Palenau.

Para terminar (aunque potencial) alegría de varios trillones de personas que no nacieron nunca, expresen felicitamente las Tinoblas.

Título del original en inglés: The Deadly Mission of F. Sostojanos  
Profesorado de Marco Gullies

Después del cuento de Frederik Pohl, los cálculos de Isaac Asimov para el mismo tema.

## LA POTENCIA DE LA PROGRESIÓN

Isaac Asimov

VIVO, COMO MUCHO (O SEA, LA mayor parte del tiempo), en la bahadilla de una casa suburbana de clase media más bien modesta pero razonablemente cómoda.

Soy soltero, siempre lo he sido y, con razonable suerte, siempre lo será, ya que se me paga generosamente por hacer lo que más quiero hacer en el mundo. Mi escala de vida no es prodigiosa, porque no pido a la vida mucho más que una máquina de escribir eléctrica que funcione y una constante provisión de papel en blanco; pero lo que quiero lo tengo, o lo puedo conseguir.

No tengo paciencia ni complejos, de modo que soy un poco desaliado en ambos sentidos. Mi actividad son (y siempre han sido) una consideración hacia mis sentimientos que nunca me han dicho una palabra de mal humor. No tengo problemas con los autori-

dades y (también con razonable suerte) espero no tenerlos nunca.

En suma, vivo, sumergido en mi trabajo y en mi satisfacción, en la nación más rica de la Tierra, en el período de máximo poder de esa nación.

Qué historia entonces que todo esto sea ilusión, y que yo no pueda descubrir la verdad. Mi vida de comodidad no es más que una burbuja tranquila en un torrente que se precipita hacia la catástrofe total. No veo nada que impida esa catástrofe, y sólo puedo mirar con horror impotente.

El mundo puede expresarse con una sola palabra: Población.

Muchos se lamentan de la "explosión demográfica", pero pocas veces especifican, y se preocupan, en qué momento descartada por los obesos y los indolentes. Parecería que la población siempre ha estado expandiéndose.

as, y el nivel de vida ha subido con ella, ¿no es así?

Después de todo, más trabajo y más cerebros significan más ocupación y más inventiva; por consiguiente, más progreso. Un millón de hombres pueden hacer más que diez, y sus capacidades sumadas compensan con creces las dificultades adicionales introducidas por las interacciones de un millón en lugar de diez.

Y la prueba es ahora en los resultados. La población de la Tierra en 1928 se calcula en 2.520.000.000, una cantidad muy superior a la de cualquier época de la historia. Sin embargo, el nivel general de vida en la Tierra, en 1928, es también mucho más alto que en toda la historia. Esto no quiere decir que no haya cientos de millones que pasan constantemente hambre, cientos de millones que están epidémicos, atomizados y esclavizados... pero en el pasado siempre ha sido peor.

Entonces, ¿por qué nos preocupamos? ¿Por qué nos podemos preocupar por la población y el nivel de vida continuando elevándose simultáneamente?

Este tipo de enfoque me recuerda el cuento del hombre que se cayó del Empire State Building. Cuando caía por el décimo piso se le cayó un martillo: "¡Eureka, he caído bastante poco y hasta ahora, voy bien".

¿Qué les parece al observador la historia de la población de la

Tierra, considerando los mejores cálculos estimativos disponibles?

Los ecólogos optimas que la provisión alimentaria preagrícola —que se podía obtener cazando, pescando, juntando frutas y raíces silvestres, etcétera— no podía mantener a una población mundial de más de veinte millones, y lo más verosímil es que durante la Edad de Piedra la población real no haya sido más que un tercio o la mitad de esa cifra, cuando más.

Esto significa que, ya en el año 6000 a.C. la población mundial no puede haber llegado a más que entre seis y diez millones de personas, más o menos la población actual de Nueva York, Shangai o Tokio. (Casualidad de la desmemoria Anónima, los indios que juntaban alimentos, comparado lo que se ahora Estados Unidos, no eran probablemente más que unos 200.000, que se como imaginas la población de Dayton, Ohio, distribuida en todo el país.)

El primer gran salto en la población mundial vino con la introducción de la agricultura; cuando las civilizaciones riberas del Nilo, el Tigris-Eufrates y el Indo comenzaron, mediante la irrigación, a cultivar alimentos en grandes cantidades, en vez de juntarlos. Esto permitió establecer una población mucho más densa que la que hasta entonces había podido existir en esas zonas.

De allí en adelante, el in-

cremento de la población fue paralelo a la apertura de nuevas tierras para la agricultura. A principios de la Edad del Bronce, la población mundial era quizá de veintidós millones; a comienzos de la Edad del Hierro, setenta millones.

En el momento en que se inició la era cristiana, la población mundial puede haber sido de unos 120 millones, con un tercio concentrado en el Imperio Romano, otro tercio en el Imperio Chino y el demás disperso por el resto del mundo.

La caída del Imperio Romano significó una disminución local de la población, pero el golpe directo se concentró en Europa Occidental, y es dudoso que la población mundial haya bajado mucho, si bajó. Además, hacia el año 1000, la invención de la herradura, el collar para caballos y el uso de reja, habían convertido al caballo en un eficaz animal de labranza, de modo que la fría y húmeda tierra boscosa de Europa noroccidental podía ser despojada y dedicada a la agricultura. Hacia 1000, la población mundial llegó a los quinientos millones.

Exploradores europeos descubrieron 25.000.000 de nuevas cantidades de nuevas tierras en las Américas y en otras regiones, y la Revolución Industrial aumentó la productividad agrícola, de modo que la necesaria proporción entre agricultores y no agricultores comenzó a bajar. La agricultura

podía mantener cada vez a más personas por acre de tierra cultivable. En 1600, la población mundial era de 500 millones; en 1700, de 1.000 millones; en 1850, de 2.500 millones; en 1928 es, como se dijo antes, de 2.520 millones.

Mirando esas cifras, consideremos cuánto tiempo tarda en duplicarse la población de la Tierra.

Hasta el año 100 d.C., la población de la Tierra se duplicaba, como promedio, cada 1.400 años. Esta es una tasa de duplicación sumamente baja, teniendo en cuenta que si cada pareja cuando tiene cuatro hijos y luego muere, la población de la Tierra se duplicaría en una sola generación de treinta y tres años, digamos. ¿Es posible que nuestros antepasados prehistóricos y antiguos no quisieran cómo hacer para tener hijos?

Claro que no es así. Tendían hijos con toda la facilidad que nosotros encontramos hoy. El problema es que la mayoría de los niños morían antes de cumplir cinco años. Crecer hasta la madurez era algo relativamente raro, e incluso quienes lo conseguían tenían muerte al viento las posibilidades treinta y tres años. La vida era entonces amarga y dura, y la muerte estaba siempre presente.

La increíble brevedad de la vida está claramente registrada en la literatura mundial, pero los tiempos han cambiado y nosotros

civilizadas e interpretamos mal.

En la Edad, Homero habla de Néstor, que "sobrevivió a dos generaciones de sus afilidos y criados sobre una terraza". Naturalmente, lo imaginamos como a un hombre muy, muy anciano... pero no lo era. Probablemente haya vivido una o veinte años; eso habría bastado para que informara a casi todos los padres e hijos de su reino y gobernara sobre los reinos.

Con todas las sociedades primitivas eran gobernados por "ancianos" de uno u otro tipo. Los romanos tenían su "Senado", que simplemente viene de una palabra latina que significa "viejo", de modo que un senador es un anciano latinizado. Ahora, en consecuencia, se cree que estas sociedades eran dirigidas por viejos curules y senales (la misma raíz que es "senador").

¡Qué disparate! En las primeras sociedades, cualquiera que pasara de los treinta y cinco años era un "anciano". Si quisiera una interesante corroboración de este hecho, recordara que para pertenecer a nuestra propia clase de ancianos gobernantes, el Senado de los Estados Unidos, se requiere una edad mínima de treinta años. A los padres de la patria, en 1787, les pareció que esta vejez era suficiente para los fines propuestos. Si hoy respaldáramos de nuevo, aparte a que habríamos fijado el mínimo en cincuenta años, por lo menos.

Incluso en la época de Shal-

peare, la idea de vejez era distinta de la nuestra. Ricardo II empieza con la maravillosa línea "Anciano John de Gaunt, venerable Lancaster", de modo que en cualquier producción de la pieza el anciano Gaunt es presentado inevitablemente como un hombre de unos veinte o treinta años, que apenas comienza arrastrarse por el escenario. En realidad, en la época en que se escribió la obra, el venerable Lancaster tenía cincuenta y ocho años.

Tal vez ustedes crean que Shakespeare ignoraba esto... Pues bien: en Ray Lenz, el Duque de Kent se describe a sí mismo en determinado momento diciendo: "Tengo cincuenta y ocho años sobre las espaldas", y más adelante, en la misma pieza, le llama "anciano refrito".

Veamos, entonces, por qué el primer diosno mandamiento al género humano que aparece en la Biblia es: "Fructificad y multiplicad, y poblad la tierra..." (Génesis 1:28).

Si en las antiguas condiciones el hombre no era fructífero, no se multiplicaba. Sólo teniendo la mayor cantidad posible de hijos podía contar en que una vez o dos sobreviviera el tiempo suficiente para tener hijos propios.

(Pero los tiempos han cambiado. La tierra está poblada, y ya no hace falta ser interminablemente fructífero para que una vez o dos puedas sobrevivir. Entonces toman otras palabras de la

Biblia, aplicadas a una serie de condiciones, o tratan de aplicarlas (inevitablemente a una serie muy diferente de condiciones, cuando a la más humana un error se perpetúa. Si hubiera un término teológico, diría que trabajas para el Diablo.

A medida que mejoraban las condiciones, y bajaba un poco la tasa de mortalidad, mientras aumentaba la expectativa de vida, el tiempo requerido para duplicar la población de la Tierra disminuyó. Esto es un cálculo tentativo respecto del "tiempo de duplicación" en diversas etapas de la historia:

hasta 100 d. C.	1.400 años
100-300 d. C.	600 años
300-1000 d. C.	250 años
1000-1800 d. C.	90 años
1800-1950 d. C.	70 años
1950-1958 d. C.	47 años

Ya ve ustedes, entonces, que lo peor no es simplemente que está aumentando la población; es que aumenta la fase misma en que crece la población. Esto es lo que la convertiría en una situación explosiva. Y la situación es peor en las zonas donde nunca puede darse el lujo de ser mala. En las islas Filipinas, la tasa actual de crecimiento significa un tiempo de duplicación de sólo veintidós años.

Esta reducción de los tiempos de duplicación ha sido provocada por una disminución de la expectativa de la tasa de mortalidad. Las tasas de natalidad han bajado también, pero no lo

suficiente, ni mucho menos, para compensar, y han descendido mucho en las partes "subdesarrolladas" del planeta.

¿Qué podemos hacer ahora?

Para tomar decisiones, tengamos en claro una cosa. No se puede permitir que esta situación continúe. No me refiero a que no se puede permitir que continúe disminuyendo el tiempo de duplicación. Es algo peor. Ni siquiera se debe permitir que el tiempo de duplicación permanezca donde está.

Oh, hay optimistas (y a este respecto me resulta difícil referirme a ellos con sus palabras; prefiero considerarlos idiotas) que creen que basta con poner fin a las guerras, establecer la tranquilidad mundial e impulsar la ciencia para que podamos absorber el incremento de la población. Sólo tenemos que cultivar inteligentemente, utilizar abundantemente con inteligencia, usar con eficiencia el carbono como fuente de alimentos, agua dulce y minerales, desarrollar la energía de fusión, aprovechar la energía del Sol... Entonces podremos mantener fácilmente a una población mucho mayor que la actual. He visto declaraciones afirmando que la Tierra, gobernada como es una Utopía, podría mantener con comodidad a cincuenta mil millones de seres humanos.

Pero ¿y entonces qué? ¿Qué puede impedir que la población siga aumentando? ¿No haría tal-

ta alguna forma de control de la natalidad? En otras palabras: si el mayor optimista puede asegur la necesidad de controlar tarde o temprano la natalidad; simplemente dice: "¡Todavía no!"

¿Es posible que ese optimista piense que al momento en que la población de la Tierra llegue a cincuenta mil millones (o cualquier límite amplio que él [E]a] está tan lejano que nadie tiene por qué preocuparse ahora? O, por otra parte, ¿piensa que cuando se llegue a los cincuenta mil millones un científico suficiente científico hará posible mantener a cantidades así mayores, y así sucesivamente, hasta el indefinido futuro?

Si es así, el optimista no tiene la menor idea de la velocidad de crecimiento de una progresión geométrica. Claro que así nadie tiene la idea. A ser así podemos decir que esa velocidad de crecimiento.

Dado que la población de la Tierra es de 1.500 millones de personas, y que se duplica una vez cada cuarenta y siete años, podemos usar esta ecuación:

$$(1.500.000.000) 2^{x/47} = y$$

[Ecuación 1]

Esto nos indica el número de años (x) que tardaremos en llegar a una población mundial de y, suponiendo que la tasa de duplicación permanece absolutamente constante. Resolviendo y en la Ecuación 1, obtenemos:

$$x = 47 (\log y - 6.84)$$

[Ecuación 2]

Y si nos preguntamos ahora

cuánto se tardará en llegar a una población de cincuenta mil millones que, según creen los optimistas, la Tierra puede mantener con tal de que establezcamos una Utopía?

Bueno, si se fija y en cincuenta mil millones, entonces log y es 10,78, y x equivale a 182 años.

En otras palabras: si la tasa de duplicación continúa exactamente como es ahora, habremos llegado a una población mundial de 50.000.000.000 en el año 2151.

¡Hace falta el más descabellado optimismo para pensar que en un lapso de tiempo semejante al de la existencia de la Constitución de los Estados Unidos [nueve generaciones] vamos a poder abolir la guerra y establecer el tipo de Utopía nacional que ha sido posible y cómoda una población tan numerosa.

Aun entonces estaríamos mucho más cerca de una colosal catástrofe si algo más sucede, con cincuenta mil millones de personas pasando sobre la Tierra en lugar de los tres mil quinientos millones actuales. ¿Y si la población sigue aumentando aún más allá de la marca de los cincuenta mil millones? ¿Podríamos seguir viviendo en que la ciencia permitiría poblaciones más numerosas? ¿Hasta dónde pueden llegar las poblaciones en su futuro razonable?

¡Sigamos adelante y veamos...!

La isla de Manhattan tiene una superficie de 22 millas cuadradas,

una población de 1.700.000. En pleno día laboral, cuando viene gente a Manhattan desde las zonas adyacentes, la población salta por lo menos a 2.000.000; en ese momento, la densidad de población es de 100.000 personas por milla cuadrada.

Supongamos que toda la Tierra estuviera tan densamente cubierta de gente como Manhattan a la hora del almuerzo. Supongamos que el desierto del Sahara estuviera cubierto con esa densidad, y los montes Himalaya, y Groenlandia, la Antártida y todo lo demás. Supongamos que tapáramos con tal densidad todos los continentes y sólo ellos optimistas mundialmente gente como en Manhattan a la hora del almuerzo.

La superficie total de la Tierra es de 200.000.000 de millas cuadradas. Si toda estuviera poblada con la densidad de Manhattan, la población mundial sería de 20 billones. ¿Cuánto tardaríamos en alcanzar esa cifra?

Como lo indica la Ecuación 1, la respuesta es una cifra considerablemente pequeña: 285 años. Hacia el año 2334, a la tasa actual de crecimiento, la superficie de la Tierra se convertiría en un solo y enorme Manhattan.

Claro está que ustedes pueden decidir no dejar que se siga así con la vida. Después de todo, a veces ocurre ciencia ficción, y si todo lo necesario sobre viajes espaciales.

No hay duda de que hacia el año 2334 d. C., los hombres an-

darán corriendo por todo el sistema solar, y por consiguiente podrán poblar los planetas, que entonces podrán absorber parte del exceso de población terrestre.

Lo siento, pero no basta. En los próximos 47 años tendremos que exportar 1.500 millones de personas a la Luna, a Marte y a Júpiter, más allá de lo que puede soportar como planeta a la Tierra. ¿Alguien cree que podemos hacerlo en 47 años? ¿Alguien cree que la Luna, y Marte, y cualquier otro planeta, pueden ser acondicionados para mantener a 1.500 millones de personas en los próximos 47 años, aunque pudiéramos llevarlos allí?

Veamos un poco más lejos. Hay unos 125.000.000.000 de estrellas en la Galaxia. Algunas de ellas pueden tener planetas habitables, en el sentido de que los habitantes podrían vivir en ellos sin necesidad de acondicionamientos prohibitivos.

Por supuesto que no podemos llegar a esas planetas, ni ahora ni en el futuro previsible, pero supongamos que pudiéramos. Supongamos que pudiéramos trasladar seres humanos instantáneamente a cualquier planeta que quisiéramos con un simple castillete de los dedos y sin otro gasto de energía que ese. Y supongamos que en la Galaxia hubiera una increíble abundancia de planetas habitables, supongamos que cada estrella de la Galaxia tuviera diez planetas de ese tipo. ¡Habría entonces en la Galaxia

1.200.000.000.000 de planetas habitables.

Supongamos, además, que la misma ocurrencia con todas las demás galaxias, y que (como antes suponíamos algunas), existan cien mil millones de esas galaxias. Esto significa que habría un total 120.000.000.000.000.000.000 de planetas habitables.

Finalmente, ¿qué pasa si seguimos catalogando los datos y trasladando gente hasta que cada uno de esos planetas esté poblado con la densidad de Manhattan? La población total del Universo sería entonces de 2.700.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000, o sea 2.700 billones de billones de billones.

¿Cuánto tardaríamos en llegar a esa población? Ahora que estamos hablando de billones de billones de billones de personas, tal vez parezca que podemos esperar millones de años para llenar el Universo de este modo imposible. Si así lo creen, sigan sin entender la potencia de una progresión geométrica.

A la tasa actual de aumento de la población, tardaríamos apenas 4.200 años en llegar a una población de 2.700 billones de billones de billones. Hasta el año 5170 habremos consumido de gente el Universo, de una punta a la otra. Cada estrella de cada galaxia será cada uno de sus diez planetas manteniendo en cada punto de la superficie una población semejante a la de la zona de más actividad en Manhattan.

¿Creen ustedes que no pueda ser aún más extremo? Supongamos que los adelantos científicos del hombre logaran convertir toda el Universo en alimento, y aumentar energía del hiperspacio. ¿Cuánto se tardaría en convertir toda la masa del Universo conocido en carne y sangre humana? El Sol tiene una masa de 4.400 millones de billones de billones de libras. Calculamos el peso promedio de un ser humano en 130 libras, y comprobamos que si el Sol se convirtiera en gente, representaría una población de 40.000 billones de billones.

Multiplicamos eso por 135 mil millones para convertir en gente la Galaxia; multiplicamos eso de nuevo por 100 mil millones para convertir en gente todas las galaxias, volamos a multiplicar eso por 100 para incluir el polvo y desechos que existen en el universo, aparte de las estrellas, y la masa total del Universo convertida en gente equivale a una población de 54.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000, o sea 54.000 billones de billones de billones de billones.

¿Cuánto tardará nuestra progresión en llegar a eso? Ya no tendrían entonces demasiadas esperanzas. Tardará 8.700 años. En el año 8700 se nos habrá terminado todo el Universo, y eso es todo.

En otras palabras la ciencia, haga lo que haga, no puede mantenerse al paso de la población por mucho tiempo.

Es un hecho absolutamente cierto que no vamos a multiplicarnos a nuestra tasa actual hasta que consumamos todo el Universo, e incluso hasta que simplemente cubramos las superficies de todos los planetas. Como que serían de acando conmigo en que el optimismo más extremo no nos llevaría más allá de la conversión de la Tierra misma en un enorme Manhattan. Esto significa que tenemos, como límite máximo, el año 2534. Nos quedan apenas un poco más de cinco siglos y medio.

Lo que sucede para disminuir la tasa del incremento de la población, o reducir por completo disminuyendo una población estable, tiene que suceder antes del año 2534. No diga "debevia" ni "tardaría que" ni "podría". Digo muy definitivamente "tiene".

¿Pero ¿cómo vamos realmente a disminuir ese tiempo? ¿Qué significa un Manhattan en todo el planeta?

La masa total de objetos vivientes sobre la Tierra se calcula en 20 billones de toneladas, mientras que la masa actual de humanidad sobre la Tierra es de unos 500 millones de toneladas. Esto significa que la humanidad constituye el 1/400.000 de la masa total de vida en la Tierra. Para una sola especie es bastante.

Toda la vida es sustentada mediante la fotosíntesis vegetal (con algunas excepciones inusuales entre las bacterias). Los animales pueden sobrevivir únicamente consumiendo la energía quí-

mica (alimento) que las plantas convierten a partir de la energía solar. Incluso los animales que comen animales viven solamente porque los animales comieron vegetales; o si también comieron animales, éstos comieron plantas. Por más que se prolongue la cadena, al final se llega a las plantas.

Se calcula que la masa total de los que comen, en una cadena alimentaria, no debe pasar de un décimo de la masa total de los comidos, para que unos y otros puedan sobrevivir en un nivel de población estable. Esto significa que toda la vida animal tiene una masa de 2 billones de toneladas, y la masa de la humanidad es una diezmilésima parte de eso.

Todo que la radiación del Sol es fija, y la eficiencia de la fotosíntesis también es fija, no puede aumentarse sobre la Tierra más de cierta cantidad de vida animal. Cada vez que la población humana aumenta de masa en una tonelada, la masa de vida animal no humana debe disminuir en una tonelada para dejar espacio.

¿Cuánto tardará entonces la raza humana en aumentar hasta el punto en que su masa equivalga al máximo de la masa que puede tener toda la vida animal? La respuesta: 804 años. En otros palabras: cuando la Tierra sea Manhattan, habremos tenido que disminuir casi toda la vida animal. De toda la vida animal restante no quedará nada. Todas las pe-



ces del mar, todas las aves del cielo, todas las librerías bajo tierra, hasta todos nuestros animales domésticos y cerros, desde edificios y vases hasta gases, peces y leros, tendrían que morir, sacrificados en el altar de la procreación humana.

(Piensen en eso, conservacionistas, y consideren a menudo el hecho de que al aumentar la población humana, la vida animal debe disminuir, y contra eso nada pueden hacer la devoción, el lirio y las lágrimas de ciudad. Si quisiera probar bien por la conservación, peleno mejor por el control demográfico.)

Más aún: eliminar animales no es sólo que una parte. Toda la vida vegetal tendría que convertirse en plantas para la alimentación. El día en que la Tierra no sea más que un solo y enorme Manhattan —un solo e inmensa edificio de oficinas, cubriendo todo el planeta—, las áreas como áreas sobre la Tierra, aparte de las seres humanos, serán esas pequeñas células en los techos de algunos pisos al techo del edificio.

Técnicamente, podríamos aprender a utilizar la energía solar, y transformarla en alimento sintético sin la intervención de plantas, pero ¿cómo podemos que podemos resolver esto en el nivel necesario para mantener una población de veinte billones durante los próximos cinco o seis siglos? Yo no.

Y tampoco es sólo cuestión de

conserva. ¿Qué pasa con los recursos? Con una población de 3.000 millones y el nivel actual de tecnología, ya estamos explotando el suelo, disminuyendo y agotando las minas, destruyendo las selvas y consumiendo carbón y petróleo, elementos imprescindibles, con una velocidad espantosa. Recuerden que, al aumentar la población, el nivel de tecnología y, por consiguiente, el consumo de recursos, aumentan más rápido aún.

¿Y la contaminación? Con una población de 3.000 millones y el nivel actual de tecnología, ya estamos contaminando peligrosamente la tierra, el mar y el aire. ¿Qué estamos haciendo dentro de un siglo, cuando la población sea de 14 mil millones?

¿Quéin estos problemas no sean insolubles si no los dejamos empeorar, pero aun en este caso no están sencillos sino con gran dificultad. ¿Cómo se los resolverá si el gasto de recursos y la producción de desechos empeoran cada año, como lo hacen y seguirán haciendo?

Finalmente, ¿qué pasa con la dignidad humana? ¿Hacia qué punto podemos vivir decentemente cuando machadambos de seres humanos, con sus herramientas, ocultan cada arroyo, cada valle, cada edificio, cada palmo de tierra? La fricción humana que resulta cuando desaparece el espacio y se destruye la intimidad, se hace evidente en descontento y odios crecientes, y

esta fricción empeorará terriblemente a medida que la población continúe multiplicándose.

No, tomando todo en cuenta, no veo cómo podemos permitir que el género humano aumente a su tasa actual ni siquiera por una generación más. Debemos alcanzar una modesta demografía en las primeras décadas del siglo XXI.

Y estoy seguro de que la conservación, de un modo u otro. Si no hacemos más que dejar que pase lo que debe pasar, el aumento de la población será detenido por un inevitable incremento en la tasa de mortalidad a causa de guerras y enfermedades que el empobrecimiento en la fricción y la desoperación humanas provocarán, a causa de las epidemias que resultarán del apantamiento y el

colapso tecnológico, y a causa de las hambrunas que provocará la escasez de alimentos.

La alternativa razonable es reducir la tasa de natalidad. También eso vendrá naturalmente, cuando el apantamiento y el hambre hagan menos atractiva la procreación humana, pero ¿cómo queremos esperar eso? Si lo esperamos, podría que las hambrunas comenzarían alrededor de 1960 en sitios como la India e Indonesia.

Porfinamente resumir todo del modo más franco posible. En el futuro del hombre hay una guerra entre un aumento en la tasa de mortalidad y una disminución en la tasa de natalidad, y hasta el año 2000, el no gana la segunda, generará la primera.

Título del original en inglés: *The Power of Procreation*  
Traducción de Ariel Eizeman

El autor es un ingeniero de profesión, pero también un escritor de ciencia ficción. Su obra más reciente es "The Power of Procreation", un ensayo que analiza el impacto de la población humana en el planeta y propone soluciones para reducir el crecimiento demográfico. El texto es una traducción de su obra en inglés.

El autor es un ingeniero de profesión, pero también un escritor de ciencia ficción. Su obra más reciente es "The Power of Procreation", un ensayo que analiza el impacto de la población humana en el planeta y propone soluciones para reducir el crecimiento demográfico. El texto es una traducción de su obra en inglés.

Theodore Sturgeon, "el técnico más perfecto que haya producido el género", según Damon Knight, nació en Filadelfia en 1918, publicó su primer cuento en 1939 y en 1953 la novela bilingüe que hoy nos ocupa muestra, Premio Internacional de Fantasía, A continuación nos presento al señor Costello, un curioso tipo de héroe.

## EL SEÑOR COSTELLO, HÉROE

Theodore Sturgeon

—Pasa, Costello. Y cierra la puerta.

—Con su permiso, señor.

El Patrón nunca invitaba a nadie, no a su camarote. A su oficina sí, pero aquí jamás.

Hizo un gesto brusco, y yo entré y cerré la puerta. Era un camarote tan lujoso como puede serlo un compartimiento de una nave espacial. Traté de no abrir los ojos como si fuera la primera vez que lo veía, porque era, justamente, la primera vez que lo veía.

Me senté.

El Patrón abrió la boca, la cerró, cerró la puerta de la lengua entre los labios finos. Se los lució y me hizo una entrada furibunda. Nunca había visto así al Hombre de Hierro. Decidí que lo mejor que podía hacer era no

decir nada, y no fue lo que hice.

Del vagón del medio pasó un vaso de whisky y lo arrojé sobre el escritorio.

—¡Borracha.

—Con su... —dijo.

—¿Y no me pida permiso —aparté.

Bueno, muy bien. Si el patrón quería una amable palabra de apoyo para mantener los puentes, lejos de mí... Barajé los naipes. Seis años bajo las órdenes de esta fría computadora automática de ojos de pez con cejas, y esa la primera vez que...

—¡Borracha —dijo—. Cinco naipes, con descuento. Usad juego al póker con descuento, ¿verdad, Comisario?

—Sí, señor.

¡Borracha y dejó el vaso sobre la mesa. Tenía tres tres y un par de

figuras. El patrón estudió su mano frunciendo el entrecejo, y tiró dos cartas. Otra vez me tiró echando luego por los ojos.

—Tengo póker, señor —dijo.

El Patrón soltó sus naipes como si ya no existieran, se levantó bruscamente de la silla y me volvió la espalda. Fijó la cabeza hacia atrás y clavó los ojos en el mirlo-todo, con el complejo de coordenadas de velocidad, tiempo, presión y distancia motorizada. Borrugosa, nuestro planeta de dentón, estaba ya a la distancia de una escapada —apenas un día más de viaje—, y la Tierra quedaba ahora atrás, muy atrás. Oh un ratito y bajé la mirada. El Patrón tenía las manos entrelazadas en la espalda, y se las cruzaba con tanta fuerza que le crepaba los muslos.

—¿Por qué no se descarta?

—dijo, volviéndome los dientes.

—Con su...

—Cuando yo jugaba al póker, y lo jugaba bastante al póker, si mal no recuerdo, el que se aparta averigüaba cuántos naipes quería cada jugador después del reparto, y lo daba tanto como los que descarta. ¿Y usted alguna vez habló de eso, Comisario?

—Sí, señor, sí.

—¿Y?

El Patrón se volvió hacia mí. Supongo que había estado observando con la cámara hacia el mirlo-todo, y me pregunté por qué no había destruido el vidrio protector.

—¿Por qué, entonces, Comisario

—me interceptó—, me mostró su póker sin descuento, sin rebaja, sin, señor, preguntarme cuántas cartas podía quemar por?

—Fue un instante.

—Yo... nosotros... quiero decir, señor, que finalmente no hemos jugado al póker de esa forma.

—¿Han estado jugando al póker con descuento sin descuento?

—Volvió a sentarse, y me fulminó otra vez con la mirada. —¿Y quién cambió las reglas del juego?

—No sé, señor. Sólo que... así hemos estado jugando.

El Patrón movió la cabeza, pensativo.

—¡Borracha, Comisario, dígame una cosa. ¿Cuánto tiempo pasó usted en la cocina durante la última guardia?

—Alrededor de una hora, señor.

—Alrededor de una hora.

—Bueno, señor —explotó de pronto—, era mi turno.

El Patrón me dijo nada, y de pronto se me ocurrió que esas guardias en la cocina no eran reglamentarias.

—Eso guardias —dijo rigurosamente— no van contra sus órdenes, ¿verdad, señor?

—No, no van —dijo, con voz tan suave que parecía república—. Dígame, Comisario, ¿o le molestan esas guardias al cocinero?

—Oh, no, señor! De veras le agradezco. —Yo sabía que estaba pensando en las dimensiones de

la cocina. Sin duda, en un lugar como aquel dos hombres eran una muchachada. Dijo:— De ese modo sabe que todo el mundo puede confiar en él.

—Quisiera decir que de ese modo ustedes saben que no los va a engañar.

—Buena, sí, señor.

—Y dígame —preguntó, con voz más suave aún—, ¿quién los sugirió que podía encarnarlos?

—En verdad no habría decirlo, Capitán. Fue una idea que surgió de pronto. Al comienzo no lo importa —agregó—. Si lo viera en todos el tiempo, sabe que nadie va a sospechar de él. Es natural.

Otra vez repitió más palabras.

—En natural. —Yo hubiera querido que no lo hiciera. Había querido que dejara de mirarme con esos ojos— ¿Y desde cuándo —preguntó— se acostumbra que el oficial de caballería lleve un vistazo cuando toma la guardia?

—La verdad, no habría decirlo, señor. Eso está fuera de su jurisdicción.

—No habría decirlo. Ahora puse atención, Comisario. ¿Vio alguna vez que los oficiales de caballería llevaban vistazo cuando tomaban relevo en el puesto, o vio que se jugara al póker sin descarte, antes de esta viaje?

—Buena, no, señor. Creo que no. Sépame que antes nunca se me ocurrió.

—Tampoco tuvimos antes como pasajeros al señor Costello.

—Tampoco, señor.

Ferret, por un instante, que iba a decir algo más, pero no, solamente:

—Está bien, Comisario. Esto es todo.

Salió y volvió a andar hacia papa; me sentía peregrino y fastidiado. El Patrón no tenía que andar insistiendo cosas como esas sobre el señor Costello. El señor Costello era un hombre muy simpático. Una vez, el Patrón se había metido con el señor Costello. Se habían gritado en la sala diaria. Es decir, había gritado el Patrón; el señor Costello jamás levantaba la voz. El señor Costello era un hombre bonachón como el que más. Un hombre amable, de voz suave, con una de esas caras que llamamos abiertas. Abierta y honesta. En una época había sido Triunvirato en la Tierra, el Triunvirato más joven que jamás habían nombrado, decía.

Uno nunca pensaría que un hombre tan bonachón pudiera ser tan inteligente. Los Triunviratos nunca se suicidaban, pero el señor Costello no se sentía satisfecho. Necesitaba estar en movimiento. Aprender todo el tiempo, estudiar la mano de todo el mundo, estar cerca de la gente. Quería a la gente.

No sé por qué el Patrón no se enteraba con él. Todos los días nos llevábamos con él a las mil maravillas. Y además, el señor Costello se jugaba al póker; ¿qué podía importarle, entonces, la manera en que jugábamos? Tam-  
po-

co recorda la comida de la cocina: Devala en su camarote sus propias preferencias; ¿qué más le debía importar si el cocinero inventaba o no algunas? A menos, es claro, que se preocupara por nosotros. La gente lo guiaba la gente.

Como quiera que sea, es mejor jugar al póker sin descarte. El póker es un juego decente con una mala fama. ¿Y de dónde viene esta mala fama? De los trapeiros. ¿Y cómo se trapea en el póker? Casi nunca al repetido. Es cuando se vea, después del descarte. En entonces cuando un jugador fallere sabe las cartas que tiene y sabe qué debe hacer a los otros para poder ganar. Muy bien, usted eligiera el descarte y eligiera a un hombre de cada diez trapeiros. Elegiera a los trapeiros y los hombres honestos pueden jugar con confianza.

Eso, en todo caso, era lo que sería decir el señor Costello. No porque a él mismo le interesara más una forma que otra. No era jugador.

Esté en la sala diaria y allí estaba el señor Costello con el Teniente Oficial. Me miró con una gran sonrisa y me hizo señas con la mano, de modo que me acercara.

—Venga, Comisario, místeme —me dijo—. Marquis Desobediencia, así que no tendrá muchas más oportunidades de conversar con usted.

Me sentí. El Teniente camó de golpe un libro que tenía abierto sobre la mesa, y trató de acercarlo.

El señor Costello se rió de él. —No tenga miedo, Teniente, místeme al Comisario. Puede confiar en él, es un buen hombre. Yo me sentiría orgulloso de tenerlo por camarada de a bordo.

El Teniente titubeó y levantó el libro del regazo. Era el Código Español y los Reglamentos de Tráfico. Todo oficial militarizado tiene que quedarse las portafolios con él para guardárselos. Pero no es la clase de libro con que uno acostumbra matar el tiempo.

—El Teniente me estaba mostrando todo lo que un capitán puede y no puede hacer —dijo el señor Costello.

—Buena, usted me lo pidió —dijo el Teniente.

—A ver, a ver, un momento —dijo rápidamente el señor Costello. Era una actitud muy rara algunas veces. Formaba parte de él, como el pelo que le crecía en la nariz en la coronilla y esa forma que tenía de hacer la cámara y preguntarle a uno qué era lo que acababa de decir, como el no oírme bien—. A ver, un momento, usted quería mostrarme este material, ¿no es cierto?

—Buena, sí, señor Costello —dijo el Teniente.

—Usted está colgando por su propia voluntad las limitaciones de poder que tiene el capitán de cualquier nave espacial, ¿no es así?

—Bueno —dijo el Tercero—, repongo que al leguro.

—Seguro —repitió, feliz, el señor Costello—. Dígame al Comandante la parte que termina de leguro.

—La que usted encontró en el libro?

—Usted sabe cuál. Usted mismo le leyó, ¿no es cierto?

—Oh —dijo el Tercero. Me olvidé, un poco intranquilo, y tendió la mano para tomar el libro.

El señor Costello puso una mano sobre el volumen.

—Oh, no se moleste en buscarla —dijo—. Usted la recuerda.

—Sí, recuerdo que sí —admiró el Tercero—. Es algo así como una cláusula de salvaguarda para impedir que el Patrón se le quite el poder a la cabina. Después de eso, supongamos que en un momento dado un capitán empieza a hacer cosas raras y la tripulación piensa que un híbrido se ha apoderado del puente. Bueno, algo hay que hacer entonces. La tripulación tiene el poder de elegir a un oficial y mandarlo a ver al Capitán para pedirle una explicación. Si el Patrón se aliga a él, o si la explicación no satisface a la tripulación, tienen entonces el derecho de confinarlo en sus habitaciones y poseerlos de la nave.

—Me parece que sí hablar de eso —dijo—. Pero también el Patrón tiene sus derechos. Quiere decir que la tripulación debe comunicar lo que ocurre por radio especial en el momento mismo, y luego, en el puerto más próximo, hay una audiencia y se escuchó por igual al Capitán y a la tripulación.

El señor Costello no miró y notó la enorme cabeza, pasando de abstracción. Cuando el señor Costello pensaba que una vez más le hacía sentir a uno listo de la cabeza a los pies.

El Tercero miró su reloj y se puso de pie.

—Tengo que ir a tomar el telex en el puente. ¿Deseo acompañarme, Comandante?

—Me gustaría conversar un rato con el —dijo el señor Costello—. ¿Deseo que pueda conseguir a algún otro que le sirva de testigo?

—Oh, claro que sí, si usted le dice —dijo el Tercero.

—Pero usted va a conseguir a alguien.

—Por supuesto —dijo el Tercero.

—La nave más segura en que he viajado —dijo el señor Costello—. De una estación de líneas estas cosas que la guardia nueva va a interpretar mal los órdenes.

Yo también pensaba así, y me pregunté por qué antes nunca lo hice. Vi cómo se iba el Tercero y me quedé donde estaba, sintiéndome bien, sintiéndome seguro, sintiéndome feliz de que el señor Costello deseara conversar conmigo. Yo, un simple Comandante de a Bordo, él, un ex Triunfista.

El señor Costello me observó

con su grandiosa sonrisa. Miró un ademán hacia la puerta.

—Eso parece va a llegar lejos. Buen muchacho. Aquí todos son buenos muchachos. —Puso un plato en el calentador y luego me lo alcanzó con sus propias manos.

—Café —dijo—. Mi mujer personal. El dulce que usa.

Le probé y era excelente. El señor Costello era un hombre muy generoso. Se reclinó en el asiento y mientras yo bebía me miró con su sonrisa radiante.

—¿Qué sabe usted de Borinquen? —me preguntó.

Le dije todo lo que podía. Borinquen es un sitio bastante bueno, lo que llaman "cuatro-muchos de la Tierra Normal", es decir que el clima, la gravedad, la atmósfera y la ecología se acercan a un 5000 a los de la Tierra. Hay solamente seis planetas conocidos que reúnen estas condiciones. Le hablé de la única gran ciudad y de las pieles, su industria principal. Los abrigos confeccionados con piel de gláncos duran toda la vida. Tienen un bello verde a la luz blanca, y un esplendor rojo-azul verdaderamente cálido a la luz azul, y uno puede arrugar un abrigo luego y considerarlo entre las dos naves, tan blanco y fino es. Por ser tan liviano, la piel constituyó una carga ideal para ser transportada por el espacio.

Claro que ahora había mucho más en Borinquen: lagos de líquidos azules, y productos alimenticios y semillas para el negocio de drogas, y tantas otras cosas; y supongo que si el tráfico de pieles de gláncos se agotaba Borinquen podía seguir manteniéndose. Pero las por las pieles que se cultivó el planeta, las pieles alimentaron a la ciudad en los primeros tiempos, y la mitad de la población vivía aún en las montañas dedicadas a la cría de pieles.

El señor Costello escuchó todo lo que yo le decía en una actitud que sólo puede calificarse de respetuosa.

—Recuerda que acabé diciendo: —Lamento que tenga que desconfiar allí, señor Costello. Me gustaría volver a verlo. Me gustaría ir a visitarlo en Buenos Aires cada vez que llegaran acá, aunque supongo que un hombre como usted no ha de tener mucho tiempo libre.

El señor Costello apoyó su mano sobre mi brazo.

—Comandante, si no tengo tiempo cuando usted está en el puente, lo haré. ¿Entendido?

Ah, tenía una manera tan maravillosa de hacer que uno se sintiera bien.

Y entonces, más, me levanté a su cabina. Me hizo sentar y me sirvió un plato lleno de un vino tinto muy suave con un deje a vincha que era nuevo para mí, y me mostró algunas de sus cosas.

Era un gran coleccionista. Tenía unos trozos de papel de varias colores que, me explicó, eran

ellos pedían que se utilizaban antes de la Era Espacial para pagar por anticipado los gastos de transporte de las cartas de papel. Me dijo que, estuviese donde estuviese, una sola de aquellas cosas podía significarle una inmensa fortuna. Tenía también algunas joyas, no así como él nada de eso, sino simples piedras, y una historia fantástica acerca de cada una de ellas.

—La que usted tiene en la mano —me dijo— está la vida de un rey y la vida de un imperio tan grande como la mitad de Tierra Úcida. —Y—. Han otros esteros en una época tan bien guardada que la mayoría de la gente no sabe si existe o no. Hay toda una religión fundada en ella... y ahora ha desaparecido, y junto con ella la religión.

Daba una sensación tan estática al lado de un hombre que tenía tanto y que era tan cariñoso y afable como el tío favorito de cualquiera de nosotros.

—Si usted me asegura que estos resguardos son a prueba de acido, le mostraré otra cosa que también conservo —me dijo.

Le aseguré que lo era, y además le creí.

—Si algo aprendieron los arquitectos espaciales —le dije— es que de vez en cuando un hombre necesita estar solo.

El señor Costello incluyó la cabeza hacia un lado, en ese gesto tan habitual.

—A ver, a ver, ¿cómo es eso? Espítale.

—De vez en cuando un hombre necesita estar solo. De modo que, puesto lo que piensa, cuando lo que cuenta, los resguardos de una mano están contraindicados para que un hombre pueda tener latitudinal.

—Muy bien —dijo—. Ahora déjeme que le muestre.

Abrió un maletín de mano, y de un pequeño compartimiento interior sacó un objeto del tamaño de un estuche como los de los relojes. Lo manipuló con suma delicadeza y lo depositó sobre el escritorio. Era cuadrado y tenía un fino estriado en la parte superior y dos diminutas perillas plateadas al costado. Apresó una de las perillas y se volvió a mí, sonriendo. Y se lo aseguré, con mi cargo de la línea, porque allí estaba la voz del Capitán, tan alta y tan clara como si el viejo estuviere allí en el cuartel, con nosotros. ¿Y qué más decía?

Decía:

—Mi tripulación cuestiona mi salud mental; puede usted estar seguro, sin embargo, de que si un solo hombre de a bordo cuestiona mi autoridad apostaré que aquí el patrón soy yo, aunque dicha apostación a punta de revolver.

Lo que tanto me impresionó no fue sólo la voz sino las palabras, y lo que más me sorprendió de una palabra fue el hecho de que yo mismo se las había oído decir al Patrón. Fue la vez que discutí con el señor Costello. Yo lo recordaba muy bien porque ha-

bia entrado en la sala diaria en el momento justo en que el Capitán respiraba a gases.

—Señor Costello —daría con mi voz que tiene—, usted está convencido de que mi tripulación cuestiona mi salud mental... —y todo el resto, tal cual la grabación que el señor Costello tenía. Y cuando yo dije, además—: Aunque debo advertirlo a punta de revolver. Esto, señor, es cuanto a los pasaportes; la tripulación tiene sus propios medios legales.

Hubo a continuación este al señor Costello, pero antes de que pudiera abrir la boca el tío preguntó:

—A ver, Combario, ¿siguere por ésta la voz del Capitán de su nave?

Y yo le contesté:

—Bueno, si no es, tampoco yo soy el Combario de a bordo. Si yo estubo, en persona, le el dote una palabra.

El señor Costello me palmeó el hombro.

—Tiene buen oído, Combario. ¿Qué lo parece así jaguete?

Y entonces me lo mostró, un mecanismo muy pequeño sobre la perla del alfiler que traba en la tónica, un fino hilo de alambre conectado a un botón de constante conectada en el bolsillo lateral.

—Una de mis colecciones favoritas —me dijo—. Viene. De cualquier, en cualquier momento, en cualquier lugar.

Se giró el alfiler y sacó del

cajón una perla distinta. La colocó en una ranura del estuche y apretó la perla.

Y entonces el tío prefió voz que decía: "Lamento que tenga que desambarrar allí, señor Costello. Me gustaría volver a verlo". Ya me eché a reír. Era una de las aparatos más ingeniosos que había visto en mi vida. (¿Pensar que mi voz estaba en su colección, junto con la del Capitán y sólo el espacio sobre cualquier cosa de hombres famosos y exitosos?)

Hasta toda la voz del Turner Oficial, de apenas unos minutos antes, diciendo: "Un hombre se ha apoderado del puente. Bueno, algo hay que hacer".

En suma, fue una visita maravillosa, y luego me pidió que hiciera, con sus documentos de desembarco, todo lo necesario. Así que regresé a mi oficina, y los seguí. Durante el viaje se los guardó en la caja fuerte de la Comarita de a bordo. Y los revisé y los puse los otros. Había maravillosos, tenía más que la mayoría de la gente.

Encontré uno de Central Tierra que casi me pareció familiar. Después que era un gesto. Era un A quien correspondía pidiendo a los funcionarios condes que información cada seis meses, tiempo bastante, sobre las actividades del señor Costello.

Se lo llevé, y era un error, claro está, si mismo me lo dijo. Lo arreglé de su pasaporte y adosé una nota oficial, comenzando la

destrucción accidental de una página escrita totalmente en cédulas y vitras acanaladas. Me regaló una hermosa piedra azul por hacer eso.

Cuando le dije: —Prefiero no aceptarla, no quiero que usted piense que recibí sobornos de los pasajeros —se echó a reír, pero otra de sus pedras en el galaxiador y allí salió así vez: "Recibo sobornos de los pasajeros".

Esa es un gran bromista.

Nos quedamos cuatro días en Borsiquera. Sin nada de particular, salvo que estuvo ocupado. Eso es lo que tiene de pesado este trabajo de Comando de a Bordo. Es el espacio, durante semanas y semanas sin hacer nada, y luego, cuando estamos en un puerto espacial, hay tal cantidad de trabajo que al siquiera es posible ir mucho a tierra, a menos que la estancia sea prolongada.

En realidad, nunca me importó demasiado. Soy uno de esos genios de la matemática, sabe, uno cuando para cosas cosas se tenga mucho eso, pero me jacta de hacer bien mi trabajo. Todo el mundo tiene algo en lo que sobresale, suponga. Yo me podría decirle cómo funciona el mecanismo que hace que la nave viaje a una velocidad mayor que la de la luz, pero nada me gustaría menos que confiar al Ingeniero jefe mis conocimientos de campo interplanetaria o una tabla de tipos de ruidos de piedras de granito a dólares de la T. U.

Un fulano con cara de perro y credenciales de Investigador de la Armada Espacial subió a bordo con un grabador portátil y a mí y al Tercer Oficial nos hizo recibir una ordenada de estagiadores para una especie de prueba de día no al que. El Departamento de Investigaciones de la Armada Espacial se pasa el tiempo haciendo monedas de cosas inútiles y misteriosas. Tiene una discusión con el Agente de Puerto y bajó a tierra con el cochecito para echar de apuro un trabajo en el galaxiador. Lo de siempre. Luego tuvo que trabajar fuera de hora para enganchar a un nuevo Tercer Oficial, al antiguo lo trasladaron a una corbeta que estaba por llegar, me dijeron.

Ah, sí, me fue el viaje en que el Partido renunció. Me trajeron que ya era hora. Había estado muy nervioso. Me dió la más aborrecible de las miradas esa última vez, cuando fulamos a tierra, como si no quisiera ni acercarme o echarse a floor. Había un rumor de que se había hecho loco de remate y amenazado a la tripulación con un revólver, pero yo no escuché rumores. De todas maneras, él que contrasta a los nuevos patronos en el Capitán de Puerto. No significó ningún trabajo extra para mí, de modo que se me importó demasiado.

Entusiasmado nuevamente y presiguiendo nuestro itinerario. Bóton Sigma, Nightingale y Casado y la Tierra: cristalografía química, microscopios, semillas de

alga y cristales cristalinos; perfumes, citas de música grabada, cueros de glagorte y abócher, la charnara de siempre para los meses de siempre. Y una vez más volvíamos a Borsiquera.

Bueno, una jornada hubiera pensado que un lugar podía cambiar tanto en tan poco tiempo. Borsiquera sólo es un planeta tranquilo y liberal. Había una sola ciudad relativamente grande, se da cuenta, y luego los campamentos de los estudiantes de piedra, denominados por toda la zona deshabitada. Si a usted le gustaba la gente, se instalaba en la ciudad y podía ir a trabajar en las plantas de elaboración de sistemas primas o mantenimiento o algo así. Si no le gustaba la gente, podía elegir glórcia. En Borsiquera siempre había algo para todo el mundo.

Pero en este viaje las cosas eran muy diferentes. Para empezar, un hombre con una insignia del Gobierno Planetario subió a bordo, para conversar, por Dios, las grabaciones musicales consignadas a la ciudad, y trata, además, las comodidades para hacerla. La novedad singular de que me enteré las autoridades municipales habían confiscado los depósitos —mis depósitos— y los estaban convirtiendo en barracas.

¿Y dónde estaban las mercancías, las piedras y los líquidos para exportación? ¿Dónde estaba el espacio para nuestra cargamento? En caso, se da cuenta, un conjunto de cosas distribuidas por

todas partes, todas ellas registradas en una gran oficina nueva situada de conscriptos y voluntarios para amar lio y mantener el lio. Por primera vez desde que viniera por el espacio tuve que pedir prórroga de estancia para desmantelar los cosas.

Eso me dio al menos una oportunidad, que no podía tener, de dar una vuelta por la ciudad.

Habría visto lo que era así. Daba la impresión de que todo el mundo se estaba moviendo de un lado. Todos los edificios grandes estaban siendo transformados en armazones huecos, repíetos de hilos y hilos de cocherona. Había catálogos atravesando las calles; ¡yo tenía que avanzar o yo saltar! UN TIPO PARA UNO ES UN TIPO ALGUNO. EL MUNDO ERA LAS SECCIONES.

Todo lo cual no significaba nada para mí. Pero sólo cuando vi un letrero pintado en letras blancas en la vitriera de un bar, que decía sencillamente, LA ENTENIDA, me casualmente reparé en uno de los cambios más profundos.

No había camaforos en las calles, ni uno. Solían ser uno de las estructuras tentativas de Borsiquera, vestidos con piedras de glórcia, los largos fulidosos flotando al viento que levantaban al andar, y un no sé qué de distancia en la mirada que al siquiera tenían los hombres del espacio. Ni bien entré en la sucursal, comencé a ver por todas partes los letreros de PROHIBIDA LA ENTRADA DE CACERONOS en las tiendas, los restra-

rietas, los hoteles y los tuitos.

Me detuve en una esquina, mirando alrededor de mí y preguntándome qué diablos sucedía, cuando un policarrito horripalante me giró algo desde un patullero anéctico. No supe cuál lo que dijo, así que me limité a encargarme de honoraria. El policarrito giró en U y se detuvo a mi lado.

—¿Qué te sucede, compesino? ¿Perdiste tu red?

Le dije:

—¿Qué?

Y él me dijo:

—Si lo que quieres es pasarte solo, guapo, en el Municipio tenemos solitas solitarias que te vendrán como unido al dedo.

Lo miré, asomado. Y, ante mi sorpresa, otro policarrito acoró la carona hacia del patullero. Un patullero para un solo hombre, se da cuenta. Una realmente sorprendente allí adentro.

Este segundo me preguntó:

—¿Desde cuándo te voló, rufián?

Le dije:

—No tengo red. —Le señalé la poderosa torre de mi nave, que avanzaba por encima del espacio-puerto. — Soy el Comandante de a Bordo de la nave.

—Oh, por el amor de Dios! —dijo el primero—. Podía haberme dado cuenta. Escucha, hombre del espacio, será mejor que te despliques, de lo contrario corres el riesgo de que te lanchen. Esto no es sitio para solitas.

—No lo entiendo, oficial. Yo no había más que...

—Te lo llevaré —dijo alguien. Miré alrededor y vi a una horripalante alta, de pie en el portal interior de una de un centenar de casas vacías. — Vení a recoger algunas de mis cosas —agregó—. Cuéstrale terrónes aquí adentro, no había nadie en las arenas. Hacer una hora que estoy aquí, esperando a alguien con quien marcharme.

Pareció un poco histérico.

—Bien sabes que no tienes que andar solo —le dijo una de las policarritas.

—Lo sé, lo sé. Sólo vine a buscar mis cosas. No pensaba quedarme. —Levantó un bolsito y lo lanzó. — Sólo vine a buscar mis cosas —volvió a decir, asustado.

Los policarritas se miraron.

—Bueno, está bien. Pero cuidado. Vete con el Comandante de a Bordo. Sería conveniente que te despidieras, porque que no sabe qué es lo que tiene que hacer.

—Lo haré —dijo ella, agradecida.

El patullero ya se alejaba chirriando, haciendo una baja la doble zarga.

La miré. No era bonita. Era un poco torpe y estúpida.

Me dije:

—Ahora me te pasaré nada. Vámonos.

—¿Adónde?

—Bueno, a las Barracas Criminales, supongo. Allí es donde está casi todo el mundo.

—Vengo que volver a la nave.

—Oh, Dios mío —dijo ella,

alégala otra vez. — ¿En seguida?

—No, no en seguida. Iré contigo a la ciudad, si quieres.

Levantó el bolsito pero yo se lo quité y me lo pase sobre el hombro.

—¿Están todos losos aquí? —le pregunté, de mal humor.

—¿Losos? —Bóla a andar, y yo marché a su lado. — Yo no sélo que es.

—Falso esto —insistí. Le enseñé un cartelito que decía: «SOLITAS SOLITAS SOLITAS SOLITAS SOLITAS». — ¿Qué quiere decir?

—Lo que dice, simplemente.

—¿Y tienen que poner semejante letrero sólo para decirme...?

—Ah —dijo ella—, lo que preguntan es qué significa. — Me claró una mirada extraña. — No otras cosas desahucio una nueva verdad acerca de la humanidad. Mira, traté de explicándote como lo dijeron anoche los Lucifas.

—¿Qué es la Lucifa?

—Las Lucifas —dijo ella, con voz un poco atemorizada—. En realidad, creo que no hay más que una, aunque, por supuesto, ha de haber algunas más en el establo a esa hora —añadió rápidamente—. Pero en tristes países que habitan cuatro Lucifas, como si todas hablaran al mismo tiempo, a veces.

—Signo hablando —le dije cuando se detuvo. — Soy listo para entender.

—Bueno, esto es lo que dicen. Dices que ningún ser humano ja-

más hizo nada. Dices que se necesita cinco países de esas para construir una casa, diez mil países para construir una nave. Dices que un solo par no solamente se está sin pervenidos. La humanidad es una cosa hecha de muchas partes. Ninguna de las partes es buena por sí misma. Cualquiera de las partes que quiere marchar sola daña a la gran cosa total, a la cosa que tanto ha crecido. Así, pues, estamos tratando de que ninguna de las partes se separe. ¿De qué serviría tu mano si uno de tus dedos decidiera de pronto separarse y seguir por su cuenta?

Le dije:

—Y tú crees esto... ¿cómo te llamas?

—Nada. ¿Si lo creo? Bueno, es verdad, ¿no? ¿No ves que es verdad? Todo el mundo sabe que es verdad.

—Bueno, podría ser verdad —dijo, sin entusiasmo—. ¿Y qué hacen con la gente que quiere estar sola?

—La aprehenden.

—Sepan que no quieren.

—Entonces son culpables —dijo ella inmediatamente—. Los echamos a los reos, de donde vienen los pervenidos solistas.

—Fueron ¿y qué pasa con los pibes?

—Ya nadie usa más pibes!

—¿Y qué me era lo que había ocurrido con nuestras partidas de pibes? Y yo que pensaba que con horrendas atrocidades los habían perdido en algún lado.

La el decía, como si hubiera conseguido mirarla:

—Todo pasado de malhadada ocurrencia —y cuando levanté la cabeza advertí que ella había leído con tanta aprehensión un nuevo libro.

Dícese vuelta en una esquina y en un respiradero me hizo parpadear. Se trataba de uno de los depósitos.

—Agud está la Central —me dijo— ¿Te gustaría verla?

—Seguro que sí.

La seguí cada abejo hasta la entrada. Había un hombre sentado frente a una mesa en el portal. Nola le entregó una tarjeta. El hombre la cotizó con una lista y se la devolvió.

—Un visitante —dijo—. De la mesa.

En la mesa me mostró su tarjeta de Constante de a Bordo y el hombre dijo:

—Está bien, pero al quince quedará tendido que acostar.

—No voy a querer quedarme —le dije—. Tengo que volver.

Seguí a Nola, y entraron.

El lugar había sido vaciado al máximo. De haber quedado una sencilla sala de la estructura vertical, no habría sostenido el techo. No había un solo rincón oculto, un estante, un escritorio, un colgador. Debía de haber dos mil camas, cunas y colchones extendidos, apretados, ocupando toda el piso, en grupos de a cuatro, separados apenas por un pasillo de distancia.

La luz era anegrecida.

Fuimos reflectores y proyectores ballaban cada centímetro cuadrado en un resplandor blanco-amarillento.

Nola dijo:

—Ya te acostumbrarás a la luz. Al cabo de unas noches ni siquiera la notas.

—¿Las luces nunca se apagan?

—Oh no, por Dios!

En ese momento vi las instalaciones sanitarias: duchas, bañeras, inodoros, etcétera. Todo estaba alineado contra una pared.

Nola siguió en silencio.

—Tardarán a que te acostumbraras. Es preferible hacerlo todo ahora, a plena luz, que dejar entrar al diablo por un secreto agujero. Eso es lo que dicen las Lueltas.

Solté el balde y me senté encima de él. Lo único que se me ocurrió decir fue:

—Y todo esto ¿a quién se la ocurrió? ¿De dónde salió?

—Las Lueltas —dijo ella vagamente. Luego:— Antes de las Lueltas, no sé. La gente empezó a darse cuenta. Algunos compraron un depósito... no, fue un hogar... no sé —dijo, haciendo al parecer un esfuerzo por recordar. Se sentó a mi lado y me dijo en voz baja:— Ella realmente, alguna gente se lo tomó tan bien al principio. —Miró alrededor.— Yo tampoco, de verdad. Pero o creías o tenías que hacer que creías, y por eso a otra mañana todo el mundo llegó a esto.

Hizo un silencio significativo.

—¿Y qué fue de los que no quisieron venir a las Centrales?

—La gente se ballaba de ellos. Practicaron sus empleos, las escuelas se negaban a admitir a sus hijos, los comercios no aceptaban sus tarjetas de reconocimiento. Entonces la policía empezó a llevarse a los solistas, como pasó hoy contigo. —Volvió a mirar alrededor, con una especie de resignada bondad.— Toda la habitación es muy poco tiempo.

Yo miré para otro lado, pero me topé una vez más con todos aquellos artefactos sanitarios. Me levanté de un salto.

—Tengo que irme, Nola. Gracias por tu ayuda. Oye, ¿podés luego pasar volver a la nave si los permitieron andar por allí después de a todos los solistas que entraron?

—Oh, habla con el hombre de la entrada. Ha de haber alguien esperando para ir por tu último camino. Siempre hay gente esperando para ir a todas partes.

Me acompañó. Hablé con el hombre de la entrada y Nola y yo nos retiramos a la mesa. Me quedé junto a la mesita y vi a Nola titubear y acercarse luego a una mujer que acababa de llegar. Entraron juntas. El portero me señaló con un gesto a un grupo que parecía estar esperando.

—¡Natal! —vocé.

Me topé un hombrecito gordito con una dentadura, que me dijo una sola palabra. Nos saludamos mutuamente dos veces

antes del trayecto al espacio-punto, y desapareció en el interior de una oficina. Hizo a notar, a paso acelerado, el resto del camino, señalizándose como un criminal, con que se pone era. Justo que nunca más volvería a entrar en esa ciudad entropizada.

Y a la mañana siguiente, quién se imagina usted que vino a buscarme en un automóvil blindado, con una escolta de seis patrulleros de dos hombres cada uno? ¡El señor Castillo en persona!

Fue grandioso volver a verlo. Estaba igual que siempre, corpulento, alegre y afable. No creía solo. Desgraciadamente en el rincón trasero del coche fue la rubia más hermosa que jamás me dejó sin habla. No decía gran cosa. Se limitaba a mirarme cada tanto y a susurrarme, y luego miraba por la ventanilla y se meneaba un poco el labio inferior y después miraba al señor Castillo y a él no le ocurría nada.

El señor Castillo no se había olvidado de mí. Traía una botella de aquel mismo vino tinto a la mano, y habló de los viejos tiempos igual que siempre, como si fuese un día predilecto. Hicimos una especie de ocurrencia gorda. Le conté lo de la noche anterior, lo de la visita a la Central, y quedó encantado. Dijo que sabía que me iba a gustar. Yo no me debí a pensar al me gustó o no.

—¡Fíjate en eso! —me di-



jo—. (Todo el género humano usa esta unidad. Usted conoce el principio de cooperación, Camarero?)

Viendo que no tardaba demasiado en percibirlo, me dijo:

—¡Usted falta! Dos hombres trabajando juntos pueden producir más que dos hombres trabajando por separado. Bueno, ¿qué ocurre cuando así, un millón, trabajan, duermen, comen, piensan, respiran juntos?

En la forma en que él lo decía sonaba muy bien.

Miré por encima de mi hombro y advertí que los ojos se lo dirigían, apenas. Aguardé un instante y el chófer detuvo momentáneamente la marcha.

—¡Aguarden a usted! —dijo el señor Costello balanceando por un momento que había a mi lado.

Don de los patullos se levantó sobre el abaje y corrió a un hombre. El hombre se estableció hacia la derecha, se estableció hacia la izquierda y entonces un patullo lo atropelló y lo derribó.

—¡Pobre infeliz! —dijo el señor Costello apretando el botón de Sign—. Algunos no quieren aprender.

Ora que lo estáis viendo. No sé si la mujer sabía también lo estáis. Ni siquiera miró.

—¿Eh usted al alcohol? —le pregunté.

—Oh, no —me dijo—. Yo soy una especie de cambista. Un poco de oro, un poco de plata. Puedo apañar un poco.

—¿Apañar?

—Continuó —me dijo en tono confidencial—. Ahora soy ciudadano de Eritropaea. Esta es mi patria adoptiva y la quiero. Voy a hacer todo cuanto esté a mi alcance para apañarla. No me importa el costo. Este es un pueblo que ha encontrado la unidad, Camarero. Me inspira respeto. Me hace sentirme humilde.

—Ya...

—Adiós. Soy su amigo.

—¡Aprecio su amistad, señor Costello! Bueno, lo que iba a decir, es la Central y todo lo demás. Todavía no lo tengo claro. Quiero decir que no sé si se basan o no.

—Tómese su tiempo, tómese su tiempo —me dijo con su voz suave, suave—. Nadie tiene que hacerle ser la verdad a un hombre, ¿no le parece? ¿Una auténtica verdad? Un hombre tiene que verla con sus propios ojos.

—¡Sí! —asentí—. Sí, supongo que así ha de ser.

A veces era difícil encontrar respuesta para el señor Costello.

El coche se detuvo junto a un edificio. La mujer volvió a preguntó. El señor Costello le abrió la portezuela con sus propios manos. La mujer salió. El señor Costello golpeó la pastilla de tráfico que tenía delante.

—Que sea buena, Lucía, realmente buena. Te estaré vigilando —dijo.

La mujer lo miró. Me dirigí una pequeña sonrisa. Un hombre

huyó por las escaleras y ella entró con él en el edificio. El coche avanzó.

Dijo:

—Es la mejor más hermosa que vi en toda mi vida.

El señor Costello dijo:

—¡Usted lo gana, Camarero!

Perdí en eso. Era demasiado.

El señor Costello me preguntó:

—¿Le gustaría tenerla para usted, sí?

—Oh —dijo—, ella no querrá. —Camarero, yo a usted le debo un gran favor. Me gustaría retrocederla.

—Usted a mí no me debe nada, señor Costello.

Bebimos un poco del vino. El enorme coche se deslizaba en silencio. Ahora avanzaba lentamente, por el camino de regreso al apartamento.

—¡Nacimos apañados! —dijo al cabo de un rato—. A usted le conozco, Camarero. Usted es justamente la clase de hombre que me puede ser útil. Dígan que usted es un gento de la maternidad.

—No de la maternidad exactamente, señor Costello. Sólo maternidad, estadísticas, tablas de conversión y cosas por el estilo. No podría hacer atracción ni dinero ni bróker ni nada de eso. Tengo el mejor ejemplo que podría tener en este momento.

—No, no lo tiene. Voy a ser franco con usted. No quiero tener en Eritropaea más responsabilidades que las que ya tengo, me entiendo, pero el partido me las im-

pone. Quieren orden, paz y orden: disciplina. Quieren ser tus palabras y ordenadas como sus múltiples mandatos. Ahora bien, yo podría organizarlos, claro, pero necesito un cuerpo disciplinado como el mío para mantenerlos organizados. Quiero estadísticas completas sobre tasas de natalidad y mortalidad, y luego quiero propiedades para así formular una política. Quiero tablas calíricas y racionamiento, para poder usar de la mejor manera posible nuestros recursos alimentarios. Quiero, .. bueno, usted entiende lo que quiero decir. Una vez derrotado el diablo...

—¿Qué diablo?

—Los cambistas —dijo con voz opaca.

—Pero es realmente cierto que los cambistas están perjudicando a la población de la ciudad?

Me miró, disgustado.

—Se van a las abarcas y pasan semanas a solas, consigo mismos y con sus malignos pensamientos. Son estúpidos vagabundos, estúpidos viajeros del cuerpo de la humanidad. Deben ser derrotados.

Yo no podía dejar de pensar en mis embargos.

—Y qué gana con el comercio de pieles, entonces?

Me miró como si hubiera cometido una pesadísima error.

—Mi querido Camarero —me dijo pensativamente—, ¿podría usted el precio de unas pocas pieles por encima del alma inmortal de una mujer?

Yo no lo había pensado así.

Me dijo solemnemente:

—Esto no es más que el comienzo, Comisario. Botziquen es sólo un punto de partida. La unidad de ese gran ser, la Humanidad, se difundirá a través de todo el Universo. —Caré los ojos. Cuando los abrí, el torso de órgano había desaparecido. Dijo con la voz de siempre, la voz suave: — Y usted y yo los civilizaremos cómo lo haré, ¿eh, muchacho?

Me incliné hasta adelante para mirar la esfera de la resplandeciente esfera de la nave espacial.

—A mí el trabajo que le gusta me gusta. Pero... mi contrato vence dentro de cuatro meses...

El coche viró hacia el espacio-puerto y cambió a través de la zona de oscuridad.

—O sea que puedo contar con usted —dijo con voz vibrante. Se volvió a mí—. ¿Recuerda esta pequeña historia, Comisario?

Miré un interruptor y de pronto mi propia voz llenó el recinto: "Hecho sobornar de los pasajeros".

—O sea —dijo, y dejó escapar un pu de un puje, antes de comprender a dónde apuntaba—. Señor Costello, no fui usted a utilizar sus cosas así.

—¿Por qué me tomó? —me pregunté desconcertado.

Ya habíamos llegado a la nave. El señor Costello bajó conmigo. Me dio la mano. Era tibia y cordal.

—Si cambia de idea a propósito del empleo de Constante de

a Borde cuando expire su contrato, hijo, hágaselo simplemente por el teléfono del campo. Me pondrán en contacto. Pánselo hasta que vuelva aquí. Tómese su tiempo. —Su mano me oprimió el brazo con tanta fuerza que me dio un respingo. — Pero no va a desovar mucho, ¿verdad muchacho?

—Supongo que no —dijo.

Subió al asiento delantero, al lado del chofer, y partieron zambando.

Yo me quedé mirándolo, y cuando el coche se me fue que una marcha oscura en la zona de oscuridad, voló de pronto en mí. Estaba solo al pie de la rampa. Me sentí muy expuesto.

En media vuelta y volé recorriendo a la esclusa neumática, de prisa, de prisa para estar fuera de la zona.

Aquel fue el viaje en que embarcamos al pasajero loco. Se llamaba Hysen. Era natural de Tierra Unida de Botziquen y se gobernaba para presentarse ante el gobierno. Al principio no fue problema, porque los pasaportes diplomáticos son fáciles de procesar. Llamé a mi puerta durante la quinta guardia después que partieron de Botziquen. Me alegré verlo. Esperaba a sentarse intaquinado en mi cuarto y apreciar su compañía.

No porque fuese verdaderamente compañía. Estaba loco. Aquella primera vez entró como una traba y dijo:

EL SEÑOR COSTELLO, SEÑOR

—Espere no importarle, Comisario, pero si no habla con alguien de esto terminará por perder la razón. —Se sentó en la punta de mi litera, se tomó la cabeza con ambas manos y se balanceó de atrás para adelante durante largo rato, sin decir nada. Los siguientes palabras que pronunció fueron: — Perdona —y se miró. Loco, le juré.

Pero no tardó en recuperarse. Y entonces, usted mismo ha de haber oído tal cantidad de disparos.

—¿Sabe lo que le ha pasado a Botziquen? —pregunté. Pero no quería ninguna respuesta. El tema las respuestas—. Le voy a decir qué es lo que está mal en Botziquen: Botziquen ha colapsado —dijo.

Yo continué con mi trabajo, aunque no había mucho que hacer en el espacio, pero el tal Hysen no se podía sacar a Botziquen de la cabeza.

Dijo:

—Uno no podía creerlo si no le hubiera visto. Primero la pequeña crisis, seguida en el único año donde podía existir: entre los urbanos y los cazadores. Nunca hubo conflicto alguno entre ellos, jamás. Y de pronto, el cazador se convirtió en un asesino. Cómo ocurrió, por qué, sólo Dios lo sabe. Primero, una tentativa ridícula de desmoronar que era una influencia urbana. Difícil, sí, pero podía ser un asesino en serie?

Y luego los cambios. Uno no

necesitaba probar que un cazador había hecho algo. Sólo tenía que probar que era cazador. Con eso bastaba. Y el paso siguiente... ¿podría haberse podido evitar nada más desarrollado? —Hysen gritaba más—. El paso siguiente consistió en apresar a todo aquel que tuviese ganas de estar solo y aislarlo junto con los cazadores. Y todo ocurrió tan rápidamente... ¿Cómo mientras dormíamos. Y de pronto uno empezó a tener miedo de estar solo en una habitación por un segundo. Todos abandonaron sus hogares. Construyeron barracas. Cada uno temeroso de todos los demás, miedo y más miedo...

—¿Sabe cómo le que hicieron? —pregunté—. ¿Quemaron todas las cuevas, todas las pinturas que había en Botziquen y que, descubiertas, habían sido ejecutadas por un solo artista. Y los pocos artistas que sobrevivieron como artistas... por los he visto. De a dos y de a tres, trabajaban juntos en una misma tela.

Hysen lanzó. Seguía allí, sentado, y llevaba de verdad.

Dijo:

—Hay alientos en los alrededores. Entre las cuevas. Los cazadores ciegos, los primeros ciegos, las cuevas famosas. Las pinturas se borran, se borran los colores, la gente se enturbia. Comencé a un hombre llamado Costello, venido de la Tierra hizo unos pocos meses, quizá un año o algo así, y ya se dio de media ciudad.

—Oí, entonces al señor Costello —dijo.

—¿De veras? ¿De dónde?

Le contó la del viaje con el señor Costello. Me pareció que mentaba.

—¿Unos es... otros!

—¿Yo soy qué? —preguntó, pálido.

—Unos es el hombre que presintió tantísimo en contra de su Capitán, lo arrestó, lo hizo testar.

—Yo no hice tal cosa.

—Yo soy el General. ¡Fue conmigo la audiencia, hombre! ¡Yo estaba allí! Una grabación de la voz del Capitán, además de la locura, declarando que encontraba a su tripulación a punto de rebelarse y desconocer su autoridad. Luego su testimonio grabado de que era su voz, de que usted estaba presente cuando hizo esa declaración. Y la declaración grabada del Tercer Oficial de que no todo marchaba bien en el puente. El hombre lo negó, pero era su voz.

—Espero, espere —le dije—. No lo crea. Eso hubiera requerido un juicio. A mí no me oírían por ningún motivo.

—Habíame hablado un juicio, ¿eh? Pero el Capitán empezó a desearse ahora del poder sin desearlo, de que la tripulación fuera su subordinada por el momento, de que los hombres necesitaban trabajo hasta para tener el rollo en el puente. Lo más desahogado que él en su vida. Repentinamente compren-

dió; el Capitán, quien decía. Estaba viejo, enfermo, cansado, vencido. Le echó la culpa de todo a Costello y Costello dijo que usted lo había facilitado las grabaciones.

—¡El señor Costello nunca había sospechado nada! —Soy yo que me entusiasmé con el señor Hyman en sus momentos. Le conté muchas cosas del señor Costello, del tipo apatado que era. Hyman empezó a contarme que al señor Costello lo habían robado del Triángulo por unas horas en el alto tribunal, pero eran para mentiras y no quiso escuchárselo. Le conté lo del púber, cómo el señor Costello no había sabido de los tiempos, cómo no sabía de ser coronado, cómo consiguió que la nave fuera segura para todos nosotros.

Firmado la firma en que me miró. Dijo en una especie de murmullo:

—¿Qué ha sido de los seres humanos? ¿En qué nos hemos convertido en estos siglos de paz, de confianza y cooperación, estos siglos sin conflictos? Ahora tenemos la desconfianza del hombre hacia el hombre, agarrados bajo una fina piel el pinchazo del vampiro, esperando para echarse a sí mismos y exterminarse una vez más...

—¿Qué más? —añadió de pronto, mirándose—. ¿Sabe usted a qué me he estado refiriendo? A la idea de que, pese a todos sus errores, a toda su estupidez, esta idea de Una Humanidad en Ho-

raspeta era un principio. Yo lo escuchaba, pero como era un principio, podía repetirlo. Es Costello... es Costello que no juega, pero que usa el tiempo para cambiar las reglas del juego, Costello que no come vuestra comida, para os hacer pensar que os escuchamos, Costello que prevé trescientos años de seguro viaje interplanetario pero que con la ayuda del viento hace que los oficiales de guardia desconfíen de sí mismos si no hay un testigo, ¡es Costello quien maneja las cosas sin ser visto!

—¡Oh, Dios, a Costello no le importa! No es, no, no es un principio, ¡es sólo Costello, combenido al modo en todas partes, para hacerse fuerte!

Hyman se precipitó fuera del cuarto, llevando a gritos de odio y de furia. Debo admitir que me dejó un poco trastornado. Soy yo que yo hubiera podido pensar un poco en las cosas que dijo, pero no maté antes que llegáramos a la Tierra. Estaba loco.

Elizabas el itinerario de siempre, con sus horarios, como una línea interurbana; carga, descarga, despegue, vuelo y aterrizaje. Inolvidablemente de combustible, despacho de abastos, mantenimiento. Comer, dormir, trabajar. Había una audiencia por lo de Hyman. El señor Costello mandó un apoglograma con sus conclusiones cuando se enteró de la noticia. Yo no dije nada en la audiencia, sólo que el señor Hyman

estaba trastornado, nada más que eso, y era la pura verdad. Interferencias a un Segundo Ingeniero que tocaba magníficamente el acordeón. Uno de los hombres de adentro se quedó en Gumbao. Las cosas de siempre, salvo que yo firmé el consentimiento de mi contrato sin opciones, listo para archivar.

Aquí para, a su debido tiempo volvíamos a hacer escala en Terraplan y, ¿sabe usted qué? estaba allí! La Flota Especial de la Tierra Unida. Nunca me imaginé que tuviera tantas naves.

No obligaron a cambiar de itinerario, la Armada, es claro, para desfilos y nada de infantería. Borrascosa estaba borrascosa. Había hecho allí, y algo así. No nos dejaron investigar nada ni decir una sola palabra sobre lo que pasaba, durante la conferencia. Al Patrón no lo sué de los cuñiles, y eso que usar como combustible la mitad de la carga, lo cual envió a mi hijo de servicios en ruta de un sentido. En fin, que tuve que marchar, por el momento, los papeles de mi conexión definitiva.

Y luego Sigua, donde el Patrón se quedó un par de días pero le acostumbramos de nuevo a la rutina y, en el itinerario de siempre, Nightingale.

¿Y quién diría usted que me estaba esperando en Nightingale? Nada menos que Ramsey Fowler, que había sido médico de a bordo durante mi primer viaje, años atrás, cuando escuchaba de

culo de la Academia. Había estado pueril, y parecía solamente pequeño. Pasado la alegría del primer momento, se puso serio y me miró con ojos de circunstancias. Y lo único que en el Universo sabía que él tenía un cargo importante en Nightingale, pero insignificante, que no me apareciera así en el espectáculo, justo en el momento en que salga yo!

—Te aparezco porque tú sabes, Comisario —me respondió.

Y entonces, antes que yo pudiera digerir esas palabras, empezó a confundirse a propósito. ¿Qué tal me iba, qué planes tenía.

Le dije: —He sido Comisario de a bordo durante años y años. ¿Qué te hace pensar que quiero hacer algo diferente?

—Preguntaba, nada más.

Yo también me preguntaba.

—Bueno —le dije—, todavía no me he decidido, y lo trato un par de inconvenientes, pero trato una especie de propuesta. —Le conté así, a grandes rasgos, lo importante que era ahora el señor Costello en Bolognesa, y que quería que fuese a trabajar con él. —Tendré que esperar, sin embargo. La maestra Aracelia Espinosa le ha puesto un cordón alrededor de Bolognesa. No quiero decir por qué. Para una lo que sea, el señor Costello sabrá a flote. Tu suerte.

Barney me miró arrugando la frente. Nunca en mi vida vi en un hombre una mirada tan az-

trada. Sí, claro que sí. Fue en el Viejo, en el Hombre de Hierro, el día que bajó de la nave y regresó.

—Barney, ¿qué te pasa? —le pregunté.

Barney se levantó y señaló a través de la puerta saliendo un avión blanco detenido frente a la estación receptora.

—Vámonos —me dijo.

—Para no perder. Vengo que...

—Vámonos, te dije!

Mé unajó de locos. Que volvíese o no a mi trabajo era cosa de Barney, no era. Él me justificaba.

Costoso la puerta abierta y dije, como si me adelantara el pensamiento:

—Yo te justifico.

Bajamos por la manga y tapamos al avión y salimos a toda velocidad.

—¿A dónde vamos?

Pero no me lo dijo. Se limitó a manejar el avión.

Nightingale es un planeta hermoso. El más hermoso de todos, creo, incluso más que Sigma. Está totalmente gobernado por la Tierra Única, es el único planeta sin opciones locales, absolutamente sin ninguna. Es un verdadero jardín, y como tal lo mantenemos.

Llegamos a la cima de una loma y descendimos por un camino sinuoso, sinuosísimo, se lo juro, por antónicos y tempestuosos flujos de Lumbordia. Había un pequeño lago y una playa arenosa. Nada de gente.

El camino hacía una curva y había una raya amarilla que lo atravesaba y luego una roja y a continuación una cortina fuertemente, casi transparenta. Se entendía de lado a lado del camino.

—Es una sala de energía —dijo Barney, y apertó un botón en el tablero.

El resplandor desapareció en el centro del camino, pero permaneció a cada lado. Lo ornamos y volví a formarme a nuevas espaldas, y descendimos por la loma hacia el lago.

De este lado de la playa se alzaba la colada Sigma más agradable que he visto en mi vida, besando la ladera, los bosques abiertos hacia el cielo. Tal vez cuando llegue a viejo me acordará a estar en una sala natal de bebés.

Mientras la miraba con los ojos muy abiertos, Barney me dijo:

—Adelante.

Lo miré, y vi qué estaba señalando. Había allí un hombre, cerca del agua, un hombre corpulento, muy hermoso por el sol, más como un modelador espacial. Barney me hizo una señal con la mano y yo volví a andar hacia el lago.

El hombre se levantó y se volvió hacia mí. Tenía los mismos ojos separados, alidos y profundos, la misma voz suave, plena.

—Pero él es el Comisario Holo, viejo amigo. Así que vive, después de todo.

Me resultó muy difícil por un

momento. Pero logué reconocerlo.

—Hola, señor Costello.

El señor Costello me palmó vigorosamente el hombro. Luego me rodeó con una mano en el hombro izquierdo y me acomodó un poco a él. Echó una mirada hacia la arena, al sitio donde estaba Barney recordado contra el anticipo, empalme de la nave. Luego miró hacia la otra orilla del lago, y al cielo.

Bajé la voz.

—Cambiarlo, usted es justamente el hombre que me hace falta. Pero yo se lo dije antes, ¿no es cierto? —Volví a mirar alrededor. — Ahí lo vemos a Hugo, Comisario. Ústed y yo trabajaremos. Vengo contigo. Quiero mostrarle una cosa.

Eché a andar delante de mí, hacia la orilla de la playa. Llevaba sólo un taparraso, pero se movía y hablaba como si aún tuviera el automóvil blindado y los seis petroleros. Lo seguí, dando trasiego.

Fuero una mano atrás para indicarme que debía detenerme y se arrodilló. Dijo:

—Al verlos, usted pensaría que son todos iguales, ¿verdad? Bueno, hijo, déjame que le muestre una cosa.

Miré hacia abajo. El señor Costello tenía un heridguero. No era heridguero como los de la Tierra. Estos eran más grandes, más lentos, azules, y tenían pelo: puerca. Costellos azules de arena que amalgamaban con masculinidad, y abríam tímidos, de manera

tal que los niños se elevaban una o dos pulgadas, como si estuvieran montados sobre pequeños pilares.

—Parecen iguales, actúan en la misma forma, pero ya verá —dijo el señor Costello.

Abrió un morral de estufas que estaba tirado en la arena. Sacó de él un pájaro muerto y el título de lo que parecía ser una cucaracha de Catania, la que es tan larga como un antebrazo. Puso el pájaro aquí y la cucaracha más allá.

—Ahora —dijo— observe.

Las hormigas se arremolinaron sobre el pájaro, rodeándolo y acariciándolo. Pero una o dos fueron hacia la cucaracha y la turbaban y empezaron a hostigarla por aquí y por allá. El señor Costello tomó una hormiga de la cucaracha y la dejó caer sobre el pájaro. La hormiga dio algunas vueltas, se abrió paso a empujones por entre las otras y avanzando en la arena en zigzag volvió a la cucaracha.

—¿Ve, no? —dijo, entusiasmado—. Mire.

Tomó una hormiga del pájaro y la dejó caer sobre la cucaracha. La hormiga no perdió tiempo, y el insecto mostró curiosidad por la cucaracha. Dio una vuelta para orientarse y luego volvió en línea recta al pájaro muerto.

Yo miré el pájaro con un polvito suscitado así, y miré la cucaracha con sus dos o tres horquetas torcidas. Miré al señor Costello.

El señor Costello dijo como en estado:

—Se da cuenta de lo que quiere decir? Mire o menos una de cada treinta como algo diferente. Y esto en todo cuanto me muestran. Se lo digo ya, Comisario: desde que yo fui, al hacer el tiempo suficiente, encontré una forma de hacer que la mayoría de un grupo ataque al resto.

Yo observé a las hormigas.

—No se está peleando.

—Espere un minuto —dijo, de prisa—. Espere un minuto. Toda lo que tenemos que hacer es comunicarnos a las compeñeros que las cucarachas son peligrosas.

—No son peligrosas —le dije—. Son sólo diferentes.

—¿Y cuál es la diferencia, en última instancia? Ahora vamos a acercarnos a las compeñeros, y mostraré a las cucarachas.

—Sí, pero ¿por qué, señor Costello?

El señor Costello se echó a reír.

—Usted me gusta, muchacho. Te soy el que piensa, y así es el que trabajo. Se lo explicaré. Todas parecen iguales. Estamos, una vez que las hayamos hecho copiar a éstas —añadió a la memoria que rodeaba a la cucaracha— ya nunca sabría cuál de entre ellas podría ser una cucaracha. Y entonces tan desconfiados que haría cualquier cosa para impedir hacerse copiar para comer cucaracha. Y cuando está lo suficientemente acostumbradas, podemos obligarlas a

hacer todo lo que se nos antoja.

El señor Costello se agachó para observar a las hormigas. Tenía una cucaracha y la depositó sobre el pájaro. Yo me levanté.

—Bueno, sólo quería a dar una vuelta, señor Costello —dijo.

—Yo no soy una hormiga —dijo el señor Costello—. Mientras me dé lo mismo que coman una cosa que otra, puedo obligarlas a hacer todo cuanto a mí se me antoja.

—Hasta la vista —dijo.

El señor Costello siguió hablando en voz baja consigo mismo mientras yo me alejaba. Observaba a las hormigas, y hacía cálculos, y no me pasó ninguna atención.

Volví a donde estaba Barney y le pregunté, un poco sobrecorrido.

—¿Qué está haciendo, Barney?

—Está haciendo lo que tiene que hacer —dijo Barney.

Volvíamos al anticipo y volvimos la forma y creamos la valla de energía. Al cabo de un rato pregunté:

—¿Cuánto tiempo costará, ay? Barney fue más bien parco.

—Todo el tiempo que quieras estar.

—A nadie le gusta el anticipo. Otra vez apareció en la casa de Barney esa expresión rara.

—Ningún día se en una elección.

—Pero no puede salir.

—Mira, comisario, podríamos haberlo ayudado a escapar de

nueva, hasta habiérsenos podido convertir en un Comisario de a Bando. Pero hace tiempo que dejamos de hacer ese clase de cosas. Ahora dejamos que un hombre haga lo que quiere.

—El señor Costello nunca quiso ser el patrón de un hormiguero.

—¿Milita seguro?

Sapengo que pare cara de no entender, así que me dije:

—Todo se veía pretendido hacer creer que él era un hombre y que el resto de nosotros éramos hormigas. Ahora esa idea se ha convertido en realidad para él. Ya no valdrá a manejar hormigueros humanos, porque nunca más tendrá una cosa.

Miré a través del parabrisas el dedo replantado que era mi nariz, allí lejos.

—¿Qué pasó en Bortygan, Barney?

—Algunos de sus colegas se rebelaron contra el Sistema. Esa idea de la Humanidad Unida había que detenerla. —Coló un silencio durante un rato, con cara pensativa.— No lo tienes a mal, Comisario, pero eso es una bestia pelada, absolutamente estúpida. Yo al menos puedo decirte, si alguien otro puede.

—Bueno —dijo—. ¿Por qué?

—Dirimes que estás a cargo y luego en Bortygan, que sólo se tan tranquilo y liberal. Fuimos a la casa de Costello, una verdadera feribanda. Le agarramos a él y sus archivos. No agarramos a la chica. El lo está,

pero son las archiveras terribles de sobre.

Al salir de un rato dijo:

—Siempre fue un buen amigo para mí.

—¿De verdad?

No dijo nada. Llegamos a la estación receptora y detuvo la máquina.

Barnes dijo:

—Lo tenía todo preparado para ti, si has a trabajar con él. Tenía una grabadora de tu voz, que decía: "De vez en cuando un hombre necesita estar solo". Una voz que fuere a trabajar con él, todo cuanto tenía que hacer para mantenerlo en línea era amenazarlo con poner eso en el aire.

Abrió la puerta.

—¿Para qué tréste que me atirrué?

—Porque creemos que a un

hombre se le debe dejar hacer lo que quiere, siempre que no perjudique al resto. Si quieren volver al lado y trabajar para Costello, por ejemplo, te llevad allí.

Corrió la puerta con cuidado y salió por la rampa, hacia la nave.

Hizo un trabajo y cuando llegó la hora de irse. Estaba furioso. No creo que fuese por nada de lo que me dijo Barnes. No creía especialmente furioso con el señor Costello ni por lo que a él le había pasado, porque Barnes es el mejor psicólogo que tiene la Armada, y Nightingale el más hermoso planeta hospital del Universo.

Lo que me entusiasmó era pensar que nunca más un hombre tan grande como el señor Costello le daría esa amistad grande, cálida, suave, fuerte, a un hombre como yo.

Título del original en inglés: *Int. Costello, Hero*  
Traducción de María Elena

Mario Lavruo (Montevideo, 1940) es autor de una novela, La ciudad, y un volumen de cuentos juveniles, La máquina de pensar en Gladys.

## LAS SOMBRILLAS

Mario Lavruo

Alexis abrió los ojos, la resaca dio la noticia.

—Nahayará —dijo, y mucho le gustó el sonido. Largo repitió:— nahayará.

Dña Olga le explicó a poseerle los repetitivos. Entonces empezó a saltar entre nosotros, repitiendo "nahayará" cada vez con mayor energía y voz más aguda, hasta que recibimos escudadura.

—Dios que no hay mar —tradujo para los demás, y la consueló. La pequeña asintió con la cabeza, extendió las brazos con las palmas abiertas, en señal de impotencia, los hombros alzados, y repitió "nahayará", pero ahora en el tono más seguro de haber conseguido su misión, a de haberse quitado un problema de encima. Tiró el café con leche y se fue con las gatas, a jugar al biscope.

Alicia y Carlos hicieron acto de

presencia en la cocina. Las miró con amor. Alicia ya tenía puesto los lentes negros y las ridículas lentes rojas de playa. Carlos aparentaba indiferencia.

El negro lloraba me miró con amor, de lejos, desde su asiento, y me ofreció un mate. Siempre hace lo mismo y yo lo rechazo cortésmente. Me mató de ganas de tomar mate, pero tampoco me parece delirado hacerlo más, aparte. El negro está volubilizándose. Tiene que dedicarnos, entonces, al café.

Apenas si desayunamos, Carlos y Alicia, y salieron para la playa, con las sombrillas, esteras, botas y sombreros. En realidad no les hacíamos el vacío, pero personalmente me da no sé qué, no puedo actuar con naturalidad. Hasta varios mates que llenaban la casa de agua, graticos y jalesos, y por meses imaginativos que uno

sea se hace difícil enseñar el sueño, y de mañana me despierto cansado y con un cierto rencor o aversión, que me hace sentir culpable.

—El cielo —dijo el negro, como si estuviera una conversación—. Ahora me acordé: ayer parecía que iba a haber una bajante barbara —no esperaba ninguna respuesta; siguió chapando la bombilla, con la vista baja.

Yo miraba una plantilla en el sofá cuando entró Adriana; la mitad de la plantilla se adelantó demasiado y cayó en la teta, dependida de la otra mitad. No estoy exactamente acostumbrado de la muchacha, pero es la única disponible.

—Buenos días —dijo, con sus sonrisas encantadoras.

—Hola —saludé, mientras buscaba la plantilla con la cucheta, dándole tiempo a pensar una cara apropiada para entrarla. Perdidamente le hablo de mis sentimientos, y ella me rechina con la misma certidumbre con que yo rechazo los castos de Eusebio; y cuando esto ha sucedido muy recientemente, la conversación se me hace un poco difícil. Después pasan algunos días y nuestra amistad vuelve a darse con naturalidad. Una vez se me ocurrió que el cielo que cubría nuestra relación debía de ser regular, tenía un ritmo preestablecido que dependería de las fases de la luna o los períodos astronómicos; pensé en compararlo de luego una estadística, pero me di cuenta de

que la autoobservación modificaba mi conducta. No es la primera vez que mi vocación científica se ve frustrada; los observaciones no son favorables, faltan elementos, el resto de la gente no colabora, etc.

Adriana echóse el manto que le cubría el negro, y doña Olga le almorzó el té con leche.

—¿Qué calor —dijo Adriana, y me sentí sofocado.

Habo un cuadro de aceite vivo, doña Olga había colado la primera referencia a la mar. El perro colóse las patas delanteras sobre la pizarra izquierda de Adriana y la miró con esos ojos que me hicieron pensar en mi mismo cuando la ví. Ella dejó caer una intrínseca cascarría de queso entre las grandes fauces.

—Andá afuera, Animal —le ordené; se limitó a retirar las patas, pero sin moverse del sitio.

Las referencias se iban multiplicando en la fauce. El negro tuvo un acceso de tos y fue a ocupar afuera. Adriana y yo dimos automáticamente por terminado el desayuno.

Carlos y Alicia empezaron a tomar desayuno; tenían unos cuantos horribles.

—El mar —dijo Alicia.

—El mar —dijo Carlos.

—¿Qué pasa con el mar?

—Don Esteban, metido en el rai de lino, se apoyó en el marco de la puerta.

—No está —dijeron a dúo.

—Mucha bajante —susurró Eusebio, que había visto a re-

trar, y mostró gran satisfacción de ser corroboradas sus anteriores palabras, que nadie había tocado en cuenta.

—¿Qué bajante ni bajante! —dijo Carlos, malhumorado y servil—. No está, no hay mar.

—Don Santa —dijo doña Olga, persiguiéndolo. Adriana me miró. Don Esteban fue a despertar a Eusebio. Una referencia se quemaba en la mar. El perro colóse el ambiente adentro y se fue, antes de ser matado. El negro también, que es un insecto, me cubrió otro manto. Yo miré la mano, distable, y de repente le volé el hito de sangre en la comisura.

—Andá a la mierda —le dije, y mi mano hizo ademán de violento rechazo.

Vivimos del mar.

El algo más que la base de nuestra economía. El mar es todo para nosotros.

Cuando alguien de nosotros tiene que ir a la ciudad, por algún trámite administrativo, no puede resistir allí mucho tiempo. En un par de horas se va poniendo pálido, demorado, sus movimientos son torpes y algo convulsos. A la hora de la pasta de sal, se torna melancólico; la infidelidad lo asombra y lo estrangula. Todas las cosas de la ciudad cobran una hostilidad inesperada, y quien ha debido pasar la noche en un hotel de la ciudad, si logra reconciliar el sueño se acordará por horrendas pesadillas. Cuando se-

gura, parece un fantasma, y todos lo miramos y por unos cuantos días es nuestro favorito, hasta que reaparece su imagen anterior.

Cuando yo pienso en Dico, me miro hacia el cielo, otro hacia el mar. Y en las noches de soledad, cuando me tortura la imagen de Adriana o alguna imagen más grande, indefinible, me llega el olor salino o cuando el ruido lejano, y comprendo que se puede seguir viviendo así, un rato más, que el no durarme, el día seguirá a la noche y habrá nuevas oportunidades.

El mar es todo para nosotros.

Actuamos precipitadamente, sin reflexiones, y de cuando en cuando sin necesidad, así, de palabra. Me llevó un cuarto de hora despertar a Eusebio, después del trazo de don Esteban; con otro cuarto de hora le llevó a él encontrar sus grandes antojos en el escritorio de la jirón. Cuando me puse que estaba en condiciones de comprender, le dije lo del mar y por fin comenzó a organizarse con calma sus ciclistas y náuticos. A pesar de la extrema sencillez del asunto, me costó mucho explicarle lo que estaba sucediendo, porque cuando volvió me despertó tiene una inteligencia increíblemente lenta, que se va aguzando a lo largo del transcurso del día y se hace brillante por las noches.

Me acordé de los viejos.

—Habría que hablar con el

Lady —le dijo, y él se preocupó. Escríbete en algún mejor seccional con ellas; sin embargo la rubia le parecía difícil y le costó resolverlo. Después fue.

Doña Olga y los tres jóvenes disponían en aparcamiento autos, todas las cosas (y preferió más de una vez por la exageración que estaba cometiendo, por no saber distinguir lo capcioso de lo indispensable, pero como ya no le faltaba el pánico para ellas, resolvió sí ellas se la boca y colócalas lo mayor posible con su intensidad); el negro se dio a la tarea de buscar a la progenie. Yo me dedicué a reparar mis bienes materiales y a dividílos en tres categorías. Por último, abracé finalmente el toro encarnado de "La Estera", la misma fatigosa y los dos ratoncillos a colores que me habían traído de Buenos Aires y que nunca me entró a usar. Después creí que la cámara podía quedarse, y un poco más tarde que todo lo demás también. Fue a apagar un poco a los otros.

Estarlo seguí diciendo que no. Estaba muy preocupado; ni ratos de la progenie ni de las gatas ni de las palomas. La bicicleta había caído en sus faenas y estaba realmente angustiada.

Una vez estada, que hacía mucho tiempo no se encontraba en la casa, así a mis espaldas.

—It was written. It was.

Lady Abigail parecía un casti-

vor embalsamado de la época victoriana; en su silla de ruedas, enmarcada por el arco no falta de elegancia de la entrada al comedor, respiró la misma frase exactamente siete veces, hasta que todas acaban. Desde eso, Lady James en como un cadáver más elegante, pedía en su smoking negro, silencioso y adusto, los brazos apoyados en el respaldo de la silla de Lady.

El perro entró por el otro lado, viniendo de la cocina, con la garras en las manos, anunciando que los animales ya estaban presentes. Atención que si no lo tomaban a mal, él prefería quedarse. Lo mandé a buscar a la progenie. Estaba dijo, ya comprendo, que él se encargaba de los animales, y salió a controlar el acondicionamiento. Además enseñó el tocador por última vez.

—Remember the sky is blue  
it makes me cry...  
Remember  
the sky  
is blue...

Carlos y Alicia iniciaron su viejo diálogo sobre gases nucleares; yo volví a poner el radio en surco, y efectivamente sentí ganas de fumar. Después que Adriana me estaba mirando, sentada en el hotel, y la miré a los ojos. Ella devoró la vista un poco tardíamente.

Llegada la hora de partir, la progenie no había aparecido, ni las gatas, ni las palomas; y no esperaron más. Adriana ajustó

la sortija multicolor en el agujero especial de la silla de Lady.

—It was written —dijo Lady.

—Yeah —respondió, insistiendo, y me inclinó con su mirada de pájaro.

La vaca y las chanchas abrieron la escuela, controladas por el negro Dancho. El perro prefirió quedarse con el perro. No fueron exactamente en fila india y, por lo menos al principio, a medida el conjunto se movía, se estiraba, o adoptaba otras formas geométricas; luego, el movimiento dio un ritmo, y un lugar fijo en la marcha. Pero, inevitablemente, el Lord y Lady iban en el último puesto. Formaban un conjunto extraño y conmovedor, la delgada figura negra empujando la silla que contenía a la cría y crecientemente gorda de cubitos blancos, también vestida de negro, ambos bajo la enorme sombra de muchos colores olivinos.

Doña Olga espújala la comestible cargada hasta límites inverosímiles, que casi debe resignarse a abandonar en la franja de arena seca. Adriana, Carlos y Alicia camaban con casi todo, en la tarima con ruedas de bicicleta.

Yo me seguí torpemente a hacerme cargo de nada; sólo así podía compartir de tanto en tanto, con dos Esteban, la tarea de acercar la heladería con los líquidos y algunos alimentos. Según me parecía, era lo único indispensable.

Esteban, flaco y callado, empujaba, cubierto de sudor, su especie de carrito de tierra, como los que usan los changadores, desde había acomodado las cajas de vidrio de las serpientes, el cajón con el laboratorio portátil y algunos objetos misteriosos, también encerrados en cajas.

Vestíamos ropas livianas y sencillas grandes sencillas blancas o de gris, pero luego nos fuimos desmenuando lo más posible y comenzamos abrir las chaquetas.

En el cielo, más allá de las dunas el mar no estaba. Un sol de pesadilla colgaba justo encima de mi cabeza engorrosa en forma visible la humedad de la arena.

El paisaje era totalmente nuevo, kilómetros de arena arrugada, crizada de rocas cubiertas de algas, formaciones de coral, colinas de mejillones, un colorido entre apagado y brillante, la arena gris, las algas verdes, y variedad de azules y verdes rojos, o rojos. El terreno seduloso, pero era inevitable darse cuenta de que, poco a poco, desmenuamos —siempre el derive nunca fuera muy pronunciado. No había a la vista pájaros o peces, ni vientos ni mareas.

Se hicieron ruidos altos para comer y beber, y yo sentía que algo no funcionaba bien, quise decir, dentro de todo lo que funcionaba mal, había algo que me tenía especialmente inquieto y re-



podía darse cuenta de qué cosa era. Escarito, en cambio, lo sabía. Era el sol.

—¿Te das cuenta? —me dijo, de pronto, y sentí una repentina atracción por ese ser delgado y sinope, con cara de pez, la frente lisa de nácar, los dientes grandes y desaparecidos—. Sin las narices. Las narices de la noche.

El sol se limitaba a cambiar de color, sin moverse de su sitio sobre mi cabeza. En ocasiones, también era coloración de las puntas, un naranja violento y consistente, y parecía hincharse o deformarse. Pero no se movía de allí.

Nadie tuvo nunca en qué momento los viejos abandonaron la marcha. Yo, el imaginativo, me representé la escena con mucha claridad: Lord James hablándole magistralmente a Lady, hasta descubrir que ella está muerta. Después, los dos cucliveres, el del Lord misteriosamente parado, con las narices en el respaldo de la silla. Le agregué el toque sentimental de una gaviota perdida, que se posa en el hombro de Lady, buscando la capazosa protección de la sombrilla nácar.

Carlos y Alicia abandonaron a Adriana, amarras apasionadamente la cabeza y se metieron adentro. Una ola de calor me golpeó el pecho. Fue con Adriana, a ayudarla a escapar.

Doña Olga y don Escobar de-

jaron de lado viejos rucillas y antiguos preparativos, y cedieron al entusiasmo y a la soledad, hicieron también mucho aparte en una carpa. Entonces sentí una inmensa ternura por ellos dos, por todos ellos, por todos nosotros.

Los colores eran impenibles; el sol era verde o violeta, la arena roja o amarilla, todo cambiaba. El desierto era más pronunciado, el desierto más colorido, y yo me sentía como adentro de una enorme cascada.

—Adriana —dijo, y entibiémosse enojado así, abarcarlo, se podía ver una cara—. Adriana.

Quería hablarle de amor, de la mejor forma de morir allí, de mi necesidad de ella, pero no pudo. Ella, de todas cosas, comprendió, y me cobré una mirada triste, sin hablar.

Los chicos se habían dispersado. Escarito seguía firme, muy adelante de nosotros, sosteniendo la sombrilla nácar la cabeza de la vaca. Hasta algunas horas atrás se detendía para un orfido y nos comunicaba con leche, extrañamente entera, el negro no tenía ni parecía sentir el cansancio.

Cayó a plomo sobre la arena. El mango de la sombrilla se elevó en los cuernos de la vaca, que se puso a saltar, asustada, para librarse del objeto. Adriana

dio un grito, y corrió debajo del sol.

Yo dije de compaña. Bajó a Escarito, que había abandonado algunas botas, juntos nos inclinamos a la vaca, bajo la misma sombrilla entera, más allá de los cuerpos ensalzados de Adriana y el negro, y seguimos andando.

—¿Qué hora es? —le pregunté a Escarito, y me dio una larga respuesta incomprensible.

—Voy a ver si queda algo de leche —dijo, porque me movía de sol. Al mismo tiempo me preguntaba cómo diablos se celebraban las vacas. Para descubrir que Escarito ya no estaba. Miré hacia atrás y vi una escena compleja; corrí hasta allí.

Lo encontré estomado y acortado, junto a una caja de vidrio destrozada contra una roca, el camino de limo abundantemente mojado metros más lejos, y yo siempre lleno de oficio que lo transmitían, algunos enrollados en brazos y piernas. Una pequeña serpiente, por algún motivo, se le había enrollado parcialmente en la boca abierta, y dejó en forma alarmante cuando me acercé. Después me pareció que todos los chicos se me venían encima, y corrí desquiciado.

Contemplé la antigua ubre del animal.

—No te asustes, Margarita —le dije—. No me queda más nada en el mundo. No importa si no hay leche.

La vaca parecía amarir más, y a veces me observaba de reojo, con una mirada enrojecida y bestia.

Al fin me decidí a avanzar en la ubre, y por último me llevé a la boca una de sus tetas secas, Chagó largamente sin ninguna sensación, me quedé un gesto a bestia y a marabón.

—No es nada —le dije, pastándole la mano por el lomo—. No es nada, compañera. Sigamos con lo. ¡Oh! —dijo de pronto, para avisarme, haciendo patética en la oreja con una mano—. ¡Me parece oír el ruido del mar!

(Eran narices, pero yo miré una querida oreja.)

—Adriana, mala bestia —le dije a la vaca. Se había echado definitivamente en la arena, con un largo mugido que nunca la podía perder. Un truco más allá tiré la sombrilla al diablo y me puse los botas negros. Le extrañé, pero ahora que estaba solo me sentía ridículo con la sombrilla.

Ahora que estaba solo.

De pronto me invadió una leona alegría, una alta incoherencia, toda la felicidad junta, en bloques, los treinta años de felicidad que alguien me debía, me sé qué, algún hijo de pez, y me quedé los botas y el sudor blanco para volver al sol —el sol suspendido y puntiforme sobre mi cabeza, el sol que parecía, ahora, apasionarse y enrojecerse, aproximarse y crecerse.

Expuséi Alexeyas Lafferty nació en Iowa en 1914. Empezó a escribir cuando sus tesis científicas cesó, y hasta el momento ha publicado unos cien cuentos y diez novelas. Le gustan especialmente y los todos los ámbitos de sus géneros y letras.

## ENTRA EN UNA LATA

R. A. Lafferty

He aquí una historia acerca del fantástico mundo. No ha escrito a modo de protesta, lo cual sería trivial. Holly ya no existe, y los Shelds, si es que todavía queda alguna, habrán desaparecido para siempre dentro de uno o dos días. Esto es sólo una simple constancia.

Holly Harkel y yo, Vincent Wadsworth, obtuvimos fondos y autorización para grabar el folklore de los Shelds por intermedio del viejo coronel John Holsberg. Fue un gesto inesperado. Toda la investigación del folklore hemos considerado siempre a John como nuestro peor enemigo.

—Al fin y al cabo, hemos incurrido en gastos fabulosos para grabar hasta el último detalle los grabajes de los cantos y las raíces de las leyendas de tierra

—nos dijo Holsberg—, y hemos registrado los chálidos y nocturnos de centenarios de especies de plantas arbóreas. Poseemos verdaderas bibliotecas de los géneros y especies de todas las pájaros y mamíferos. Para bien, agasacamos los Shelds a nuestra lista. Yo no creo que sea trivial lo que hacen cuando aporrecan las raíces de los árboles e aplazan sus sistemas de cables. Tampoco creo que su momento sea más un lenguaje que el chálido de una guerra. A propósito, hemos grabado los chálidos de más de treinta mil plantas. Y hemos hecho cosas peores. Grabamos a los Shelds, entonces, si eso es lo que vosotros queráis. Pero tendrán que darse prisa. Los Shelds están a punto de ir.

—Y permitásemos decir con todo conocimiento que algunas que

tenga la cara y el cuerpo de la señora Holly Harkel merecen ser realizadas todas las ansias de su carrera. Esto es para justicia, nada más. Los gastos también correrán por cuenta de la Comisión de Fomento Alimenticio para el Desarrollo del Cauce Central. De vez en cuando a estas empresas les pica la palmita del conocimiento, y entonces se sienten obligadas a echar unas monedas en algún fondo de beneficencia, para ver si eso les trae suerte. Pero en realidad nunca son muchas las monedas, y si bien que les pica nunca es demasiado grande. Sin embargo, si lo están, podrías hacerlo siempre para cubrir nuestros propósitos, Wadsworth.

Ante nosotros nuestra asignación y nuestro viaje la señora Holly y yo.

Holly Harkel se había despreocupado más de una vez por haber sostenido que comprendía el lenguaje de las más diversas criaturas. Sus afirmaciones de que era capaz de entender a los Shelds provocaron la más terrible indignación. Debo decir que eso fue raro. El capitán Charbonnet no había ningún desprecio por afirmar que entendía a los ruidos planetarios, y si bien alguna vez una afirmación falsa fue la suya. Tampoco se despreció Meyerson por haber pretendido descubrir significados ocultos en los dibujos de los movimientos de los ruidos carpetas. Pero parecía que había algo de inco-

nsistencia en la cara de cuando de Holly Harkel cuando afirmaba que no sólo era capaz de entender instantáneamente y completamente a los Shelds sino que ellos no eran su modo alguno tales bestias de carrera y el un granizo pueblo cuando, que ejercitaba ciertos de cuando y cantaba canciones de cuando.

Holly Harkel tenía un corazón y un alma demasiado grandes para su cuerpo menudo, y un cerebro demasiado grande para su cintura calzoneta. Eso, supongo, era lo que la hacía creer como una piedad en todas partes. Era puro amor y devoción y alegría, y muchas de sus cosas lo abalanzaban en la correcta figura. Una de las cosas más raras era su fealdad, y eso que ella gamba antropométrica a los animales. Había amado a víboras y rapos, había amado a moscos y mosquitos. Llegaba a percibir misteriosamente a todos ellos cuando los estudiábamos. Fue una víbora cuando estudiábamos las víboras, un rapo cuando los rapos fueron nuestro tema. A cada criatura Holly la estudiaba desde adentro. Y así, hasta para ella había una semejanza más común.

Holly amó instantáneamente a los Shelds. Se convirtió en un Shelds, y no le costó mucho. Se movía, corría y saltaba igual que un Shelds. Bajaba de los árboles de cabeza lo mismo que un Shelds o una ardilla. A mí siempre me pareció que era algo distinto de lo humano. Y ahora

estaba analosa por gubar las cosas de los Sheldi... "antes de que se vayan".

En cuanto a los Sheldi mismos, algunos científicos los clasificaron como humanoides, y tuvieron luego que defenderlos de grillos y gupes. Si eran humanoides, eran por cierto los humanoides más inferiores y más sucios que había jamás. Pero nosotros, los estudiosos del idioma sheldiano, intuitivamente qué eran. Eran dioses, pura y simplemente, y no empleaban las palabras como cosa humana. Los más altos niveles sucesivos de conciencia cosmológica, los más viejos niveles sucesivos de siete años. Eran, tal vez, los cristianos más feros del universo, pero de una ferocidad apacible. No había en ellos ninguna maldad. Los científicos que los estudiaran insistían en que no había en ellos inteligencia alguna. Eran cordiales y abiertos. Demandado cordiales y desconfiado abiertos en su realidad, pero se dejaban fascinar, para su desgracia, por todas las cosas humanas. Pero no eran más humanos que un hijo o un ego. Mismos, mismos, mismos que su ser.

—¿Entonces hay una de sus curvas —añadió Holly con primer día (que fue anterior)—. Aquí abajo la de haber toda una guardia regleta de Sheldi, y la puerta está ahí, más abajo, entre las raíces de este árbol. Cuando observe mi doctorado en música primitiva nunca me imaginé que vendría a visitar a estos dioses debajo de

las raíces de los árboles. Debían ser dios que jamás me serviría a sentir nada semejante. Hubo tantas cosas que no me enseñaron. Pero por una época en que hasta dejó de creer en los dioses.

Esta última parte no la creo.

De improvisto, Holly se metió de cabeza por un agujero del suelo, como un topo, como una araña, como un Sheldi. Yo la seguí, pero corrí con cautela, y no de cabeza. Yo también quería estudiar a los Sheldi desde afuera. Nunca podría meterme dentro de sus verdes pallojos de chucón, nunca podría creer a gorrión con sus lenguas de anaconda, nunca sentiría lo que había sobre sus ojos saltones. Yo ni siquiera tenía capaz de descubrir desde afuera sus guaridas.

Y en el fondo del agujero, a la entrada de la guarida oscura, tuvimos un momento que sentimos lo serio y lo frío me pareció insoportable. Fue una conversación que escuché con mis propios oídos, que por el momento no habían vuelto trascendentes. Una conversación en el idioma cruzado de los Sheldi, entre Holly Habel y el Anciano de cinco años que me enseñaba la guardia, sin embargo era una especie de inglés, y lo entendí:

—Toro, toro. —Esa era Holly.

—Cocococo. —Eso era el guardia.

—Golly-Golly.

—¿Qué es "Holly"?

—¿Qué te enseñé?

—Entrababó.

Y así hicieron entrar. Pero si usted cree que podía entrar en una cueva Sheldi sin antes firmar con el Anciano de cinco años que la custodia, entonces no cabe duda de que nunca entró en uno de esos lugares. Y aunque los filólogos dicen que el "acompañante" de los Sheldi es un error sin ninguna significación, nunca dejó de tenerlo para Holly y, por momentos, para mí. Eso era lo que un secreto sospechaba Holly.

Holly había insistido en que los Sheldi hablaban inglés dentro de las limitaciones de su aparato vocal. Y en esa primera sesión, ellos le dijeron que nunca habían leído idioma propio "porque nadie nos lo enseñó, jamás", por eso usaron el inglés tan pronto como lo oyeron.

—Los papagayos por ejemplo si tratabamos algo con que pagar —dijeron. En inglés cruzado, pero sólo el paso de oído logra entenderlo.

Yo pase en cautela al grabador y Holly pase en marcha a los Sheldi. Al poco rato ya tocaban sus flautas en forma de cilindros que tienen. Música de rama. Guajiro de almuerzo incluídamente tristes. Una melodía rita-de-guajiro-arrandajapoy-corveja. Eran pequeños pesos musicales, metálicos y catastróficos, y sonaban como si las estuvieran tocando debajo del agua. Sería difícil imaginar, en todo caso, que no los estuvieran tocando por lo menos bajo tierra.

Las tonadas eran cortas como

lo son todas las tonadas de los rificos. No había verdadera organización, aunque con siete flautas discretamente resacañadas y armonizadas, hubiera sido posible. Y sin embargo, había en ellas verdadera melodia: una melodia breve, completa, cerrada, una vez perfecta. Eran fugas subterráneas, líneas de sangre de gusano, y breves cosas como de náusea. Eran una estridencia de cigarras, grillos y masticas.

Luego, mientras los cantos, flautas desaparecieron, Holly hizo que uno de los Sheldi más antiguos contara cuentos. Estos son los dos que guardamos en primer día. Otros que hoy los escuchamos dicen que no son nada más que grandiosos. Pero yo los escuché con Holly Habel, ella me ayudó a interpretar, y puedo decirlos claros y entendidos perfectamente en inglés cruzado.

¡Tómalo, Venible Potestad! No estoy seguro de que merezca el séptimo acto de los Sheldi.

#### El Sheldi que perdió el diosito funerario

Lo cuentan así.

Habo una vez un Sheldi que perdió el diosito funerario antes de morir. Todo Sheldi empieza a vivir con seis dientes, y pierde uno cada año. Entonces, cuando se muy viejo y sólo le queda un diente, se muere. Ese último diente debe dársele al Sheldi enterrador para pagar su retiro. Pero este Sheldi o bien había per-

dijo doscientos en un año o había vivido hasta una edad muy avanzada.

—¿Y no tenía dinero con que pagar el entierro?

—Si no tienes dinero para pagarme, no lo entiendo —le dijo el Shokis enterrador—. ¿Acaso soy a trabajo por aquí?

—Entonces ya mismo me enterré —dijo el Shokis muerto.

—Tú no sabes —le dijo el Shokis enterrador—. No conocen los sitios que están libres. Venís que todos los lugares están ocupados. Tengo un caballo por el cual todo el mundo debe decir a todo el mundo que todos los lugares están ocupados, así sí el enterrador puede enterrar. Es mi trabajo.

A pesar de todo, el Shokis muerto salió en busca de un lugar donde enterrarse. Corrió un pequeño río en la pradera, pero por donde corralo encontraba que todos los lugares estaban ya ocupados de Shokis o Shokias o Shokas muertos. Y siempre le hacía volver a poner la tierra que había cavado.

Corrió luego en el valle y lo encontró lo mismo. Corrió luego en la montaña y le dijeron que también la montaña estaba repleta. Entonces se dejó llevar porque se podía encontrar un sitio donde descansar.

Los preguntó a los Eshokis si podía quedarse en un árbol. Y ellos le dijeron que no, que no podía. No querían que ningún muerto viviera en un árbol.

Los preguntó a los Eshokis si podía quedarse en su laguna. Y le dijeron que no, que no podía.

No querían que su muerte en su laguna.

Los preguntó a los Shomosh si podía dormir en su madriguera. Y le dijeron que no, que no podía. Cuando estaba vivo le habían querido macho, pero es difícil que una persona muerta pueda tener amigos.

Así, pues, el pobre Shokis muerto andó sin descanso, y no consiguió encontrar un sitio donde apoyar la cabeza.

Seguía andando para siempre, a veces que encontraba otro muerto humillado para pagar a su entierro.

Así lo contaron.

Un comentario acerca de este cuento *Shokis*. A los Shokis los entiendo con especial cuidado. Pero los criptas humanas las crea no los Shokis sencillos, sino simplemente los Shokis inteligentes. El Shokis enterrador debe tener materia. Además, los Shokis, pose a estas un problema más arduo que los Shokis en la laguna: cada animal se enterran a los ojos.

Otro detalle: no hay matos Shokis que dicen de más del equivalente de una trinidad alios. No hay después chamuscados al agua, ni Shokis Shokis, pero a que tales matos son, entonces así para todas las otras especies.

El segundo cuento (del primer día).

El Shokis que se convirtió en árbol

Así es como lo cuentan.

Había una mujer que no era ni Shokis ni Shokia ni Shoka. Era una Mujer del Cielo. Un día llegó con su hijo y se sentó debajo del árbol Shokis. Cuando se levantó, dejó a su hijo, que estaba chamuscado, y se llevó, por error, a un niño Shokis. Más tarde, la mujer Shokis fue a buscar a su hijo y le miró. No supo qué era lo que había pasado, pero aquel niño era un niño del Cielo.

—¿A, tiene piel rosada y ojos claros? ¿Cómo puede ser? —preguntó la mujer Shokis. Pero se llevó el niño a su casa y todavía vive con los Shokis y todo el mundo ha olvidado la diferencia.

Nadie sabe lo que pasó la Mujer del Cielo cuando se llevó a su casa al niño Shokis y lo miró. Sin embargo, se quedó con él y el niño creció y fue más hermoso que cualquiera de ellos.

Pero cuando llegó el segundo año y el joven Shokis había crecido, se marchó a los bosques y dijo:

—No me siento una Persona del Cielo. Pero si no soy una Persona del Cielo, entonces, ¿qué soy? No soy un Pato. No soy una Rana. Y si soy un Pájaro, ¿qué clase de Pájaro soy? No quedan más posibilidades. Lo que debe de suceder es que soy un Árbol.

Había razones para que pensara eso. Entonces, los Shokis, que pensaban un pequeño a los ár-

bóles y no sentían un pequeño árbol.

Entonces el Shokis volvió a casa y desarrolló una corteza y trabajó con cuidado para ser un árbol. Suplantó todas las penurias que constituyen la vida de un árbol. Fue ruidoso por ruidos y golpes; fue chapoteado sin piedad por vientos y arenas; fue informado por las borbotas y escuchado por el animal sin nombre. Además le cortaron algunas partes para hacer leña.

Pero desde los dedos de los pies hasta el pelo seguía sintiendo trepar la música cantarina, y sabía que esa música era lo que siempre había estado buscando. Era la misma música cantarina y chifriante que ahora escuchamos.

Entonces un pájaro le dijo al Shokis que él no era un árbol; un árbol, pero que ya era demasiado tarde para que dejara de crecer como árbol. Tenía a sus hermanos y hermanas y garfantes en la casa debajo de las nubes, le dijo el pájaro, y si el Shokis dejaba de ser árbol ellos se quedarían sin hogar.

Esto es el árbol que constituye el techo de la cueva. Desde entonces ahora. Este árbol es nuestro hermano que se perdió y se olvidó de que era un Shokis.

Así es como siempre lo cuentan.

El segundo día, el parecido de Holly con un Shokis era ya extraordinario. Ah, por supuesto, ella siempre conseguía parecerse a

todos los aspectos de criaturas que estadísticas juran. Holly insiste en que los Shokai poseen inteligencia, y yo concuerdo con ella a medias. Pero el último párrafo del manual técnico de este mundo está contra nosotros.

—... una tendencia a atribuir a los Shokai una inteligencia que no poseen, debido tal vez a su imaginación semejante con los humanos. En los laboratorios son cuidadosamente infantes a los investigadores. En la manipulación de llaves y arcajos son meros hábiles que el zapicho o el cojón de los humanos. En el manejo de unidades y en la misma proporcionalmente dicha están lejos de igualar a los humanos. En el pillaje simple y en el instituto de supervivencia están muy por debajo de los cerdos y los harid. En suero, el necesario estudio de la inteligencia, están más o menos a la par de las vacas. Se "leguea" cerca de la veracidad del de los aves parlantes, y se "mucha" en inferior a la de los insectos. Sin estos pocos guardados y apartapájaros inadecuados. Parecemos que la medida de prohibir la desobediencia, aun que poco sincera, es descomoda. Al fin y al cabo, como dijo un primitivo instrumento, "¿qué qué otra cosa sirven?"

Bueno, tenemos que reconocer que los Shokai no son tan inteligentes como los cerdos, los cerdos o los harid. Sin embargo yo, debido sin duda a la influencia

de Holly, siento una mayor simpatía con ellos que con los ratos, los cerdos, los zapichos, los arcajos o lo que sea. Pero ninguna criatura es tan desvalida como el Shokai.

—¿Cómo se las arreglarán para juntarse?

Los Shokai tienen muchas clases de canciones, pero no tienen ninguna canción romántica en el sentido humano. Después de todo, son niños pequeños hasta que se convierten de viejos. Sus relaciones sexuales parecen caracterizarse ya por una inconsciencia total, ya por una timidez extrema.

—Ni siquiera entiendo cómo se las arreglan para procrear. Vincent —me dijo Holly el segundo día (que fue ayer)—. Están aquí así que han de haber nacido. Pero ¿cómo están concebidos ciertos de genio y de entendimiento hasta para juntarse y procrear? Yo, en sus leyendas y en sus normas de comportamiento, no puedo encontrar absolutamente nada, ¿y tú?

—En sus leyendas, todos sus hijos son niños encerrados. Nacen o los descubren debajo de una zarzamora [un traducción de espino]. O alternativamente, y en otros casos, aparecen debajo de un árbol de la vida o en un sembrado de papirus. De acuerdo con el sentido común, debemos suponer que los Shokai son placentarios y vivíparos. Pero ¿qué aplica el sentido común a los chuchos?

—También tienen una leyenda de que son hermafroditas y brutan en el suelo por las noches lo mismo que los hongos. Y que si una mujer Shokai desea tener un hijo, debe comprarse un trocito de hongo a un Shokai y plantarlo en la tierra. Entonces, a la mañana siguiente, tendrá listo a su hijo.

Pero Holly estaba deprimido ayer por la mañana. Había visto una hoja impresa por nuestros patrocinantes, la Compañía de Productos Alimenticios para el Desayuno del Cerdo Casero, y así lo almorzó.

—Cerdo Casero! ¡Delicia a los Niños! ¡Proteína Nutritiva Alimenticia! ¡Parasitos de Casero Inofensivos en la Lata, para su conveniente! ¡Cerdo-Casero de Dientes Verdaderamente Sin Gasa y sin huesos. Si un niño tiene un número de la madre, salud mental, gratuitamente en facilidad de la cantarellista de los Shokai. Sea el primero de su manada en servir Cerdo Casero, el cerdo de dientes verdaderos. Entreguéndolo con atención de salud y armonizada."

Oh, bueno, no era más que uno de esas cosas que utilizan allá, en el Mundo. Nosotros tenemos que hacer nuestra grabación.

—Vincent, no sé cómo llegamos hasta aquí —me dijo Holly—, pero sé que no se quedamos mucho tiempo. ¡Date prisa, date prisa, tenemos que registrar to-

del De algún modo conseguiré que se los recuerde.

—El segundo día (que fue ayer) Holly me hizo saber las tendencias. El día anterior, dijo, hubo un impedimento. Pareció que no lo pueden tener a uno los trabajadores hasta el segundo día de recolección. Los Shokai no tienen instrumentos de medida. Los reemplazan por toneladas, las vibrantes y constantes toneladas. Tienen esos amuletos tecnológicos de muchos dientes como si fueran arpas, y una como caja de resonancia las voces de los bebés, para que hasta las hojas más altas, suspendidas allí arriba en el aire, participen un poco de la música. Los trabajadores, sus instrumentos, también son de madera, de una cierta madera muy dura pero liviana que agitan con pedernal y son pulso de tal fin madera, pero en un primer estado de patrilicitud. La música del trabajador sigue habitualmente a la música del cantarellista, y en las historias que entonan al son de ese instrumento hay una tremenda calma que disminuye la pura simplicidad de las voces.

—El agua ayer fue de esos cuantos balidos que gritaban el segundo día (que fue ayer).

El Shokai que parió a su mujer

Lo cuentan así.

Un Shokai opo una noche el cantareño de una cantarellista Shokai.

—Si de algo estoy seguro —dijo el Shokio— es de que ésta es la voz de mi mujer. La recordaría en cualquier parte.

El Shokio salió a los prados en busca de su mujer. Bajó al agujero del suelo de donde venía la voz de su mujer. Pero todo cuanto allí encontró fue un Shokio tomando una cañastofleuta.

—Ando en busca de mi pobre mujer perdida —dijo el Shokio—. Andad de ahí en voz saltando de esta cueva. ¿Dónde está?

—Aquí no hay nadie más que yo —dijo el Shokio—. Estoy solo aquí, sentado, tocando la fleuta a las horas que he bajó por las paredes de mi cueva.

—Pero yo la vi aquí —dijo el Shokio—, y me la quitara Ieva.

—¿Cómo era su voz? —preguntó el Shokio—. ¿A qué se parecía en la fleuta, una melódica cantarina.

—Sí, es mi mujer —dijo el Shokio—. ¿Dónde la tiene escondida? Es su soberbiana voz.

—No es la voz de la mujer de nadie —le dijo el Shokio al Shokio—. No es nada más que una pequeña melódica que yo inventé.

—Tocas con la voz de mi mujer, así que has de haberla traído —dijo el Shokio—. Te demostraré y veré.

—Si me traigas a la mujer de alguien, le siento mucho —dijo el Shokio—. Adelante.

Entonces el Shokio descendió al Shokio y desparamó las piezas por toda la cueva y algunas por

afuera, en el pasto. Pero no encontró a su mujer.

—Me equivocé —dijo el Shokio—. ¿Quién hubiera pensado que alguien que no se había traído a mi mujer podría hacer su voz con la fleuta?

—No importa —dijo el Shokio— siempre y cuando vuelvas a armarnos. Yo recuerdo en particular cómo voy. Si tú te acuerdas del ritmo, entonces podrás volver a armarnos.

Pero ninguno de los dos recordaba muy bien cómo era el Shokio antes de que lo desarmaran. El Shokio se equivocó al armarlo. Le faltaban piezas para algunos ritmos, y para otros le sobraban.

—Díjame que te ayude —dijo una Ieva que estaba allí—. Yo recuerdo donde ves algunas de las partes. Además, creo que fue a mi mujer a quien se trajo. Era la voz de mi mujer la que tocaba con la fleuta. No era la voz de un Shokio.

La Ieva ayudó, y todos recordaron lo que podían, pero no resultó. Hubo partes del Shokio que no pudieron volver a armarlos, y algunas se escondieron. Cuando lo terminaron, el pobre Shokio estaba muy dolorido y apenas si podía moverse, y no se parecía mucho a un Shokio.

—Éste todo lo que pude —dijo el Shokio—. También que quedas así. ¿Dónde era Ieva?

—Éste adentro —dijo Ieva—. También que quedaste así —dijo el Shokio—. Ya estoy ha-

no de los días. Hará, y estas piezas que sobran me las llevas. Tal vez con ellas pueda hacer a alguien más.

Así está todorita el Shokio, mal armado. En esa forma que no es su forma recorre la comarca por las noches, pero le da vergüenza salir de día. Algunas gentes que no conocen la historia se adueñan al verlo. Sólo con la castrofleuta con la voz de la mujer del Shokio y la voz de la Ieva. (Recuerden, ahora antes la pedían así) Y el Shokio sigue triste y acompañado, porque nadie sabe cómo armarlo correctamente.

El Shokio nunca encontró a su mujer perdida.

Así es como lo cuentan.

Y luego estaba el segundo cuento que grabaron ayer, el último cuento Shokio que grabaron jamás, siempre entonces se lo soltaban.

#### Los Corchos Cantores

Así es como lo cuentan.

Tenemos el viejo cuento de los corchos cantores que cuando te abra que vuelas al cielo sobre la cola de su propia caudón. Y ahora nosotros mismos, si pudiéramos cantar lo bastante alto, si pudiéramos construir las flautas lo bastante fuertes, si pudiéramos tener los tendones lo bastante fuertes, llegaríamos a ser los Corchos Cantores de nuestro propio mundo. Muchas se han marchado ya como Corchos Cantores.

Vienen los hombres empacados con sus corchos de música. Toman música del Cielo, pueden patearla Vienen por amor a nosotros. Y si nos damos prisa, podemos, cuando veamos, marcharnos con ellos, podemos entrar en una lata y volar por encima del cielo.

¡Bong! ¡Bong! Así hace ahora el campamento con su carro de música.

De prisa, todos los Shokio. Esto es el día en que podrán marcharse. Venid, todos venid, Shokio de los valles y de los ríos, y saltad al carro que aquí está en un viaje gratis. Venid todos los Shokio de los prados y los bosques. Saltad desde las raíces de los árboles y las curvas subterráneas. (Los Shokio no pueden ir, las Ievas no pueden ir, sólo los Shokio pueden ir)

¡Llévad al el carro está desmontado lento y no podéis ir con hoy, mas un hombre desmontado tiempo. Los campamentos dicen que volverán mañana y todos los días hasta que no quede un Shokio.

—Venid todos venid pequeños Shokio-Corchos-Cantores —grita un campamento—. ¡Venid a llevar vuestras viejas guitarras en las listas rumbo a la Tierra! Eh, Ieva, ¿qué otro animal saltó al carro del mundo al salir teñido de una campana? Adelante, adelante pequeños Shokio-Corchos, hay lugar para diez más en este carro. Hará ya, hasta ya. Muchas volveremos con muchos más corchos. (Se llevaramos a todos, a

total! Eh, Ben, ¿viste alguna vez llevar a los cerditos cuando ya no queda más para ellos en los corrales del matadero?

Estas son las rabiles y bondaditas palabras que pronuncia un campesino por amor a nosotros. No tener ni siquiera que dar un dinero funerario a otro dinero para pagar el viaje. Los Banas no pueden ir, los Shokis no pueden ir. ¡Solo los Shokis pueden ir!

¡Ahora vienen las cosas maravillosas! Del carro, los Shokis deben pasar a un lugar donde los quitan todos los huesos. Esto jamás los ocurrirán a los Shokis. En este caso, se los lleva hasta que quedan reducidos a la mitad de su tamaño, pequeños como un niño Shokis. Y entonces todos tienen que participar del juego y gaseos y mates en las lats. Luego obtienen el viaje gratuito, el largo viaje en lata, rumbo a la Tierra. (En una lata!

Social los pequeños ligeros vuestros, los que perdís el carro mensual de lero, id a dormir temprano esta noche y levantarse temprano mañana. Cuidad entonces con toda la fuerza de vuestro vos, para que los campesinos sepan dónde ir a buscarlos. Cantad mañana vuestros flautas con toda vuestra fuerza, haced vibrar honestamente vuestros tambores, gritad ¡para! ¡para! aquí estamos, campesinos.

Todos bien cuando se marchan con los campesinos en el carro mensual. Pero hoy un cuento de que un día una mujer Shokis lo-

rará en vez de ir cuando se la llevan. ¡Qué la podrá ganar a esa mujer para que llere! Ella gritará: "¡Malditos, esto es un asesinato! ¡Ellos son casi personas! ¡No pueden llevarlos! Son las personas como yo. ¡Malditos dos veces, no pueden llevarme a mí! Yo soy humana. Si que mi asunto es tan malo como el de ellos, pero soy humana. ¡Oh, eh, oh! Y esta es la parte más mala del cuento, la cosa profética.

Oh, eh, eh, diés la mujer. Oh, eh, eh, le haría con las cantos-flautas. ¡Qué le pasará a la mujer Shokis que llere en vez de ir!

Esto, donde lo cuentan, es nuestra última cuenta. Cuando se cuenta por última vez, ya no habrá aquí más cuentos, no habrá más Shokis. Quien puede contar en una lata ¿para qué necesita de cuentos y de música de cantos-flautas?

Así es como las cuentan.

Entonces salimos (por última vez) de la curva de los Shokis. Y, como siempre, hablo la cosa con el Anciano circosfere que cartuchaba el lugar.

—¿Qué te pasa?

—Salí del bapato.

—A la Holly malagueña.

¡Compátere!

—Fuera ojálá otro gaseo.

¡Hermano!

—Holly lero.

Cantadme voladora.

Cantadme, gineviro.

—Salvada.

Esto es el que fue autoritario.

Holly Huelo lloraba cuando salimos de la madrugada por (la que resultó ser) última vez. Lloraba grandes lágrimas de duende. Yo así esperaba que fueran verdas.

Hoy no hago más que pensar en la forma asombrosa en que le diésta Holly Huelo había llegado a pararnos a los Shokis. Era un Shokis.

—Ahora todo me da la misma — me dijo esta mañana—. Sería amor como si éllos se fueran y ya me quedara?

Es un asunto fantástico. Yo traté de protestar, pero esa gente siempre repitiendo la compra y salvandala.

—Todos vuestros, pequeños Shokis-Cerdas-Cantores, salid al carro. ¡Entend! en una lata y vinjetá a la Tierra! ¡Eh, Ben, vi-

ta cómo saltó el carro del matadero!

—Fue imperdonable — los dije—. Con seguridad ustedes se han diferenciado a un tamaño de un Shokis.

—No a dar — dijo un campesino—. Le digo que todos salieron al carro voluntariamente, hasta eso, la vez que iba Horacio. Claro que puede quedarse con los huesos, si consigas reconocerlos.

Tengo los huesos de Holly. Nada más. Nunca volará otra criatura como ella. Y ya todo ha acabado.

¡Pero no todo ha acabado!

¡Compañía de Productos Alimenticios para el Desayuno del Cerdo Cantor, ten cuidado! ¡Huelo vengamos!

Se ha dicho.

Tradido del original en inglés: Huelo a The Gas  
Producción de Maudslayi House

## LIBROS

FRANCISCO FRANKENSTEIN, Brian W. Aldiss. Título del original en inglés: *Frankenstein's Unborn*. Traducción de Mariño Horro y F. A. 183 págs. Editorial Montura. Buenos Aires, 1978.

Cuando Mary Shelley escribió su *Frankenstein, el moderno Prometeo*, hace ciento sesenta años, se imaginó seguramente que estaba dando forma a uno de los mitos más inquietantes del mundo contemporáneo.

El libro nació así como un juego. Durante el año 1816, Percy Shelley y su segunda esposa, Mary, pasaron una temporada en Suiza, huéspedes de Lord Byron. Byron escribió entonces el *Childe Harold* y se complacía en "dejarse contemplar por los escritores eternos".

Una pensilina de Byron le sugirió la idea de proponer una serie de cuentos a los Shelley y su secretario Polidori. Se trataba de que cada cual compusiera una historia de horror, transmitido algo de la melancolía que el paisaje alpino inspiraba a los escritores.

Byron produjo un mediocre cuento. El campeón, que luego fue tratado por Polidori, pero la palma se la llevó Mary Shelley con su *Frankenstein*, inspi-

do en un sueño que trataba luego de mostrar una conversación sobre las posibilidades del galvanismo.

Apartir primer *Frankenstein* la vida siguió poco desde entonces, cada vez menos, a medida que se multiplicaban las versiones de carácter cada vez más trascendente. Llegado al cine y asociado durante entonces con la imagen de Boris Karloff, el monstruo copuró a varias generaciones, más recientemente, con el mismo degradamiento, al pasar del grand-guignol al humor negro, hasta se lo ha visto en historias infantiles, convertidas en "monstruos buenos" y después de sus conexiones colorísticas.

La propuesta de Mary Shelley quedó subscrita por un horror contemporáneo, hecho a la medida de una sociedad que siempre tiende a confundir lo grande con lo demencial.

Mary Gwynne Wollstonecraft era hija de un filósofo y de una dirigente feminista, apátrida del sufrimiento francés en Inglaterra. Su *Frankenstein* combinó la seriedad romántica con las ideas más oscuras de su tiempo; hay un toque de fusión en la historia de la joven tacea y abscondidos dentro del Evidio de Rousseau. Como Jean Jacques, el Dr. Victor Frankenstein es ciudadano de

Ginebra, pero pronto se figura desplazada por el "homonúcleo" que el crea antes de embalar de cadáveres.

El monstruo, que al principio es visto como una fuerza demencial e incontrolable, liberada por la inocencia de un aprendiz de brujo, se vuelve el verdadero objeto de consideración, y se alza como ejemplo de la condición humana.

Se educó en la soledad; le permite conocer las pasiones humanas, veerlo, observar a una familia de campesinos, retratada con toda la inocencia de un niño campesino; conoce el amor a través de Werther y aprende qué es la ambición por Hutaros. Pero es leyendo el *Forojo Presidido* de Milton como establece el extraño vínculo que lo une a su creador. Aprende a rebelarse y a odiarla, como Aldiss, que le da una conciencia, con quien se irá a poblar las pampas de la América del Sur...

Mary Shelley tituló a su novela "El moderno Prometeo". En efecto, Víctor Frankenstein es Prometeo, que sustra a Dios el poder de la vida, pero también es Prometeo el monstruo, quien se rebela contra su creador y declara: "¡Errar mi creador; pero yo soy tu amo. ¡Ohndee!"

Como subió el lector, el Dr. Frankenstein intenta darle una compañera al monstruo, pero pronto desista, harto de él. Ambos, creador y criatura, inician una larga fuga, desde a menudo

ambos en papeles de perseguidor y perseguido, hasta que al fin se pierden en el misterio del Ártico, otro de los grandes símbolos románticos.

Brian Aldiss es quizás uno de los escritores más inteligentes de la ciencia ficción contemporánea, una ligera prestigiosa antes y después del auge de la ciencia inglesa. Con su conocimiento enciclopédico, ha comprendido el resaca del subterfugio científico del personaje de Mary Shelley.

Desde el título, juega con las alusiones. Por un lado, el lector ilustrado reconocerá al "Prometeo desencadenado" de Percy Shelley, asociado con el "moderno Prometeo" de Mary. Por el otro, alude un mito derivado a la palabra "desencadenado". Mientras que Shelley Prometeo liberado de sus cadenas simbólicas al través de la humanidad sobre la naturaleza, un tema más allá a Pasato que al clásico Prometeo de Esopo, la idea de Aldiss está escrita desde un tiempo de desencanto y crisis, nuestro propio siglo. De tal modo, el "desencadenado" de Frankenstein es más bien el desencadenamiento de una plaga.

No importa si Mary Shelley intentó a no los peligros del optimismo científico, lo que importa es que planeó un mito cuyo inconsciente sería hoy se apocata a partir de la crisis de sentido del mundo industrial. Un mundo que ha convertido a Frankenstein en per-



te del espectáculo, metiéndolo junto con King Kong y Godzilla en la galería de horrores, por caso de "una novela afilada al horror, que es una forma depravada del terror religioso", como dice Aldiss (página 142).

Aldiss ha producido así una obra profundamente filosófica, que por supuesto los filósofos profesionales no leerán, primero, porque pertenecen al poco académico género de la "ciencia ficción", y segundo, porque están demasiado ocupados en servir a la ciencia de turno, la lingüística.

La estructura de este libro singular recuerda la de la novela original de Mary Shelley, desde las cartas iniciales hasta la finalización faja final.

En el año 2020, el mundo se debate en una guerra sin fin entre los países industrializados y los procedentes de materias primas, divididos en tres bloques rivales. La pretensión de conquistar la naturaleza, el sueño del Dr. Frankenstein, ha desembocado en la destrucción del entorno natural. La contaminación y las armas nucleares provocan un colapso del mismo espacio-tiempo. En una rara catástrofe, surge el gusano de Babel.

Por su causa, un ex político del siglo XXI es proyectado a la Suiza de 1818, donde vive la condición de Byron, y desde allí el Dr. Frankenstein da vida a su monstruo, Joe Babelshel, presencia así el juicio de Justina Moritz, acusada de un crimen cometido por

el monstruo, y vive una ligera aventura con Mary Shelley, mientras la distorsión temporal va conformando perfectamente la realidad y la ficción. Mata a Victor Frankenstein, pensando que salva así el mundo de su maldecida. Pero ya es tarde, con el cuerpo de Justine, el mallo ha creado una compañía para el monstruo, y la pareja huye hasta la inmensidad abierta por una nueva tala temporal, un desierto helado que recuerda las "montañas atascadas" de Lowcraft.

Babelshel, identificado con su víctima, el Dr. Frankenstein, sólo vive ya para satisfacer un objetivo: persegua a los criaturas hasta darles muerte frente a las puertas de una tenebrosa morada, último refugio de la humanidad en el fin de los tiempos, según se inicia. La maldecida que lo lanza al monstruo no hace más que subrayar el tema de toda el libro: "Mi jurta nunca podrá reconciliarse con la muerte"...

Brian Aldiss ha producido con esta obra un verdadero trabajo de memoria, cuidado hasta el detalle. El estilo objetivo de las primeras páginas va asociando paulatinamente los géneros y los rasgos de la prosa científica, creando una realidad evanescente que logra la transfiguración del texto original en un verdadero discurso estético.

Fuera el crítico, lector de ciencia cuya facultades de acuerdo tienden a languidecer, este texto es una experiencia estimulante. Si

hay algún libro recomendable entre los aparecidos en los últimos tiempos, sin duda es éste, pero es fácil suponer que no todos lo leerán.

FERNÁN OZPARRA

DE INVESTIGACIÓN. Dado finalmente una guía de Héctor G. Osterheld y dibujos de Solano López. Ediciones Baccard. Buenos Aires, 1978.

Además de producirse los fenómenos de una obra maestra de la historieta argentina, cuya línea ha continuado durante casi dos décadas, en base a algunas viejas revistas atesoradas por los coleccionistas, y los recuerdos de algunas...

El hecho es asombroso, y constituye una especie de homenaje a Osterheld, considerada como uno de los mejores guionistas de historieta del mundo. Osterheld también ha incurrido en el cuento y la novela, pero la historieta siempre fue su medio natural de expresión. Desempeñó lo que podía hacerlos con una peculiar combinación de cine, novela y folletín, cuando se la encara con criterios adultos. Fue supuesto, por "dichoso" no entiendo considerar la cantidad de demandados y/o temas oscuros, sino la repercusión del espectáculo y las esperanzas precisamente aquello que ha cambiado el pop-art, provocando un espacio estético no por la historia.

DE INVESTIGACIÓN. Se trata una larga novela gráfica de ciencia ficción. Más que una novela de aventuras, diría que es una enorme catástrofe, rosa a momentos por destellos de esperanza. Aunque, apenado y angustioso, un cocinado y ramificado a partir de una locación inicial, sin un plan preconcibido. No tiene un "héroe" central: Juan Gallo es más bien un instigo privilegiado. Los "héroe" tienen miedo, se desesperan y luchan por mere sí de supervivencia, hasta que la esperanza desaparece y surge la pesadilla de una repetición cíclica.

Esta profecía de la violencia se hace obvia precisamente por su carácter cíclico, pues no se alcanza a ver los límites de la situación. Buenos Aires es invadida por insectos dotados de armas sofisticadas, luego de una catástrofe que acaba con casi toda la humanidad en una sola noche. Pero los insectos y los monstruos que los atacan no son más que instrumentos en manos de una raza inteligente y refinada de nobles artistas dotados de un sinfín de dedos. Para darlos tiempo con los verdaderos conquistadores. A "ellos" jamás se los ve, y ello hace crecer la leyenda de su identidad, su malicia y su poder.

Más de una influencia puede detectarse en el esquema de Osterheld. Un sincretismo de novelas clásicas de los años '40 y '50 describe un mundo "In del mundo". Es probable que Oster-

held no haya inspirado en *The Pepper Monte*, de Hildwin ("Años de nieve" o "Vida invisible la Tierra", según el capricho de los editores).

Pero en estos radica en sí misma la innovación en lugares familiares de Buenos Aires y sus alrededores: el colectivo 18, el Parque Político, la cancha de River, la estatua de Carlinelli, las tropas de Campo de Mayo y un chalet de Vicente López. Sus protagonistas están a menudo de cualquier barrio: un pequeño industrial, un profesor, un obrero fanático, un empleado bancario, el cadete de la Secretaría...

Quizás la única concesión a las convenciones de la historieta de entonces sea el futuro de los dilogos, que por momentos suena forzado a quien está acostumbrado a las formas coloquiales hoy usadas por la literatura.

La artesanía de Solano, cuyos dibujos a menudo son mercedías del texto para exponer cinematográficamente las acciones de adivia, se destaca especialmente en los rostros expresivos vistos en primer plano o gran detalle, y en la minuciosidad con que reconstruye los paisajes urbanos familiares al lector, ahora signados por la destrucción.

#### ENRIQUE CAPPANNA

El mundo de la ciencia ficción y la fantasía en Argentina ha experimentado un crecimiento constante desde los años sesenta. Este fenómeno se debe a una serie de factores que han permitido que este género literario se consolidara como una de las formas más populares de entretenimiento para el lector argentino. En este artículo se analizará el desarrollo de la ciencia ficción y la fantasía en Argentina, desde sus orígenes hasta el presente. Se abordarán temas como la influencia de la cultura norteamericana, el rol de los editores y los lectores, y el impacto de la tecnología en la evolución de estos géneros. Se explorarán también algunas de las obras más destacadas de la ciencia ficción y la fantasía argentinas, así como el papel de la crítica literaria en la promoción de estos géneros. El objetivo es proporcionar una visión general del estado actual de la ciencia ficción y la fantasía en Argentina, así como de las perspectivas futuras de estos géneros literarios.

**THEODORE STURGEON**

El señor Costello, héroe

**ROBERT SILVERBERG**

Buenas noticias del Vaticano  
(Premio Nebula 1972)

**R. A. LAFFERTY**

Monta una lata

**RICHARD WILSON**

Madre del mundo  
(Premio Nebula 1969)

**ISAAC ASIMOV**

La potencia de la progresión

**FREDEKIK POHL**

La mortífera misión de P. Snodgrass



**EDICIONES ORIÓN**